

141.8  
KRA

Nicolás Krassó  
Ernest Mandel  
Monty Johnstone  
El marxismo de Trotski

**Cuadernos de Pasado y Presente**

- 1/ Karl Marx, Introducción general a la crítica de la economía política
- 2/ Claude Lévi-Strauss, Elogio de la antropología
- 3/ Paul A. Baran, Excedente económico e irracionalidad capitalista
- 4/ Louis Althusser, La filosofía como arma de la revolución.
- 5/ Ernesto Che Guevara, Escritos económicos
- 6/ Varios Autores, Francia 1968: ¿Una revolución fallida?
- 7/ Varios Autores, Teoría marxista del partido político
- 8/ Bakun-Althusser, Materialismo histórico y materialismo dialéctico
- 9/ Gorz-Macció, Sartre y Marx
- 10/ Varios Autores, Teoría marxista del imperialismo
- 11/ Cesare Luporini, Dialéctica marxista e historicismo
- 12/ Varios Autores, Teoría marxista del partido político II
- 13/ Rosa Luxemburg, Huelga de masas, partido y sindicatos
- 14/ Varios Autores, La revolución palestina y el conflicto árabe-israelí
- 15/ Varios Autores, El marxismo de Trotski
- 16/ Varios Autores, El joven Lukács
- 17/18 Eugeni Prochbrachanski, La nueva económica
- 19/ Varios Autores, Gramsci y las ciencias sociales
- 20/ Hobbeson-Marx, Formaciones económicas precapitalistas
- 21/ Nicolás I. Bujarin, El imperialismo y la economía mundial
- 22/ Keren-Mozdolewiski, Revolución política o poder burocrático. I. Polonia.
- 23/ Varios Autores, La revolución cultural china
- 24/ Varios Autores, Imperialismo y comercio internacional
- 25/ Vladimir I. Lenin, Contra la burocracia
- 26/ Varios Autores, China: revolución en la Universidad
- 27/ León Trotski, El nuevo curso / Problemas de la vida cotidiana
- 28/ Los bolcheviques y la Revolución de Octubre
- 29/ Nicolás I. Bujarin, Teoría económica del período de transición
- 30/ Marx-Engels, Materiales para la historia de América Latina

**Cuadernos de Pasado y Presente / 15**  
**Córdoba**

## Advertencia

Cincuenta años después de la Revolución de Octubre, Trotski sigue aún excluido de la legitimidad revolucionaria. Exiliado y símbolo, Trotski fue eclipsado por el trotskismo. Se ha logrado ya la reparación biográfica, a través de la obra monumental de Isaac Deutscher, pero la evaluación política e ideológica debe aún ser realizada por una nueva generación. La revista inglesa *New Left Review*, abrió una discusión sobre este tema mediante un ensayo de Nicolás Krassó, uno de sus redactores, que proporciona un nuevo enfoque del problema de la revolución inconclusa. A partir de este trabajo se inició una polémica sobre la obra política e intelectual de Trotski alrededor del problema crucial del Partido. En dicha polémica participó centralmente Ernest Mandel, y con un trabajo marginal Monty Johnstone, de quien hemos editado recientemente su ensayo sobre la concepción del partido en Marx y Engels.

Publicamos hoy los trabajos de Krassó, Mandel y Johnstone en una entrega de *Cuadernos*, como contribución a un debate sobre la década del veinte que es preciso reiniciar si se quiere conocer y superar las raíces de la crisis que afecta al movimiento revolucionario mundial.

Como apéndice hemos incluido las cartas del cubano Roberto Yepes y de Tamara Deutscher, vinculadas a la polémica, y un texto de Trotski varias veces citado en ella, pero prácticamente inhallable para el lector de habla española. Nos referimos a sus célebres tesis sobre la militarización del trabajo.

PASADO Y PRESENTE

5325385643  
13672578X

Traducción: Ofelia Castillo  
Tapa: Miguel De Lorenzi

Primera edición: agosto de 1970  
Segunda edición: julio de 1972

© Ediciones Pasado y Presente  
Castilla de Correo 80, Córdoba  
Queda hecho el depósito de ley  
Impreso en Talleres Gráficos Ayer y Hoy  
Valentin Alsina 1767 - V. Alsina



Nicolás Krassó

El marxismo de Trotski

NOTA DEL EDITOR

La polémica que publicamos en el presente cuaderno apareció en la revista *New Left Review*, en los números que detallamos a continuación:

1. Nicolás Krassó, "Trotsky's Marxism", *New Left Review*, n. 44, july-august 1967, pp. 64-86.
2. Ernest Mandel, "Trotsky's Marxism: an Anti-Critique", *NLR*, n. 74, january-february 1968, pp. 32-51.
3. Nicolás Krassó, "Reply to Ernest Mandel", *NLR*, n. 48, march-april 1968, pp. 90-103.
4. Monty Johnstone, "Trotsky and the Debate on Socialism in One Country", *NLR*, n. 50, july-august 1968, pp. 113-123.
5. Ernest Mandel, "Trotsky's Marxism — a rejoinder", *NLR*, n. 56, july-august 1969, pp. 69-96.

Las cartas de Roberto Yepes y Tamara Deutscher aparecieron en el n. 50 de la misma revista. En cuanto a las tesis de Trotsky sobre la militarización del trabajo que incorporamos en el apéndice por ser un trabajo prácticamente inhallable, apareció en *Documentos del progreso*, Buenos Aires año II, 15 de agosto de 1920, n. XXVI, pp. 7-9.

Durante muchos años, Trotski constituyó un tema que un marxista no podía abordar. La lucha que tuvo lugar dentro del Partido Bolchevique en la década del veinte produjo una polarización tan violenta de su imagen dentro del movimiento obrero internacional que cesó toda discusión racional acerca de su persona y de sus obras. El anatema pronunciado contra él por Stalin convirtió a su nombre en sinónimo de traición para millones de militantes de todo el mundo. Pero al mismo tiempo una minoría consagrada y selecta santificaba su memoria y creía que su pensamiento era el "leninismo de nuestro tiempo". Y aún hoy, treinta años después de su muerte y una década después de la muerte de Stalin, pesa todavía un tabú sobre toda discusión acerca de Trotski dentro del movimiento comunista. Aún persisten las actitudes mágicas hacia su figura, lo cual constituye un sorprendente anacronismo en el mundo actual. La única excepción a esta regla es, por supuesto, la biografía en tres tomos de Isaac Deutscher, que es sólo una parte de una *oeuvre* mayor. Pero, paradójicamente, la grandeza del logro de Deutscher parece haber abrumado a los otros participantes potenciales de un debate —dentro del ámbito del marxismo— acerca del verdadero papel histórico de Trotski. Resulta sin duda significativo que no se haya hecho nunca una apreciación marxista de la obra de Deutscher que esté a la al-

tura de la obra misma. El estudio de Deutscher se adelantó tanto a las actitudes contemporáneas que todavía no ha sido correctamente asimilado y, por lo tanto, debatido. Sin embargo, sus implicaciones sólo serán asimiladas por medio de una permanente discusión que examine diferentes aspectos de la historia soviética y en la cual se sostengan puntos de vista divergentes. Sería un error no referirse a problemas específicos por temor a no poder enfrentarse con toda la epopeya revolucionaria o con su historiador.

Este ensayo se propone abordar el siguiente problema: ¿Cómo debemos juzgar a Trotski como marxista? Esto significa compararlo con Lenin (más bien que con Stalin) y tratar de descubrir cuál es la unidad específica que existe entre sus escritos teóricos y su actuación política. Con este propósito, la vida de Trotski se divide en cuatro fases diferentes: 1879-1917, 1917-21, 1921-29, 1929-40. La tesis de este ensayo será que los cuatro períodos se entienden mejor dentro del marco de un solo problema: la relación de Trotski con el partido como organización revolucionaria, y sus fundamentos teóricos latentes. Se tratará también de demostrar que este enfoque ilumina todas las características básicas (los vicios y las virtudes) del pensamiento de Trotski como marxista, y explica las vicisitudes de su carrera política.

1879-1917

DE "GARROTE DE LENIN" A MIEMBRO FUNDADOR DEL  
MENCHEVISMO

Antes de la Revolución de Octubre, Trotski no fue miembro disciplinado de ninguna facción del Partido Socialdemócrata Ruso, bolchevique o menchevique. Este hecho puede explicarse en parte por los desacuerdos políticos producidos, en diferentes coyunturas, con los bolcheviques y los mencheviques ;pero es indudable que

reflejó también una opción teórica más profunda, que rigió sus actos en este período. Según Deutscher, uno de sus primeros escritos conocidos fue un ensayo sobre la organización del partido, escrito en Siberia. En este trabajo, Trotski abogaba por un despiadado control disciplinario, ejercido por un fuerte Comité Central: "El Comité Central suspenderá sus relaciones con la organización indisciplinada y por consiguiente aislará a esa organización del resto del mundo revolucionario".<sup>1</sup> Consecuente con este criterio, Trotski, al dejar Rusia en 1902, habría abogado inicialmente por un sistema disciplinario férreo, en la disputa suscitada entre Iskra y los economistas en el Tercer Congreso del POSDR, realizado en Bruselas en julio de 1903. Los estatutos del partido, sostenía Trotski, deben expresar "la desconfianza organizada de la conducción" hacia los miembros, desconfianza ejercida por medio de un control vigilante y vertical sobre el partido.

El espíritu de esta formulación es visiblemente diferente de lo que puede encontrarse en *¿Qué hacer?*. En esta etapa, Trotski, recién salido de su exilio y nuevo para el movimiento revolucionario nacional, era conocido como "el garrote de Lenin"; pero si comparamos los escritos de ambos en este período, se hace evidente —como veremos— que la etapa "proto-bolchevique" de Trotski se limitó a reproducir los aspectos exteriores y formales de la teoría de la organización del partido de Lenin, sin su contenido sociológico, caricaturizándola, por lo tanto, como una jerarquía de mando militarizada, concepción ésta totalmente ajena al pensamiento de Lenin. Dado que no se basaba en una teoría orgánica del partido revolucionario, nada hay de sorprendente en el hecho de que Trotski, en el mismo Congreso, se deslizará súbitamente hacia el extremo opuesto, llegando a denunciar a Lenin como "desorganizador del partido" y arquitecto de un plan para convertir al POSDR en una gavilla de conspiradores más que en el partido de la clase obrera rusa. Así, hacia fines de 1903, "el garrote de Lenin" se convirtió en miembro fundador del men-

chevismo. En abril de 1904, Trotski publicó en Ginebra *Nuestras tareas políticas*, ensayo dedicado al menchevique Axelrod. En este trabajo, rechazaba frontalmente toda la teoría de Lenin acerca del partido revolucionario, negando explícitamente la tesis fundamental de Lenin: que el socialismo como teoría debía ser llevado a la clase obrera desde el exterior, a través de un partido que incluyera a la intelectualidad revolucionaria. Trotski atacó esta teoría llamándola "sustitutismo" y la denunció enérgicamente: "Los métodos de Lenin conducen a esto: la organización del partido sustituye al partido en general; a continuación el Comité Central sustituye a la organización; y finalmente un solo "dictador" sustituye al Comité Central". Llegó también a denunciar a Lenin por su "susplicia maliciosa y moralmente repugnante".

#### PARTIDO Y CLASE

Su propio modelo del Partido Socialdemócrata fue tomado del partido alemán e implicaba un partido coexistente con la clase obrera. La crítica que —desde una perspectiva marxista— resulta obvio hacer a semejante formulación, es que los verdaderos problemas de la teoría revolucionaria y las relaciones entre partido y clase no pueden ser examinados científicamente con el concepto de "sustitución" y su opuesto implícito, "identidad". Partido y clase pertenecen a diferentes niveles de la estructura social y la relación entre ellos es siempre de articulación. No es posible entre ellos cambio alguno ("sustitución"), de la misma manera que tampoco es posible una identidad, porque partido y clase son necesariamente instancias diferentes de un conjunto social estratificado y no expresiones comparables o equivalentes de un nivel dado del mismo. Los conceptos especulativos de "sustitución" o "identidad" impiden, *ab initio*, toda comprensión correcta de la naturaleza específica de la acción del partido revolucionario sobre la

clase obrera (y dentro de ella), tal como lo teorizó Lenin. Estos conceptos importan una radical imposibilidad de comprender el papel inevitablemente autónomo de las instituciones políticas en general y del partido revolucionario en particular, autónomo en relación a las fuerzas de las masas dentro de una formación social que está determinada, en última instancia, desde luego, por la economía.

Su fracaso en captar la especificidad de las organizaciones políticas y el papel del partido revolucionario —en otras palabras, la carencia de una teoría del partido— explica los súbitos y arbitrarios cambios de actitud de Trotski hacia la organización del partido en aquellos años. Estos cambios tenían un significado meramente psicológico, eran expresiones de una ambivalencia entre las actitudes "autoritarias" y las "libertarias" (reproducidas más tarde en los súbitos cambios desde sus actitudes hacia el comunismo de guerra hasta el papel que desempeñó en el ataque a la "burocracia") cuya oposición abstracta indicaba un problema pre-marxista. No expresaban una verdadera posición teórica y, además, revelaban una ausencia, una zona vacía en el pensamiento de Trotski.

No obstante, esta ausencia estaba unida a una intuición particularmente intensa de las fuerzas sociales de las masas como tales. Hacia fines de 1904, Trotski se separó de la facción menchevique y se asoció intelectualmente a Parvus, un emigrado ruso perteneciente al partido socialdemócrata alemán. Ello confirmó rápidamente la extrema inestabilidad de sus vinculaciones con toda agrupación organizativa. Fue sin embargo esta posición inestable la que, paradójicamente, posibilitó su meteórico ascenso en la Revolución de 1905, erupción espontánea sobre la cual ninguna organización revolucionaria tuvo tiempo de lograr un control efectivo antes de que perdiera su oportunidad y fuera derrotada. La Revolución tomó por sorpresa tanto a los bolcheviques como a los mencheviques, y sus dirigentes llegaron a Rusia con cierto retraso. Trotski, que estaba en San

Petersburgo desde el comienzo, se adaptó mucho más rápidamente a la insurrección popular de octubre —que no había sido estructurada según la orientación política de partido alguno— y no tardó en asumir la conducción del Soviet de San Petersburgo. Deutscher señala, con razón, que precisamente en este éxito “él encarnó la inmadurez del movimiento”. Por supuesto, esta falta de madurez produjo, cinco meses después, la rápida y decisiva derrota de la revolución, que fue, por así decirlo, el funeral de la espontaneidad en la historia del movimiento de la clase obrera rusa.

#### BALANCE Y PERSPECTIVAS

Sin embargo, esta experiencia sirvió de base a Trotski para redactar el primero y más importante de todos sus trabajos: *Balance y perspectivas*, escrito en 1906, en la cárcel. Este trabajo contiene todos los elementos de los puntos de vista que él expondrá más tarde en un folleto polémico de 1928, *La revolución permanente*, pero es también mucho más que eso. Se trata, indiscutiblemente, de una brillante prefiguración de las principales características clasistas de la Revolución de Octubre de 1917. “En un país económicamente atrasado, el proletariado puede tomar el poder antes que en un país donde el capitalismo está desarrollado... La Revolución Rusa produce condiciones en las que el poder puede... pasar a las manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de mostrar plenamente su genio de estadistas... El proletariado en el poder aparecerá ante el campesinado como su “libertador”.”

#### LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

Trotski predijo —correctamente— que la atomización del campesinado y la debilidad de la burguesía en

Rusia harían posible la toma del poder por parte de la clase obrera, a pesar de que ésta era todavía una minoría en la nación. Una vez en el poder, tendría que ganar a toda costa el apoyo del campesinado y se vería obligada a pasar sin transición de las medidas “democráticas” a las “socialistas”. Trotski llamó a este proceso “revolución permanente”, designación inapropiada que indica la falta de precisión científica de que adolecían aún sus ideas más profundas. Al evocar la idea de una conflagración continua en todo tiempo y lugar —una suerte de carnaval metafísico de la insurrección— el término se prestaba a ser distorsionado en la polémica, tanto por los opositores de Trotski como por sus partidarios. Aun en aquel momento, el carácter romántico-idealista de la fórmula generaba inevitablemente errores críticos en los propios pensamientos de Trotski. Sobre todo, esta fórmula confundía los dos problemas, completamente diferentes, del carácter de clase de la inminente revolución rusa (progresión ininterrumpida de las demandas democráticas a las socialistas) por una parte, y de la capacidad de esa revolución para mantenerse internacionalmente, por la otra. Porque en este ensayo Trotski proclamaba, reiteradamente, la imposibilidad de que la revolución rusa pudiera resistir el asalto contrarrevolucionario sin la ayuda de revoluciones simultáneas en Europa occidental. La “lógica” de esta suposición derivaba del confuso verbalismo de la “revolución permanente”, fórmula que permitió a Trotski pasar del carácter nacional de la revolución en Rusia a las condiciones internacionales de su supervivencia, como si se tratara de otros tantos peldaños en una escalera que ascendiera “permanentemente”. La naturaleza ilegítima de este procedimiento es demasiado evidente, y vició las tesis fundamentales de Trotski. Ello no disminuye la magnitud de su acierto al predecir correctamente la naturaleza básica de la Revolución de Octubre once años antes de que ocurriera, cuando ningún otro dirigente ruso había rechazado las predicciones clásicas de Plejanov: simple-



mente, lo sitúa dentro de las coordenadas específicas del marxismo de Trotski.

#### LA AUSENCIA DEL PARTIDO

*Balance y perspectivas* es un extraordinario ensayo por su análisis de clases, pero no lo es menos por su falta de todo análisis del papel de la organización política en la lucha socialista. Una vez más, el partido está ausente del escenario construido por Trotski para la revolución rusa. Cuando analiza los requisitos previos del socialismo (producción planificada, predominio de las fábricas en gran escala y dictadura del proletariado) no menciona en absoluto al partido o al papel que éste debe desempeñar. Ataca a los blanquistas y a los anarquistas, pero se limita a expresar: "Los socialdemócratas hablan de la conquista del poder como la acción consciente de la clase revolucionaria".<sup>4</sup> Su vanguardia ha sido olvidada.

La única discusión acerca de los partidos en todo el ensayo —de cien páginas— es una perspicaz crítica de los partidos socialdemócratas de occidente, que fue un acertado comentario sobre estas organizaciones pero cuya aplicación general implicaba una completa hostilidad a la existencia misma de un partido revolucionario.<sup>5</sup> En realidad, cuando Trotski escribe acerca de la lucha política en Rusia, no se refiere nunca al papel de las organizaciones revolucionarias: sólo habla de fuerzas sociales.

Es necesario hacer aún otro comentario sobre este trabajo premonitorio. Hay en él un evidente desconocimiento del problema del partido en sí. Por el contrario, Trotski demuestra poseer una gran conciencia del *Estado* como aparato burocrático y militar. Trotski incluye una extensa y gráfica relación del papel histórico del Estado ruso en la formación de la sociedad rusa moderna. Trotski tomó gran parte de este análisis del historiador liberal Miliukov, y de su socio Parvus. Pero la elocuencia

de esta digresión destaca agudamente su paralelo silencio sobre el partido. Esta polaridad no era accidental y resurgió en un contexto práctico crucial, en una fase posterior.

Sin embargo, las consecuencias inmediatas de esta crítica ausencia en el pensamiento de Trotski se evidenciaron concretamente después de su salida de la cárcel. Entre 1907 y 1914, la actuación política de Trotski consistió en una serie de esfuerzos intermitentes e infructuosos por unificar las facciones socialdemócratas opuestas y con ese propósito formó el efímero Bloque de Agosto, agrupación carente de principios. Tampoco desempeñó papel alguno en la decisiva tarea de construir el Partido Bolchevique, que Lenin emprendiera por aquellos años. Por lo tanto, no adquirió experiencia de la vida de partido, a diferencia de sus contemporáneos Stalin, Zinoviev y Bujarin, que sí acumularon esa experiencia durante este período formativo. Deutscher comenta, acertadamente: "Los años de 1907 a 1914 constituyen en su vida un capítulo singularmente exento de logros políticos... Sus escritos... consistieron en brillantes trabajos periodísticos y de crítica literaria, sin incluir un solo texto significativo de teoría política... En esos años, sin embargo, Lenin, con la ayuda de sus seguidores forjaba su partido, y hombres como Zinóviev, Kámenev, Bujarin y más tarde Stalin iban alcanzando una estatura que les permitió desempeñar papeles principales en el Partido en 1917. A la estatura que Trotski había alcanzado en 1904-6, el presente período añadió poco o nada".<sup>6</sup>

#### LA INTELECTUALIDAD Y EL SOCIALISMO

Sería un error, sin embargo, pensar que Trotski no produjo escritos importantes en este largo intervalo. Escribió un ensayo decisivo, que expresa con singular claridad la médula de su pensamiento político. Se trata de *La intelectualidad y el socialismo*, escrito en 1910. En este trabajo Trotski demuestra una amarga hostilidad

hacia los intelectuales, dentro y fuera del movimiento socialista. Esta hostilidad era una expresión de sus ideas acerca de la intelectualidad. Es evidente, a través de sus escritos, que Trotski veía a los intelectuales de una manera totalmente preleninista, como individuos de origen burgués, preocupados por las "ideas" o la "literatura" y esencialmente divorciados del proletariado y la lucha política. En su obra, la imagen básica del intelectual es siempre la del literato de salón. Ahora bien, esta imagen es precisamente la que fue cultivada por la burguesía misma, que había separado el "arte" y el "pensamiento" de las actividades "mundanas" (tales como la economía y la política) difundiendo el ideal del intelectual como un individuo consagrado a la vaga y esotérica búsqueda de ese arte y de ese pensamiento. Además, el anti-intelectualismo vulgar de una clase obrera laborista u obrerista es un mero reflejo de esta concepción burguesa: el término "intelectual" se convierte en una categoría peyorativa, que designa a los diletantes, parásitos o renegados. Desde luego, esta serie de concepciones nada tiene que ver con el marxismo, pero explica por qué fue tan formal y externa la aparente aproximación de Trotski a la posición de Lenin sobre la organización del partido en 1903. Porque la teoría de Lenin sobre la organización del partido en *¿Qué hacer?* era inseparable de su teoría sobre la función y naturaleza de los intelectuales en un partido revolucionario. La esencia de esto era que: I) los intelectuales de origen burgués son indispensables para la constitución de un partido revolucionario, porque sólo ellos capacitan a la clase obrera para dominar el socialismo científico; II) el trabajo del partido revolucionario elimina la distinción entre "intelectuales" y "trabajadores" dentro de sus filas. Naturalmente, Gramsci desarrolló la teoría de Lenin en su famoso análisis del partido revolucionario como el "moderno Príncipe", cuyos miembros se convierten en intelectuales de un tipo nuevo.

Esta compleja concepción contrasta con la aceptación de Trotski de las categorías tradicionales y los prejuicios

que las acompañaban. Al escribir sobre los intelectuales, él pensaba en los esotéricos círculos literarios de Moscú a los cuales atacaría más tarde en *Literatura y Revolución* y no en los nuevos intelectuales forjados en y por el partido bolchevique, del cual eran miembros. En una palabra, Trotski carecía de una teoría marxista sobre los intelectuales y su relación con el movimiento revolucionario, y por ello se quedó meramente en las actitudes. En su ensayo de 1910, afirma lisa y llanamente que, a medida que el movimiento socialista crece en Europa, son cada vez menos los intelectuales que se le unen. Esta ley es aplicable también a los estudiantes: "A lo largo de su historia... los estudiantes de Europa han sido meramente el barómetro sensible de las clases burguesas".<sup>7</sup> El meollo de su análisis de la relación entre los intelectuales y la clase obrera es una abrumadora negación de lo anterior, lo cual demostró el alcance de su incapacidad de asimilar *¿Qué hacer?*<sup>8</sup> Al respecto, escribe: "Si la verdadera conquista del aparato de la sociedad dependiera del advenimiento previo de la intelectualidad al partido del proletariado europeo, las perspectivas del colectivismo serían por cierto bien miserables". Dado este punto de vista general, resulta evidente el por qué su breve "centralismo" de 1903 fue mecánico y deleznable. Fue una parodia del leninismo, una imitación militarizada de su disciplina, sin su significado interno: la transformación de "obreros" e "intelectuales" en *revolucionarios* por medio de una acción política unificada. El único papel político que Trotski otorgó a los intelectuales fue el de "sustitutismo", en un ensayo dedicado específicamente a la intelectualidad rusa.<sup>9</sup> Los *decembristas*, *narodnikis* y marxistas fueron condenados indiscriminadamente como grupos que remplazaban a las clases sociales que afirmaban representar, en lo que Deutscher llama una "sombria revisión" de la historia rusa. Una vez más, la falta de una teoría de las instancias o niveles diferenciados de la estructura social conduce a la idea de un intercambio horizontal entre "intelectuales" y "clases", en el cual se hace posible una sus-

titución de unos por otros. Así, la única posibilidad de los intelectuales para ingresar a la política es, necesariamente, una usurpación, dado que sólo puede realizarse a expensas del proletariado. Falta, una vez más, la idea del partido como estructura autónoma que combina y transforma dos fenómenos diferentes: la intelectualidad y la clase obrera. Dentro de esta concepción, no tiene sentido hablar de "sustituir" un elemento por otro, ya que no son commensurables para ser intercambiables. Son modificables, en una nueva acción política o sea, en un partido revolucionario.

Por lo tanto, la historia de Trotski antes de 1917 puede asumirse de la siguiente manera: fue siempre un francotirador, fuera de las filas organizadas del movimiento de la clase obrera. Demostró poseer una singular comprensión intuitiva del carácter de clase de las fuerzas que estaban reuniéndose para la Revolución Rusa. Pero ello iba acompañado de una profunda y consecuente falta de comprensión de la naturaleza y el papel de un partido revolucionario, falta ésta vinculada a su concepción pre-marxista de la teoría y las organizaciones. Aún en 1915, sus escritos evidencian la creencia de que el partido era un epifenómeno arbitrario en la lucha de clases: "Entre la posición de un partido y los intereses del estrato social en que se apoya puede haber una cierta falta de armonía, que más tarde puede convertirse en una profunda contradicción. La conducta de un partido puede cambiar bajo la influencia o el temperamento de las masas. Esto es indiscutible. Tanto mayor es, por ende, nuestra razón, en nuestros cálculos, para dejar de depender de elementos menos estables y menos dignos de confianza, tales como las consignas y las tácticas de un partido. y para recurrir a factores históricos más estables: la estructura social de la nación, la relación de las fuerzas de clase y las tendencias de desarrollo"<sup>10</sup>. Esta incompreensión del papel del partido leninista explica que Trotski se abstuviera de toda participación en la crucial formación del Partido Bolchevique de 1907 en adelante. El mismo carac-

terizó más tarde su actitud durante esta etapa, con gran honradez y exactitud: "Nunca me esforcé por crear un grupo sobre la base de las ideas de la revolución permanente. Mi postura interpartidista era conciliatoria, y cuando en ciertos momentos me esforcé por la formación de grupos, fue precisamente sobre esta base. *Mi conciliabilidad surgió de una especie de fatalismo social-revolucionario*. Yo creía que la lógica de la lucha de clases obligaría a ambas facciones a seguir la misma línea revolucionaria. La gran significación histórica de la política de Lenin era todavía confusa para mí en aquel entonces, su política de demarcación ideológica irreconciliable, y de división, cuando fuese necesario, con el propósito de unificar y templar el corazón del partido revolucionario, verdaderamente revolucionario... En todos los casos más importantes, cuando me puse en contradicción con Lenin, táctica y organizativamente, la razón estaba de su parte"<sup>11</sup>.

Ahora es posible ubicar la desviación teórica específica que está latente en el pensamiento de Trotski. Tradicionalmente, el marxismo ha estado constantemente sujeto a la deformación llamada *economismo*. Ello consiste en reducir todos los otros niveles de una formación social al movimiento de la economía, que se convierte así en una "esencia" idealista, de la cual los grupos sociales, las instituciones políticas y los productos culturales son meras "manifestaciones". Esta desviación, con todas sus consecuencias políticas prácticas, se difundió en la Segunda Internacional. Fue característica de la derecha, que predominaba en la Internacional. Lo que se ha advertido menos es que la izquierda de la Internacional exhibía a menudo una desviación análoga. Podemos llamar a esto, por razones de conveniencia, *sociologismo*. No es la economía, sino las *clases sociales* las que son separadas de la compleja totalidad histórica e *hipostasiadas*, de manera idealista, como los demiurgos de cualquier situación política dada. La lucha de clases se convierte en la "verdad" interna e inmediata de todo acontecimiento político y las fuerzas de las masas en



los únicos agentes históricos. El economismo conduce naturalmente a la pasividad y el taoísmo; el sociologismo, por el contrario, tiende a conducir hacia el voluntarismo. Rosa Luxemburg representa la lógica extrema de esta tendencia dentro de la Segunda Internacional, donde asume la forma de una explícita exaltación de la espontaneidad. Trotski representa una variante diferente de esta corriente, pero el principio fundamental es semejante. Sus escritos presentan a las fuerzas de las masas dominando constantemente a la sociedad, sin organizaciones políticas o instituciones que intervengan como niveles permanentes y necesarios de la formación social. El marxismo de Lenin, por el contrario, se define por la noción de una totalidad compleja, en la cual todos los niveles —económico, social, político e ideológico— son siempre operativos y hay entre ellos un trueque del principal *locus* de contradicciones. La extrapolación que hizo Trotski de las fuerzas de las masas, al aislarlas de esta compleja serie de niveles, constituyó el origen definitivo de sus errores teóricos, tanto antes como después de la Revolución.

ESTADISTA

1917-21

El estallido de la Revolución de febrero transformó las relaciones políticas dentro del movimiento socialdemócrata ruso. La nueva situación liberó súbitamente a Trotski de su pasado. Al cabo de pocos meses, había abandonado a sus asociados mencheviques y se había alineado en las filas del bolcheviquismo. Surgía ahora como un gran revolucionario. Esta fue la etapa heroica de su vida, cuando cautivó la imaginación mundial como arquitecto de la insurrección de octubre y jefe militar de la Guerra Civil. Más aún: se convirtió en el orador sumo de la revolución. Encarnaba tanto a Danton como a Carnot, era el gran tribuno del pueblo y el gran dirigente militar de la Revolución Rusa. Como tal, Trotski

era exactamente la clase de hombre que los observadores del exterior, benévolo u hostiles, creían que un revolucionario debía ser. Parecía la encarnación de la continuidad entre las revoluciones francesa y rusa. Lenin, el cambio, era un hombre aparentemente prosaico, totalmente diferente a los declamatorios héroes de 1789. Representaba un nuevo tipo de revolucionario. La diferencia entre los dos hombres era fundamental y se advierte a lo largo de todo el período en que ambos trabajaron junto. Trotski nunca se aclimató totalmente dentro del Partido bolchevique. En julio de 1917 descendió como en paracaídas sobre la cumbre de la organización bolchevique, el Comité Central, sin experiencia alguna de actuación o de vida partidaria. Por eso, se lo veía de manera muy diferente dentro de las filas del partido que fuera de él. Su imagen internacional no coincidió nunca con la que el partido tenía de él; en alguna medida, siempre se sospechó de él como advenedizo e intruso. Resulta significativo que en 1928, en medio de la lucha interna del partido, su colega y aliado Preobrajenski pudiera hablar de “nosotros, los viejos bolcheviques”, para distinguir su posición de la de Trotski. Sin duda, los viejos bolcheviques no lo aceptaron nunca como a uno de ellos. Este papel marginal se evidenció durante la Revolución y hasta en la Guerra Civil. Trotski fue el dinamo del Estado bolchevique militarizado en pie de guerra. Por aquellos años, no era un hombre de partido ni tenía responsabilidad alguna en el mantenimiento y movilización de la organización del partido. Fue criticado por muchos bolcheviques a causa de ciertas actitudes, tomadas dentro del ejército, que fueron verdaderamente hostiles al partido como tal. Así, Trotski se decidió a fortalecer el poder de los oficiales de carrera con pasado zarista dentro del Ejército Rojo y se opuso a que fueran controlados por comisarios políticos designados por el partido. La disputa acerca de esta cuestión —en la cual Trotski chocaba ya con Stalin y Voroshilov— constituyó una importante controversia en



el VIII Congreso del Partido, celebrado en 1919. Lenin apoyó a Trotski, pero el resentimiento del partido contra éste se hizo evidente en las instrucciones secretas pasadas al Congreso. La exclamación de Mikoyan en el VII Congreso refleja fielmente la imagen que tenían de él los miembros permanentes de la dirección del partido: "Trotski es un hombre de Estado, no de Partido!"<sup>12</sup>.

El talento oratorio de Trotski era complementario de su talento como jefe militar, y ninguna de estas dos cualidades se vinculaba a una actuación específicamente partidaria. El organizador de un partido político debe persuadir a individuos o a grupos de que acepten los planes de acción que él propone y su autoridad para llevarlos a cabo. Ello requiere gran paciencia y habilidad para maniobrar inteligentemente dentro de una compleja lucha política, en la cual los actores están igualmente equiparados para discutir que para actuar. Esta capacidad es totalmente diferente de la del orador de masa. Trotski estaba extraordinariamente dotado para la comunicación con las multitudes. Pero la índole de su atractivo era necesariamente emocional, se basaba en una gran transmisión de urgencia y de militancia. Como orador, sin embargo, disfrutaba de una relación completamente unilateral con las multitudes: las arengaba para conducirlos hacia determinados fines, para movilizarlos en la lucha contra la contrarrevolución. Su don militar tenía características similares. No era un organizador del partido, no tenía experiencia en cuanto al verdadero funcionamiento de ese partido, y tampoco parecía interesarse especialmente en esas cuestiones. Sin embargo, realizó la hazaña de crear un Ejército Rojo de cinco millones de hombres en dos años, sacándolos prácticamente de la nada, y de llevarlo a la victoria contra los ejércitos blancos y sus aliados extranjeros. Por lo tanto, su capacidad organizativa era de carácter esencialmente voluntarista. Tuvo autoridad *ab initio* para organizar el ejército; como Comisario del pueblo para la guerra, tuvo todo el prestigio de Lenin y del Estado

soviético como respaldo. No tuvo que *ganarse* esta autoridad en el terreno político, convenciendo a sus pares de que lo aceptarían. Era el jefe del comando militar y tenía autoridad para imponer estricta obediencia. Así, la afinidad entre el jefe militar y el tribuno popular se explican completamente. En ambos casos, el papel de Trotski fue implícitamente voluntarista. Como orador público, debía hacer un llamado emocional para movilizar a las masas con propósitos definidos; como pilar del Estado soviético, tenía que dar órdenes a sus subordinados, también con propósitos definidos. En ambas tareas, su función consistía en asegurar los medios para un fin previamente determinado. Esta tarea difiere de la de lograr que un nuevo fin prevalezca entre varias opiniones competitivas en una organización política. El voluntarista está en su elemento cuando se trata de arengar a las multitudes o de mandar a las tropas, pero estas funciones no deben confundirse con la capacidad para dirigir un partido revolucionario.

#### DE LOS PROBLEMAS MILITARES A LOS ECONÓMICOS

En 1921, la Guerra Civil había sido ganada. Con la victoria, el partido bolchevique tuvo que desviar toda su preocupación, de los problemas militares a los económicos. La reconstrucción y reorganización de la economía soviética constituía ahora su principal objetivo estratégico. La adaptación de Trotski a la nueva situación reveló cuán consecuente había sido toda su actuación política durante esta etapa. Simplemente, propuso la adopción de soluciones militares para los problemas económicos, reclamando un comunismo de guerra intensificado y la introducción del trabajo obligatorio. Este extraordinario episodio no fue sólo un paréntesis o una aberración en su carrera, sino que tenía profundas raíces teóricas y prácticas en su pasado. Su función de Comisario de guerra lo predisponía hacia una política

económica concebida como una movilización francamente militar y, al defenderla, Trotski estaba simplemente prolongando su actuación anterior. Al mismo tiempo, su propensión a una solución "de mando" reflejaba su incompreensión del papel específico del partido y su consecuente tendencia a buscar soluciones políticas a nivel del Estado. Su consigna en el debate sindical de 1921 propugnaba, explícitamente, la "nacionalización" de los sindicatos. Trotski abogó también por una burocracia competente y permanente, con ciertos privilegios materiales: a causa de ello, Stalin le llamaría más tarde "cofrero de los burócratas".

Además Trotski no justificó el trabajo obligatorio como una lamentable necesidad impuesta por la coyuntura política, como el resultado temporario de una emergencia. Trató, por el contrario, de legitimarlo *sub specie aeternitatis*, explicando que en todas las sociedades el trabajo era obligatorio, y que lo único que variaba era la forma en que se ejercía la compulsión. Combinaba esta abierta defensa de la coerción con una exaltada mística de la abnegación social, incitando a las brigadas de trabajo a entonar himnos socialistas mientras trabajaban. "Desplegad una incansable energía en vuestro trabajo, como si estuviérais en marcha o en combate... Un desertor del trabajo es tan despreciable y tan indigno como un desertor del campo de batalla. ¡Severo castigo para ambos!... Comenzad y completad vuestro trabajo, dondequiera que sea posible, al son de himnos y canciones socialistas. Vuestro trabajo no es trabajo de esclavos, sino un elevado servicio a la Patria socialista"<sup>13</sup>.

Esta contradictoria amalgama era posible, por supuesto; gracias al idéntico voluntarismo de ambas nociones: la economía como imposición coercitiva o como servicio

Al comienzo, Trotski pudo ganar el apoyo de Lenin para sus planes de militarización del trabajo. Pero después del gran debate de los sindicatos en 1921 y de la terminación de la guerra polaca, su proposición de pur-

gar en gran escala a los representantes electos en los sindicatos fue ásperamente repudiada por Lenin. El Comité Central del Partido denunció públicamente las formas de trabajo "militarizadas y burocráticas". Así, los planes de acción de Trotski fueron rechazados por los bolcheviques, en medio de una reacción general en su contra, como ideólogo del comunismo de guerra. El resultado del debate económico evidenció la diferencia entre la idea de Lenin de un partido altamente disciplinado y la defensa de Trotski de un estado militarmente organizado.

1921-29

## OPOSICIONISTA

La lucha interna del partido durante los años veinte fue, evidentemente, la fase central de la vida de Trotski. Durante algunos años, se produjeron hechos que fueron decisivos para la historia mundial en las décadas siguientes. Las decisiones fueron tomadas por muy pocas personas. No es frecuente que tales decisiones obtengan significación universal. ¿Cuál fue el papel de Trotski en el funesto drama de los años veinte?

La lucha por la supremacía dentro del partido bolchevique debe ser separada, en alguna medida, de las cuestiones políticas que la provocaron. Durante la mayor parte del tiempo, el conflicto suscitado dentro del partido se concentró en el ejercicio del poder como tal, dentro del contexto, naturalmente, de las disputas ideológicas de los grupos antagónicos. Se advertirá, en efecto, que uno de los más graves errores teóricos y políticos de Trotski fue una interpretación excesivamente ideológica de la situación interna del partido. Será conveniente, por lo tanto, considerar la cuestión de la década del veinte a dos niveles: el de la lucha político-táctica propiamente dicha y el del debate ideológico y estratégico sobre el destino de la Revolución.

## LA LUCHA POLITICO-TACTICA

A partir de 1921, Trotski fue aislado en la cima del partido bolchevique. Importa enfatizar aquí que la lucha contra Trotski fue inicialmente una resistencia llevada a cabo virtualmente por toda la vieja guardia de los bolcheviques contra la posibilidad de que Trotski sucediera a Lenin. Esto explica la unanimidad con que todos los demás dirigentes del Politburó —Zinoviev, Kamenev, Stalin, Kalinin y Tolski— se opusieron a él aún en vida de Lenin. Trotski parecía ser el dirigente revolucionario más destacado después de Lenin. Sin embargo, no era un miembro histórico del partido, dentro del cual se desconfiaba mucho de él. Su preponderancia militar y su papel en los debates sindicales parecía arrojar una sombra de bonapartismo potencial a través del panorama político. Fue esta situación la que permitió a Stalin en 1923, último año de la vida de Lenin, apoderarse del control de la maquinaria del partido y, con ella, de todo el poder político de la URSS.

Evidentemente, Trotski no advertía lo que estaba sucediendo en aquellos años. Creía que Zinoviev y Kamenev era más importantes que Stalin y no comprendió la significación del nuevo papel del Secretario General. Esta extraordinaria falta de lucidez puede ser comparada con la aguda conciencia que tuvo Lenin, aun enfermo, del curso de los acontecimientos. En diciembre de 1922 Lenin redactó sus notas sobre la cuestión de las nacionalidades, en las cuales denunciaba, con una violencia sin precedentes, a Stalin y Dzerzhinski por la represión que habían realizado en Georgia. Lenin dirigió estas notas a Trotski con instrucciones específicas de forzar al Comité Central a tomar una resolución decisiva sobre la cuestión. Trotski ignoró este pedido: creyó que Lenin había exagerado grandemente el asunto. Un mes después Lenin redactó su famoso "testamento", en el cual se advierte claramente que él comprendía la signi-

ficación del ascenso de Stalin y preveía que el partido podría dividirse entre los "dos miembros más talentosos" del Comité Central: Trotski y Stalin. En aquel momento, Trotski no advirtió nada de todo esto. No luchó por la publicación del testamento cuando Lenin murió, un año después. No se sabe con certeza cuáles fueron sus razones para asumir esta actitud. No obstante, el testamento no era un documento muy halagador para ninguno de los dirigentes bolcheviques. Criticaba ásperamente a Stalin y trataba con muy poca ceremonia a Trotski (métodos administrativos) y también a Bujarin (falta de comprensión de la dialéctica). Nadie en el Politburó tenía un motivo poderoso para publicar este sombrío documento, con su virtual advertencia de desastres futuros. Lenin, arquitecto y líder del partido bolchevique, demostró así tener plena conciencia de lo que estaba sucediendo dentro de él, demostró —un año antes de morir— que captaba en profundidad su situación interna. Para Trotski, que tenía poca experiencia de la vida de partido y que nunca había reflexionado acerca de la naturaleza o el papel específico del partido, esta situación pasó inadvertida.

Después de la muerte de Lenin, Trotski se encontró solo en el Politburó. De allí en adelante, cometió un error tras otro. Desde 1923 hasta 1925 concentró su ataque sobre Zinoviev y Kamenev y, valiéndose del papel desempeñado por éstos en 1917, ayudó a Stalin a aislarlos más tarde. Pensaba entonces que Bujarin era su peor enemigo y dedicó todas sus energías a combatirlo. En 1927, Trotski todavía consideraba la posibilidad de una alianza con Stalin contra Bujarin. No advirtió que Stalin estaba decidido a expulsarlo del partido y que la única manera de evitarlo consistía en crear una alianza de la izquierda y la derecha contra el centro. Bujarin se dio cuenta de ello en 1927, y dijo a Kamenev: "es mucho más lo que nos separa de Stalin que lo que nos separa mutuamente"<sup>14</sup>. En efecto, en 1923, y organizativamente, Stalin era ya el amo del partido. De allí entonces que gran parte de la lucha interna del partido



fuese como pelear con la propia sombra. Lo único que podría haber derrotado a Stalin era la unidad política de los otros viejos bolcheviques contra él. Zinoviev, Kamenev y Bujarin lo advirtieron demasiado tarde. Pero Trotski, a causa del carácter teórico de su marxismo, no llegó a comprender jamás la verdadera situación. En este punto, su constante subestimación del poder autónomo de las instituciones políticas y su tendencia a subordinarlas a las fuerzas de las masas, que eran su presunta "base social", fueron sus némesis. Porque a lo largo de toda la lucha interna del partido, interpretó siempre las posiciones políticas adoptadas por los diversos participantes como meros signos visibles de tendencias sociológicas ocultas dentro de la sociedad soviética. Así, la derecha, el centro y la izquierda del partido se convirtieron, en los escritos de Trotski, en categorías básicamente idealistas, divorciadas de la política como tal, es decir, alejadas del verdadero campo del poder y las instituciones. De este modo, a pesar de las advertencias de Lenin acerca de la importancia de Stalin y del alarmante poder organizativo que estaba acumulando, Trotski siguió viendo en Kamenev y Zinóviev la principal amenaza que existía contra él dentro del partido, a causa de que ellos eran los ideólogos del triunvirato, que hablaban en el lenguaje convencional de las ideas. Esta constante correlación entre las ideas y las fuerzas sociales —con su falta de una teoría intermedia acerca del nivel político— condujo a Trotski a cometer desastrosos errores en la prosecución de su propia lucha.

La publicación de la serie de artículos que forman *El nuevo curso* constituye un ejemplo especialmente claro de este hecho. En estos artículos (1923), declara explícitamente: "Las diferentes necesidades de la clase obrera, del campesinado, del aparato estatal y sus miembros, actúan sobre nuestro partido, a través del cual tratan de encontrar una expresión política. Las dificultades y contradicciones inherentes a nuestra época, la discrepancia temporal de intereses en las diferentes capas del proletariado o del proletariado en su conjunto y

el campesinado, actúan sobre el partido mediante las células obreras y campesinas, el aparato estatal y la juventud estudiantil. *Aun las diferencias episódicas en criterios y matices de opinión pueden expresar la remota presión de distintos intereses sociales...*"<sup>15</sup>.

Se hace evidente aquí al anverso de la idea de "sustitucionismo", es decir, la hipótesis de una posible "identidad" entre partidos y clases. El uso de este binomio oscurecía el hecho evidente de que las relaciones entre estos dos términos no pueden nunca simplificarse a uno solo de estos polos. En cierto sentido, un partido es siempre un "sustituto" de una clase, en el sentido de que no coincide con ella —si coincidiera, no habría necesidad de un partido— y sin embargo actúa en su nombre. En otro sentido, nunca la "sustituye" porque no puede abolir la naturaleza objetiva del proletariado y le relación global de las fuerzas de clases, que no cesan de existir ni siquiera cuando el proletariado está disperso y debilitado, como después de la Guerra Civil, o actúa en contra de los intereses inmediatos de la clase obrera como lo hizo durante la Nueva Política Económica. Las relaciones entre partido y clase forman un espectro de cambiantes y complejas posibilidades, que no son intercambiables con estas descripciones bipolares. Se pudo advertir, entonces, que la noción de "sustitucionismo" no sirvió para esclarecer la conducta de Trotski en la lucha interna del partido, precisamente en una etapa en que la importancia de los aparatos políticos —el partido— había aumentado enormemente con relación a la de las fuerzas sociales de las masas (aunque sin abolirlas). El fue el último en advertir lo que estaba sucediendo, a pesar de su percepción polémica. En efecto: dado que su opuesto implícito —la "identidad"— era para él una noción reguladora, cometió gravísimos errores políticos toda vez que trató de determinar las relaciones entre partido y clase en esta etapa. El mismo *Nuevo curso* representa un ejemplo particularmente claro de este hecho. El credo del sociologismo citado anteriormente estuvo acompañado de una altisonante peti-

ción de proletarización en la composición del partido y de rejuvenecimiento por medio de la afluencia de la juventud. Esta confianza en las categorías sociológicas, idealísticamente concebidas, tuvo una consecuencia irónica. La política misma que Trotski defendió para la renovación del partido y su desburocratización fue implantada por Stalin con resultados diametralmente opuestos. El reclutamiento realizado por Lenin en 1924 afirmó decisivamente el control de Stalin sobre el partido, al empantanar los viejos cuadros bolcheviques con una enorme masa de obreros manejables y carentes de formación política. Nació así la composición proletaria del partido. El error de creer que las fuerzas sociales son inmediatamente "transportables" a las organizaciones políticas era, por supuesto, inconcebible dentro de la teoría leninista del partido. No obstante, Trotski nunca lo abandonó en estos años. En 1925, cuando la troika se escindió, él se mantuvo apartado, considerando a la lucha entre Stalin y Zinoviev como una vulgar disputa, en la cual no estaba en juego ningún principio. Cuando Zinoviev y Stalin se atacaban políticamente por medio de las respectivas organizaciones del partido de Leningrado y de Moscú, Trotski escribió sarcásticamente a Kamenev: "¿Cuál es la base social de dos organizaciones obreras que se injurian mutuamente?". Naturalmente, el abstencionismo de esta posición fue suicida. En cierto sentido, Trotski nunca luchó en el plano político, a diferencia de Zinoviev, por ejemplo. Su preparación teórica no lo capacitaba para hacerlo. Su conducta en la lucha interna del partido fluctuó entre una truculencia agresiva (un gran *dake*, en el sentido judío del término), y una profunda pasividad (la única salvación de Rusia era la posibilidad de las revoluciones en el extranjero)". Por ello, su conducta no adquirió nunca coherencia política táctica. El resultado fue que estuvo constantemente en manos de Stalin. Al presentar una amenaza sin fundamento alguno, institucional o político, sólido, y con gran despliegue de actitudes públicas, Trotski proporcionó precisamente lo que el gobierno y Stalin,

como su más destacado representante, necesitaban para convertir al partido en una máquina burocrática y autoritaria. Casi se podría decir que si Trotski no hubiera existido, Stalin hubiera tenido que inventarlo (y, en cierto sentido, lo inventó).

#### LA LUCHA IDEOLÓGICA Y ESTRATÉGICA

Hasta aquí, hemos expuesto la lucha político-táctica dentro del partido bolchevique. Es necesario considerar ahora en qué medida las grandes disputas ideológicas —acerca de las opciones estratégicas de la Revolución— reflejaron la misma constelación teórica en el pensamiento de Trotski. Se advertirá que el paralelismo es, en realidad, muy próximo. Esto se evidencia en las dos controversias más importantes de estos años.

#### EL SOCIALISMO EN UN SÓLO PAÍS CONTRA LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

La disputa sobre esta cuestión dominó los debates ideológicos de la década del veinte. Lenin había establecido una posición que, indudablemente, era correcta en la época de Brest-Litovsk. El afirmaba que los bolcheviques debían pensar siempre en posibilidades variables y no en falsas certezas. Era ingenuo especular acerca de si se producirían o no revoluciones en occidente. La estrategia bolchevique no debía estar basada en la presunción de que se produjeran revoluciones en Europa, pero tampoco debía descartarse la posibilidad de alguna. Sin embargo, después de la muerte de Lenin esta posición dialéctica se desintegró en posiciones opuestas, polarizadas dentro del partido. Stalin descartó efectivamente la posibilidad de las revoluciones internacionales e hizo de la construcción del socialismo en un solo país la tarea exclusiva —necesaria y posible— del partido bolchevique. Trotski declaró que la Revolución de Octubre es-

taba condenada, a menos que las revoluciones internacionales vinieran en su ayuda, y predijo que estas revoluciones ocurrirían sin duda. La tergiversación de la posición de Lenin es evidente en ambos casos.

Puede argüirse que Stalin, al descartar la posibilidad de revoluciones europeas exitosas, contribuyó efectivamente a su eventual derrota, acusación ésta que se le ha hecho a menudo, a propósito de su política hacia Alemania y España. Había, por cierto un elemento de satisfacción de las propias necesidades en la predicción del socialismo en un solo país. Sin embargo, dado este juicio crítico —que es precisamente que la política de Stalin representó una falsificación de la estrategia de Lenin— la superioridad de la perspectiva de Stalin sobre la de Trotski es innegable. Ella forma todo el contexto histórico-práctico dentro del cual se desarrolló la lucha por el poder descrita más arriba. Por fuerte que hubiese sido la posición de Stalin dentro del aparato estatal, ello le habría servido de poco si su línea estratégica básica hubiese sido invalidada por el curso de los acontecimientos políticos. Pero esa línea estratégica fue, por el contrario, confirmada por la historia. En ello radicó la definitiva e inmovible fortaleza de Stalin en la década del veinte.

#### LA CONCEPCIÓN DE TROTSKI

¿Cuál fue, en cambio, la concepción estratégica de Trotski? ¿Qué quería decir con "revolución permanente"? En su folleto de 1928, así titulado, incluía tres nociones totalmente separadas dentro de la misma fórmula: la continuidad inmediata entre las etapas democrática y socialista de la revolución en cualquier país; la transformación permanente de la revolución socialista misma, una vez victoriosa y la inevitable vinculación del destino de la revolución en cualquier país con el de la revolución mundial en todas partes. La primera habría de implicar una generalización de su punto de vista so-

bre la Revolución de Octubre, que ya hemos analizado y que ahora se proclama como una ley en todos los países coloniales. La segunda era trivial e indiscutible: a nadie se le ocurría negar que el Estado soviético sufriría cambios incesantemente. La idea decisiva era la tercera: que la supervivencia de la revolución soviética dependía de la victoria de las revoluciones en el extranjero. Los argumentos de Trotski para esta afirmación, base sobre la cual descansaba toda su posición política, eran asombrosamente débiles. Propone, en efecto, sólo dos razones por las cuales el socialismo en un solo país no era practicable. Ambas son extremadamente vagas: parecen afirmar que la inserción de Rusia en la economía mundial la tornaría inevitablemente vulnerable al bloqueo económico y a la subversión capitalista. Las "rígidas restricciones del mercado mundial" son invocadas sin tener absolutamente en cuenta cuál sería el impacto preciso que tendrían sobre el naciente Estado soviético.<sup>17</sup> En segundo lugar, Trotski parece sostener que la URSS era militarmente indefensa y se derrumbaría ante una invasión externa, a menos que las revoluciones europeas acudieran en su ayuda. Es evidente que ninguno de estos argumentos se justificaba en su momento y que ambos fueron desmentidos por los hechos. El comercio exterior soviético fue el motor del desarrollo económico; no un factor de regresión y capitulación sino un factor de progreso en la rápida acumulación de las décadas del veinte y del treinta. Tampoco la burguesía mundial se arrojó al unísono sobre la Unión Soviética ni envió ejércitos supranacionales sobre Moscú. Por el contrario, las contradicciones intercapitalistas fueron tales que retardaron el ataque imperialista a la URSS durante veinte años después de la guerra civil. Cuando Alemania invadió eventualmente a Rusia, el Estado soviético, industrializado y armado bajo el régimen de Stalin y ayudado por sus aliados burgueses, fue capaz de rechazar triunfalmente a los agresores.<sup>18</sup> No había, por lo tanto, fundamentos válidos



dos para la tesis trotskista de que el socialismo en un solo país estaba condenado al aniquilamiento.

### EL ERROR TEÓRICO

Lo que es importante aislar es el error teórico básico que subyacía bajo toda la idea de la revolución permanente. Trotski partió, una vez más, desde un esquema de las fuerzas sociales de las masas (hipostasiadas) —la burguesía contra el proletariado en alianza con el campesinado pobre— en un solo país, hacia una universalización de esta ecuación a través de su transposición directa en escala mundial, donde la burguesía “internacional” se enfrenta al proletariado “internacional”. La simple fórmula “revolución permanente” efectuaba este enorme salto. Lo único que ella omitía era la institución política de la nación, es decir, toda la estructura formal de las relaciones internacionales y el sistema que las mismas constituyen. Una “mera” institución política —burguesa en este caso— se esfumaba como tantas otras fosforescencias ante la descomunal confrontación de clases dictada inexorablemente por las leyes sociológicas. El negarse a respetar la autonomía del nivel político, que había producido previamente un idealismo de acción de clase ajeno a toda organización partidista, producía ahora una coordinación (*Gleichsaltung*) global: “una estructura social universal, que se cierne por sobre sus manifestaciones en cualquier sistema internacional concreto”. El nivel intermedio —partido o nación— simplemente se omite en ambos casos.

Este idealismo no tiene nada que ver con el marxismo. La idea de “revolución permanente” no tenía un contenido auténtico. Era un concepto ideológico destinado a unificar problemas disímiles dentro de un mismo ámbito, al margen de una apreciación correcta de cada uno de ellos. La esperanza de que las revoluciones triunfantes fueran inminentes en Europa fue la consecuencia voluntarista de este monismo. Trotski no fue

capaz de comprender las diferencias fundamentales entre las estructuras sociales rusas y las de Europa occidental. Para él, el capitalismo era uno e indivisible y la agenda de la revolución era también una e indivisible, a ambos lados del Vístula. Este internacionalismo formal (que recuerda al de Rosa Luxemburg) abolía de hecho las diferencias internacionales concretas entre los diversos países europeos.<sup>19</sup> La instintiva desconfianza de Stalin hacia el proletariado de Europa occidental y su confianza en la individualidad rusa demostraban que tenía una conciencia más aguda —aunque estrecha y acrítica— de la naturaleza fragmentaria de Europa en los años veinte. Los hechos justificaron su creencia en la importancia permanente de la nación como unidad que demarcara una estructura social de otra.<sup>20</sup> Las agendas políticas no eran intercambiables a través de las fronteras geográficas en la Europa de Versalles. La historia señalaba momentos diferentes en París, Roma, Londres y Moscú.

### COLECTIVIZACIÓN E INDUSTRIALIZACIÓN

El segundo tema —subordinado al primero— que dominaba los debates ideológicos de la década del veinte era la política económica de la propia Rusia. Lo esencial de la disputa era la política agraria. Lenin había trazado una línea estratégica general para el sector rural de la Unión Soviética. El consideraba a la colectivización como una política necesaria a largo plazo, que sólo tenía sentido, sin embargo, si iba acompañada por la producción de maquinaria agrícola moderna y por una revolución cultural en el campesinado. Pensaba que la competencia económica entre los sectores colectivo y privado era necesaria, no sólo para evitar el antagonismo del campesinado, sino también para asegurar que la labranza colectiva fuese eficiente. Defendía la experimentación con diferentes formas de agricultura colectiva. Estos proyectos piloto eran, por supuesto, la anti-

tesis de la colectivización stalinista, en la cual se establecían plazos para la colectivización de determinadas provincias y la "emulación socialista" estaba distribuida entre las organizaciones del partido de las diferentes zonas, para alcanzar sus metas antes que sus vecinos. Con la muerte de Lenin, sin embargo, se desintegró su estrategia dialéctica, para polarizarse en extremos opuestos. Bujarin abogaba por una política ultraderechista, de enriquecimiento privado de los campesinos, a expensas de las ciudades: "Iremos hacia adelante con pasos lentos, muy lentos, empujando a nuestra zaga el gran carro de los campesinos". Preobrajenski urgía la explotación del campesinado (en el sentido económico técnico) a fin de acumular un excedente con miras a la industrialización rápida.

Estas fórmulas violentamente contradictorias ocultaban una complementación necesaria, que los planes de Lenin proyectaban precisamente proteger. Porque mientras más pobre fuese el campesinado, tanto menor sería el excedente sobre su propio consumo y tanto menos "explotable" sería para la industrialización. La conciliación de Bujarin del campesinado con el proletariado y la contraposición de Preobrajenski entre ambos eran, por igual, distorsiones de la política de Lenin, que pensaba colectivizar al campesinado pero no aplastarlo, no declararle la guerra. Ambos profesaban un marxismo vulgar que era endémico en muchos de los bolcheviques de la vieja guardia. Preobrajenski insistía en que la acumulación originaria socialista era una férrea e inevitable "ley" de la sociedad soviética. Acusaba a Bujarin de lukacsismo cuando proclamaba que la política económica de la Unión Soviética estaba sujeta a la elaboración de decisiones políticas. Bujarin, por su parte, escribió por entonces en su *Manual de materialismo histórico* que el marxismo era comparable a las ciencias naturales porque era potencialmente capaz de predecir acontecimientos futuros con la precisión de la física. La enorme distancia que existe entre formulaciones de esta

índole y el marxismo es evidente. (Por supuesto, Lenin era el único dirigente bolchevique que había estudiado, desde el punto de vista de *El capital*, a Hegel, Feuerbach y al joven Marx, en Suiza durante la guerra).

Dada esta desintegración del leninismo no hay duda, sin embargo, de que —tal como en la controversia acerca del socialismo en un solo país— un criterio era superior al otro. En este caso fueron, por supuesto, Preobrajenski y Trotski los que tuvieron razón al enfatizar la necesidad de contrarrestar la diferenciación social en el país y poner el excedente agrícola bajo control soviético. Preobrajenski y Trotski vieron la urgente necesidad de una industrialización rápida mucho antes y con más claridad que ningún otro miembro del partido. Ello constituyó su gran mérito histórico de aquellos años. Trotski propuso la industrialización planificada y la acumulación socialista originaria va en el XII Congreso del Partido, celebrado en 1923. La audaz previsión de su actitud contrasta con la adaptación de Bujarin a tendencias económicas retrógradas y con las vacilaciones de Stalin por aquellos años. La historia posterior de la Unión Soviética confirmó la relativa justicia de las medidas que él defendió entonces. ¿Cuál es la relación que existe entre sus méritos en el debate económico y sus errores en el debate acerca del socialismo en un solo país? ¿Se trata sólo de una relación contingente? La respuesta parece ser que mientras el debate sobre el socialismo en un solo país tenía que ver con las coyunturas políticas internacionales de la revolución, el debate económico se vinculaba a las opciones administrativas del Estado soviético. En esta ocasión Trotski demostró sus dotes de administrador, que Lenin ya había advertido, y su especial sensibilidad hacia el Estado, que ha sido analizada anteriormente. Su lucidez en el debate económico estaba, entonces, en consonancia con el alcance general de su marxismo: tuvo plena conciencia de la aptitud económica del Estado Soviético, en un momento en que los otros bolcheviques se encontraban meramen-



te preocupados con los problemas cotidianos de la Nueva Política Económica. No obstante, una estrategia económica para la URSS exigía algo más que una decisión administrativa por parte del Estado soviético. Su ejecución requería un adecuado plan de acción político del partido hacia las diferentes clases sociales: lo que después Mao llamaría, sugestivamente, "manejo de las contradicciones en el seno del pueblo".

Trotsky no pudo ofrecer en este caso un punto de vista coherente. Su falta de comprensión de los problemas del partido hizo que ello fuera prácticamente inevitable. El resultado fue que la ejecución efectiva de sus planes fue dispuesta —y desnaturalizada— por Stalin. Después de derrotar a Trotsky y a la izquierda, Stalin se volvió contra la derecha y puso en práctica la política económica de la oposición. Pero lo hizo con tal torpeza y violencia que precipitó una crisis agraria permanente, a pesar de los enormes logros de los Planes Quinquenales. Trotsky no había enfrentado nunca concretamente el problema de la implementación política de sus planes económicos. Stalin resolvió el problema oponiéndole una respuesta política concreta: la catástrofe de la colectivización forzada. Trotsky, por supuesto, retrocedió horrorizado ante las campañas de colectivización y denunció a Stalin por llevar a cabo sus planes de manera totalmente opuesta a la concepción que él tenía de ellos. Sin embargo, la semejanza era innegable. Esta relación se repitió en varias ocasiones. El reclutamiento leninista, ya citado, fue una de ellas. Más tarde, según comenta Deutscher, Stalin parece haber tenido muy seriamente en cuenta las constantes advertencias de Trotsky acerca del peligro de una restauración burguesa basada en el campesinado o de un golpe militar burocrático. Las medidas que adoptó para combatir estos peligros fueron campañas de asesinatos. Parecía en aquel momento que Stalin hiciera frente a Trotsky como Smerdiakov a Iván Karázmazov, no precisamente en el sentido de que desnaturalizase la inspiración original al ponerla en práctica, sino

en que la propia inspiración tenía fallas originales que hacían ésto posible. Ya hemos visto cuáles eran estas fallas. El hecho es que, en la década del veinte, el leninismo desapareció con Lenin. De allí en adelante el partido bolchevique fue constantemente arrastrado de un extremo a otro por una lógica de los hechos para manejar la cual ningún líder o grupo tuvo la comprensión teórica necesaria. Una vez desintegrada la estrategia dialéctica de Lenin, las líneas políticas de la izquierda y de la derecha se separaron de ella pero siguieron combinándose constantemente por las necesidades de la historia misma. Así, el socialismo en un solo país fue llevado a cabo, finalmente, con el programa económico de la oposición izquierdista. Pero como éste no era más que una combinación de los planes de izquierda y de derecha y no una unidad dialéctica de estrategia, el resultado fue el crudo pragmatismo *ad hoc* de Stalin y los innumerables y costosos zig-zags de su política interior y exterior. La historia de la Comintern está particularmente colmada de estos cambios violentos, en los cuales las nuevas torpezas se agregaban simplemente a las torpezas anteriores, en el esfuerzo por superarlas. El partido se abrió paso a través de estos años valiéndose del elemental pragmatismo político de Stalin y de su habilidad para adaptarse y desviarse cuando las circunstancias cambiaban, o algo después. El hecho de que este pragmatismo triunfase no hace más que destacar cuán violenta fue la caída del marxismo bolchevique después de la desaparición de Lenin.

La tragedia de esta decadencia radicó en sus consecuencias históricas. Después de la revolución rusa, hubo una situación en la cual la comprensión teórica de un reducido grupo de dirigentes podría haber significado una inconmensurable diferencia para todo el futuro de la humanidad. Ahora, cuatro décadas después, podemos percibir en parte los frutos del proceso que tuvo lugar entonces, pero las últimas consecuencias están aún por verse.

1927-40

## EL MITO

Trotsky había comenzado su vida política como *francotirador*, fuera de los destacamentos organizados del movimiento revolucionario. Durante la revolución, surgió como el gran tribuno popular y organizador militar. En la década del veinte fue el dirigente fracasado de la oposición en Rusia. Después de su derrota y su exilio, se convirtió en un mito. El último período de su vida estuvo dominado por su simbólica relación con el gran drama de la década anterior, que para él se había convertido en un trágico destino. Sus actividades se tornaron sumamente insignificantes. Era completamente ineficaz: dirigente de un imaginario movimiento político, indefenso mientras sus allegados eran exterminados por Stalin, detenido en dondequiera que se encontrara. Su principal función objetiva durante estos lamentables años consistió en proporcionar el centro necesario imaginario que Stalin necesitaba en Rusia. Cuando ya no existía oposición alguna en el seno del partido bolchevique, después de las purgas de Stalin, Trotsky continuaba publicando su Boletín de la Oposición. Fue el principal acusado en los procesos de Moscú. Stalin instaló su férrea dictadura movilizándolo el aparato del partido contra la amenaza "trotskista". El mito de su nombre era tal que las burguesías de Europa occidental estaban constantemente temerosas de él. En agosto de 1939, el embajador francés Coulongre dijo a Hitler que en el caso de producirse una guerra europea, Trotsky podría ser el vencedor definitivo, a lo cual Hitler replicó que esa era una razón por la cual Francia y Gran Bretaña no debían declarar la guerra.

Esta etapa de la vida de Trotsky puede ser discutida a dos niveles. Sus esfuerzos por forjar organizaciones políticas —una Cuarta Internacional— estaban destinados al fracaso. Su desconocimiento de las estructuras

socio-políticas de Occidente —ya evidente en el debate sobre la revolución permanente— lo llevaron a creer que la experiencia rusa de la primera década del siglo veinte podría ser reproducida en Europa occidental y en los Estados Unidos en la década del treinta. Este error estaba vinculado, desde luego, a su paralela falta de comprensión de la naturaleza de un partido revolucionario. En su vejez, Trotsky llegó a pensar que su gran error había sido subestimar la importancia del partido, que Lenin había advertido. Pero él no había aprendido de Lenin. Una vez más, su tentativa de reproducir la construcción del partido de Lenin condujo meramente a una caricatura de éste. Fue una imitación exterior de sus formas organizativas, sin comprensión alguna de su naturaleza intrínseca. Inseguro acerca del carácter de las nuevas sociedades en que se encontró, y desconocedor de la relación necesaria entre partido y sociedad, según teorizó Lenin, sus aventuras organizativas cayeron en un voluntarismo fútil. Por una suprema ironía, al final de su vida se encontró con frecuencia precisamente entre aquellos intelectuales de salón, antítesis del revolucionario leninista, que siempre había detestado y despreciado. Porque muchos de ellos fueron reclutas de su causa, especialmente en los Estados Unidos: los Burnham, Schachtman y otros. Fue verdaderamente patético que Trotsky haya entrado en debates serios con seres como Burnham. Hasta su vinculación con ellos constituía una evidencia palpable de hasta qué punto se encontraba perdido y desorientado dentro del contexto extraño de Occidente.

Los escritos de Trotsky en el exilio tienen naturalmente más importancia que sus desafortunadas aventuras. No agregan nada fundamental a la constelación teórica ya descripta, pero confirman la estatura de Trotsky como pensador revolucionario clásico, atascado en una insuperable dificultad histórica. Su característica intuición de las fuerzas sociales de las masas es la que —a pesar de su vaguedad— da mérito a sus últimos escritos. Tal como se ha señalado con frecuencia, *La His-*

*toria de la Revolución Rusa* es sobre todo un brillante estudio de la psicología de las masas y su opuesto complementario, el bosquejo individual. No es tanto una explicación del papel del partido bolchevique en la revolución como una epopeya de las multitudes que dicho partido condujo a la victoria. El sociologismo de Trotski encuentra aquí su más auténtica y poderosa expresión. El idealismo que necesariamente entraña produce una visión de la revolución que rechaza explícitamente la permanente importancia de las variables políticas o económicas. La *psicología de la clase*, combinación perfecta de los dos miembros del permanente binomio —fuerzas sociales e ideas— se convierte en la instancia determinante de la revolución: “En una sociedad sacudida por la revolución, las clases están en conflicto. Está perfectamente claro, sin embargo, que los cambios introducidos entre el principio y el fin de una revolución en las bases económicas de la sociedad y su sustrato social clasista, no son suficientes para explicar el curso de la propia revolución, que en un corto intervalo puede derribar viejas instituciones, crear otras nuevas y derribarlas nuevamente también. La *dinámica de los acontecimientos revolucionarios está directamente determinada por los rápidos, intensos y apasionados cambios en la psicología de las clases*, formadas ya antes de la revolución”.

Los ensayos de Trotski sobre el fascismo alemán son una verdadera patología de la naturaleza de clase de la pequeña burguesía desposeída y sus paranoias. Estos ensayos, con su tremendo presagio, se destacan como los únicos escritos marxistas de estos años que predicen las consecuencias catastróficas del nazismo y lo desatinado de las medidas políticas tomadas en el Tercer Período de la Comintern. La obra posterior de Trotski sobre la Unión Soviética fue más seria que lo que el demagógico título bajo el cual se la publicó parecía indicar.” En ella, el sociologismo sustentado durante toda su vida constituyó un acierto.

En la lucha política práctica, antes y después de la Revolución, su subestimación de la eficacia específica de las instituciones políticas lo condujo de error en error. Pero cuando finalmente trató de enfrentar el problema de la naturaleza de la sociedad soviética en el régimen de Stalin, esta subestimación lo salvó del escollo de juzgar a Rusia según las normas de lo que después se convertiría en “kremlinología”. Cuando muchos de sus partidarios fabricaban a su antojo nuevas “clases dominantes” y “restauraciones capitalistas” en la Unión Soviética, Trotski recalcó, por el contrario, en su análisis del Estado soviético y el aparato del partido que éste no era una clase social.

Tal fue el marxismo de Trotski. El constituye una unidad característica y consecuente, desde su juventud hasta su vejez. En la actualidad, Trotski debiera ser estudiado junto con Plejanov, Kautsky, Luxemburg, Bujarin y Stalin, porque la historia del marxismo no ha sido reconstruida nunca en occidente. Sólo entonces será asequible la estatura de Lenin, el único gran marxista de aquella época.

Ernest Mandel

El marxismo de Trotski:  
una anti-crítica

La crítica de Nicolás Krassó acerca del pensamiento político y las actividades de Trotski que apareció en el Nº 44 de *New Left Review* proporciona una afortunada ocasión para aclarar algunos de los errores y prejuicios acerca del papel histórico del fundador del Ejército Rojo, prejuicios que todavía acosan a una gran parte de la *intelligentzia* de izquierda "no comprometida". Resulta sumamente fácil descubrir la raíz de estos errores. La pública admisión y la denuncia de algunos de los peores crímenes de Stalin por parte de los actuales líderes soviéticos no va de ninguna manera acompañada por la adopción de la política por la cual Trotski luchó durante los últimos 15 años de su vida. Ni en la organización interna de los países "socialistas" ni en su política internacional (con la única excepción de Cuba) han retornado los líderes a los principios de la democracia soviética y del internacionalismo revolucionario que Trotski defendió.

Pero históricamente, el hecho mismo de que Stalin haya sido bajado de su pedestal y de que muchas acusaciones lanzadas contra él por Trotski sean aceptadas ahora como ciertas, representa una tremenda reivindicación histórica del hombre a quien un agente de Stalin asesinó el 20 de agosto de 1940 en Coyoacán.

Todo aquel que no esté comprometido en la lucha por lograr el triunfo final del programa de Trotski —su



completa reivindicación política— tenderá a racionalizar su abstención buscando faltas, errores y debilidades en ese programa. Al hacerlo, no puede repetir las groseras distorsiones y falsificaciones de los serviles secuaces stalinistas de los años treinta, de los años cuarenta y de comienzos de la década del cincuenta: que Trotski era un "contra-revolucionario" y un "agente del imperialismo"; que quería —o tendía objetivamente a ello— restaurar el capitalismo en la URSS. Tiene, por lo tanto, que volver a caer en los argumentos que los más hábiles adversarios de Trotski esgrimieron contra él durante los años veinte: que era esencialmente un "no-bolchevique" un "socialdemócrata de izquierda" que no había comprendido las peculiaridades de Rusia, la fineser de la teoría de la organización de Lenin o la compleja dialéctica de la exitosa lucha de clases proletaria en Occidente y en Oriente. Esto es exactamente lo que Krassó está haciendo ahora.

### 1. LAS CLASES, LOS PARTIDOS Y LA AUTONOMÍA DE LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS

La tesis central de Krassó es bastante simple: el pecado original de Trotski consiste en su falta de comprensión del papel del partido revolucionario, su creencia de que las fuerzas sociales pueden moldear la historia directa e inmediatamente, de que son, por así decir, "transportables" a las organizaciones políticas. Esto le impidió llegar a comprender la teoría de la organización de Lenin y lo condujo a un craso "sociologismo y voluntarismo". Desde su rechazo del bolchevismo en 1904 hasta el papel que desempeñó en la revolución de Octubre y en la construcción del Ejército Rojo, su derrota en la lucha interna del partido en 1923-27, su estilo de historiador y su "fútil intento" de construir una Cuarta Internacional, el sociologismo y el voluntarismo constituyeron un único nexo. Es así que el marxismo de Trotski "forma una unidad consistente y característica, desde

su primera juventud hasta su vejez", sostiene Krassó.

Nadie discutirá que Trotski rechazó la esencia de la teoría de la organización de Lenin antes de 1917.<sup>1</sup> No discutiremos tampoco que el partido, la ideología y la psicología de las clases sociales pueden ganar cierto grado de autonomía en el proceso histórico o, para citar a Krassó, que el marxismo (no sólo el marxismo de Lenin sino cualquier interpretación correcta de la doctrina de Marx) "se define por la noción de una totalidad compleja, en la cual todos los niveles —económico, social, político e ideológico— son siempre operativos, y hay entre ellos un trueque del principal *locus* de contradicciones". Pero ésta es una base demasiado pobre para sustentar la tesis de Krassó. Cuando tratamos de analizar el verdadero pensamiento de Trotski y su desarrollo durante casi cuarenta años, encontramos a cada paso pruebas de lo incompleto e insuficiente de la descripción de Krassó.

En primer lugar, es incorrecto decir que, al rechazar la teoría de la organización de Lenin, Trotski copió su modelo del partido social-demócrata alemán (SPD), como "partido coexistente con la clase trabajadora". Históricamente, sería mucho más correcto argumentar en sentido contrario, es decir, demostrar que la teoría de la organización de Lenin fue en gran medida tomada de los teóricos de la social democracia alemana y austríaca: Kautsky y Adler.<sup>2</sup> La equivocada oposición de Trotski a la teoría de Lenin, al menos en su meollo racional, se basó sobre su desconfianza por el aparato socialdemócrata occidental, que Trotski consideraba esencialmente conservador. Krassó mismo admite, pocas páginas más adelante, que ya en 1905 Trotski criticaba a la socialdemocracia occidental más que Lenin. ¿Cómo pudo entonces plasmar su modelo de partido sobre esa socialdemocracia?

En segundo lugar, es completamente falso insinuar que Trotski continuó entendiendo mal o rechazando la teoría de la organización de Lenin después que hubo reconocido en 1917 que Lenin había tenido razón. No hay

pruebas para esta presunción. Lenin mismo declaró enfáticamente que, después de que Trotski hubo comprendido que aquella unión con los mencheviques era imposible, "no hubo mejor bolchevique que Trotski".<sup>5</sup> Todos los escritos de Trotski después de 1917 insisten en el papel clave desempeñado por el partido revolucionario de nuestra época. En todos los momentos decisivos de su carrera, en 1923 con *Lecciones de Octubre* y *El nuevo curso*, en 1926 con la *Plataforma de la oposición de izquierda*, en su crítica de la desastrosa política del Comintern en China, Alemania, España y Francia, en los años treinta en su *Historia de la Revolución Rusa* y en sus manifiestos políticos, el *Programa de transición de la IV Internacional* y el llamado *Manifiesto de la Conferencia de Emergencia*, recalcó incansablemente que el problema de construir partidos revolucionarios es el problema clave de esta época: "La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la conducción revolucionaria".<sup>6</sup> Singular manera, por cierto, de "olvidar" el papel de la vanguardia y de creer que las fuerzas sociales pueden directa e inmediatamente moldear la historia...

Es cierto que para Trotski, una vanguardia revolucionaria no era precisamente una bien aceiteada maquinaria política hábilmente construida. Tal idea, nacida de la política burguesa americana que, como es bien sabido, es a menudo indiferenciable del gangsterismo, era completamente ajena a Lenin, el bolcheviquismo o —en lo que a ello se refiere— a todo el movimiento obrero internacional, hasta que Stalin la introdujo en la práctica de la Comintern. Para Trotski, como para Lenin y para cualquier tendencia marxista, un partido de vanguardia revolucionario debía ser juzgado objetivamente, en primer lugar a la luz de su programa reconocido y su política real. Toda vez que el más fuerte y eficaz de los partidos comience a actuar en contra de los intereses de la revolución y de la clase trabajadora, es necesario iniciar una lucha que lo corrija. Toda vez que sus acciones —consecuentemente y durante toda una época— se tor-

nan contrarias a los intereses del proletariado, no se le puede seguir considerando un partido de vanguardia revolucionario y entonces se impone inmediatamente la tarea de construir uno nuevo.<sup>7</sup>

Por supuesto, ni Lenin ni Trotski *identificaron* nunca a un partido revolucionario sólo con un programa correcto. Lenin afirmó explícitamente que la corrección de una política sólo podía probarse a largo plazo por su capacidad de ganarse a una parte significativa de la clase trabajadora; de hecho, a la mayoría.<sup>8</sup> Pero ambos elementos son los complementos indispensables con los cuales se construye un partido de vanguardia revolucionario. Sin un programa y una política correctos, un partido puede tornarse objetivamente contra-revolucionario, sea cual fuere su influencia masiva en la clase trabajadora. Sin la influencia persuasiva masiva a largo plazo sobre la clase trabajadora, los revolucionarios armados de los mejores programas degenerarán en una secta estéril.

De manera que vemos, en tercer lugar, que lejos de resolver el problema afirmando la "autonomía de las instituciones políticas" —que, se dice, Trotski entendió mal— Krassó se ha limitado a plantear una pregunta sin proporcionar una respuesta. Porque el problema consiste precisamente en comprender al mismo tiempo la autonomía de las instituciones políticas y el *carácter relativo* de tal autonomía. ¡Después de todo, no fue Trotski sino Marx y Engels quienes dijeron que la historia es, en última instancia, la historia de la lucha de clases!<sup>9</sup> Las instituciones políticas son cuerpos funcionales. Cuando se divorcian de las fuerzas sociales a las que se supone sirven, pierden rápidamente toda eficacia y poder, excepto si son utilizadas por otras fuerzas sociales. Esto es precisamente lo que le sucedió a Stalin y su facción dentro del partido bolchevique.

Krassó dice que la "constante subestimación por parte de Trotski del poder autónomo de las instituciones políticas se convirtió en su némesis". En realidad, la creencia de Stalin en las posibilidades autónomas de la "po-

lítica del poder" se convirtió en su "némesis", porque lo convirtió en un instrumento inconsciente de las fuerzas sociales cuya existencia él no pareció advertir hasta el fin de su vida. Si Stalin hubiera estado convencido, a comienzos de la década del veinte, de que siguiendo el camino que había iniciado tendría que matar a las tres cuartas partes de los antiguos cuadros bolcheviques superiores y medios, liquidar la Comintern,<sup>10</sup> introducir el trabajo forzado en las fábricas y establecer uno de los regímenes laborales más duros de los tiempos modernos, probablemente hubiera retrocedido horrorizado: después de todo, en aquel tiempo todavía era en cierto modo un bolchevique.

La "pura" política del poder, que Krassó parece admirar tanto, degrada a sus actores precisamente hasta el punto de hacerles perder todo control sobre sus actos. Los vínculos entre el propósito consciente y las consecuencias objetivas de sus actos se desvanecen. Los marxistas, por el contrario, otorgan gran valor a la acción *consciente*; y conciencia implica conciencia del papel decisivo de las fuerzas sociales y de las limitaciones que este papel impone inevitablemente sobre toda acción individual. La falta de comprensión demostrada por Krassó acerca de esta inter-relación dialéctica entre partido y clase, su manera de ignorar el problema, constituyen la debilidad básica de su ensayo.

La clase no puede triunfar sin un partido de vanguardia. Pero el partido de vanguardia es a su vez un producto de la clase, aunque no sólo de ella. Sólo puede desempeñar su papel si tiene el apoyo de la parte más activa de esta clase.<sup>11</sup> A su vez, sin condiciones objetivas favorables, la clase tampoco puede producir tal partido de vanguardia ni el partido de vanguardia puede conducir a la clase a la victoria. Finalmente, sin nuestra comprensión consciente de estos problemas, no surgirá ningún partido de vanguardia, ni siquiera en condiciones favorables y las oportunidades de victoria de la revolución se perderán irremisiblemente por largo tiempo. Trotski comprendió perfectamente esta inter-relación

dialéctica después de 1916 y la aplicó a diversas condiciones concretas de manera tan magistral que es realmente absurdo afirmar, como lo hace Krassó, que "no vio el poder autónomo de las instituciones políticas". Krassó mismo define a los ensayos de Trotski sobre el fascismo alemán como "los únicos escritos marxistas de estos años que predijeron las catastróficas consecuencias del nazismo y la estupidez de las actitudes políticas del Tercer Período de la Comintern hacia él". Pero ¿cómo pudo Trotski realizar un análisis tan correcto de la evolución de la sociedad alemana entre 1929 y 1933 sin un exhaustivo examen y una profunda comprensión no sólo de las clases y grupos sociales sino también de sus partidos? ¿No son estos brillantes escritos una prueba documental de su capacidad de proporcionar una formulación correcta de la importancia de los partidos, sobre todo de los partidos con influencia sobre la clase trabajadora? ¿No está acaso resumida su advertencia en el llamado de Casandra: "O bien los *partidos* comunista y social-demócrata lucharán juntos contra Hitler o Hitler aplastará a la clase trabajadora alemana por un largo período"? ¿No se basaba este llamado precisamente en la comprensión de Trotski de la *incapacidad* de la clase trabajadora para enfrentar la amenaza del fascismo sin una unión de estos partidos? ¿Acaso no se complementaba este análisis con un estudio igualmente minucioso de la evolución de las instituciones políticas burguesas, que le permitió descubrir el valor universal, en nuestra época, de la categoría de bonapartismo de Marx? A la luz de estos hechos, ¿qué queda de la afirmación hecha por Krassó de que Trotski "subestimó el poder autónomo de las instituciones políticas" hasta el fin de su vida?

## 2. LA LUCHA POR EL PODER Y LOS CONFLICTOS SOCIALES EN LA UNIÓN SOVIÉTICA ENTRE 1923 Y 1927

Al estudiar la "lucha por el poder" dentro del Partido Comunista Soviético entre 1923 y 1927, Krassó se en-



cuenta dividido entre dos líneas antagónicas de pensamiento. Por una parte, sostiene que Trotski cometió un error tras otro, a causa de su subestimación de la autonomía de las instituciones políticas. Se negó a formar un bloque con la derecha contra Stalin. Por otra parte, arguye que Trotski no tenía de todas maneras ninguna posibilidad de ganar, porque "virtualmente toda la Vieja Guardia de los bolcheviques" se unió contra él en 1923; "en efecto, hacia 1923 Stalin era ya el jefe de la organización del partido". Sin duda, estas dos líneas de pensamiento son mutuamente excluyentes. En el primer caso, la victoria de Stalin fue el resultado de los errores de sus opositores. En el segundo caso, fue inevitable.

La debilidad del análisis de Krassó se evidencia claramente en el hecho de que *ambas* versiones no ofrecen explicación alguna; los hechos —o más bien la interpretación equivocada y parcial que Krassó hace de ellos— se dan por sentados. No se nos dice *por qué*, según la primera versión, no sólo Trotski sino todos los viejos bolcheviques interpretaron mal las advertencias de Lenin acerca de la importancia de Stalin y se unieron a él en contra de Trotski en vez de unirse a Trotski en su lucha contra Stalin. No se nos dice *por qué*, de acuerdo a la segunda versión, Stalin se había convertido súbitamente en el jefe del partido ya en 1923, mientras aún vivía Lenin. Se debía todo esto precisamente a su hábil política de maniobras dentro del partido, a su "capacidad de persuadir a los individuos o a los grupos a aceptar la política que él defiende", o hasta a su "gran poder"? Si así fuera, entonces Stalin se destaca como un verdadero gigante entre enanos y hasta Lenin está irremediablemente manejado por el astuto Secretario General...

La historia se torna entonces completamente incomprendible para la ciencia social, se convierte en un ruedo para las lides de la "política del poder", dentro de un vacío social. Los millones de víctimas de la colectivización forzada y de la *Yeshovschina*; la conquista del poder por Hitler, la derrota en la guerra civil española y

los cincuenta millones de víctimas de la Segunda Guerra Mundial se deben esencialmente a cierto accidente genético que se produjo cuando Josef Djugashvili fue concebido. He aquí el resultado último de la insistencia sobre una absoluta autonomía de las instituciones políticas, divorciadas de las fuerzas sociales, y de la negativa a considerar que las luchas políticas reflejan, en última instancia, los intereses antagónicos de las fuerzas sociales. Marx, en el Prólogo que escribió para la segunda edición de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, destacó que Víctor Hugo, al considerar la toma del poder por Luis Bonaparte como un acto de fuerza realizado por un solo individuo, "lo engrandece en vez de disminuirlo, al atribuirle una fuerza personal de iniciativa sin precedentes en la historia".<sup>12</sup> ¡Qué pequeñas parecen las consecuencias de la toma del poder por Luis Bonaparte, comparadas con las de José Stalin!

El método correcto para *comprender y explicar* lo que sucedió en Rusia entre 1923 y 1927 —o, más correctamente, entre 1920 y 1936— es el que Marx sugiere en el Prólogo mencionado: demostrar "cómo la lucha de clases creó las circunstancias y una situación dentro de las cuales una persona mediocre" pudo aparecer como héroe y dictador.

En ese contexto, lo significativo del método no-marxista de Krassó no es meramente el hecho de que él vea a la lucha interna del partido "centrada en el ejercicio del poder como tal", es decir, en una cierta separación aun de los problemas políticos implicados. Se trata sobre todo de que él se niega completamente a vincular la lucha política —y su expresión en una lucha acerca de ciertas ideas y plataformas divergentes— directa o indirectamente con los conflictos sociales. Aquí la idea de la autonomía de las instituciones políticas es llevada hasta el punto en que se torna incompatible con el materialismo histórico como tal. De hecho, cuando Krassó reprocha a Trotski el haber escrito que "aun las diferencias circunstanciales de puntos de vista y los matices de opinión pueden expresar la remota presión de distintos in-



tereses sociales" (el subrayado es nuestro), ¡le reprocha que sea marxista! Porque lo que esta oración afirma no es, como Krassó parece suponer, una posible "identidad" entre partidos y clases sino simplemente el hecho de que los partidos representan, en última instancia, intereses sociales, y no pueden ser comprendidos históricamente más que como voceros de los diferentes intereses sociales. Esto es, después de todo, lo que Marx expuso con todo detalle en *Las luchas de clases en Francia, 1848-1850* y en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, para no hablar de sus obras menores.

No debe asombrar entonces que, en estas condiciones, Krassó no mencione una sola vez el agrupamiento social que hace comprensible —en términos socio-históricos— toda la historia rusa de los años veinte: la burocracia. No se debe considerar como idiosincrasia personal de Trotski el que enfatice una y otra vez el papel de la burocracia como fuerza social con intereses separados de los del proletariado<sup>13</sup>. Marx y Engels fueron los primeros en llamar la atención sobre el peligro de que una burocracia pudiera dominar a un estado proletario. Ya en 1871, en sus escritos sobre la Comuna de París, hicieron esta advertencia y ennumeraron una serie de simples reglas destinadas a evitar este peligro<sup>14</sup>. El Kautsky maduro, en su mejor período, cuando Lenin mismo se consideraba su alumno, formuló este riesgo de manera incautamente profética, en 1898<sup>15</sup>. Lenin, en *El Estado y la Revolución* y en el primer programa bolchevique después de la Revolución de Octubre, subraya la seriedad del problema<sup>16</sup>.

Hubiera sido de esperar que un autor como Krassó, que se considera un gran admirador de Lenin, hubiera prestado al menos cierta atención a lo que llegó a ser la principal batalla final de Lenin, una preocupación que de hecho se convirtió en obsesión durante la última parte de su vida: La lucha contra la burocracia. Ya en 1921 rechazó una definición de la Unión Soviética como un "estado de los trabajadores" y afirmó en cambio que Rusia era "un estado de los trabajadores con deformaciones burocráticas". Su aprensión y su pesar crecieron

con el transcurso de los meses y podemos seguir este proceso gráficamente de artículo en artículo, en todos sus últimos escritos, hasta que alcanzaron las sombrías premoniciones de su último ensayo y su testamento<sup>17</sup>.

Sin duda Lenin vio la interacción concreta entre el proceso social —la creciente pasividad política de la clase trabajadora y la creciente fuerza de la burocracia en el aparato estatal y en la sociedad, acompañadas por una también creciente burocratización del aparato del partido mismo— y la lucha interna del partido. Seguramente Trotski, siguiendo el mismo método, comprendió —con cierta demora— la misma interacción y actuó sobre esa base<sup>18</sup>. Lo trágico fue que los otros conductores del Partido Bolchevique no vieron a tiempo el peligro de la burocracia y de que Stalin se encaramara en el poder absoluto como representante de la burocracia soviética. Todos terminaron por ver el peligro, en un momento o en otro, pero no lo vieron al mismo tiempo ni lo suficientemente pronto. Esta es la explicación básica de la aparente facilidad con que Stalin conquistó el poder.

No hay duda de que Trotski cometió errores tácticos en la lucha, errores que son especialmente evidentes en la actualidad para autores como Krassó, dotados de esa singular fuente de inteligencia política que se llama visión retrospectiva<sup>19</sup>. Pero también Lenin cometió errores. Después de todo, fue Lenin quien había construido el aparato del partido que comenzó súbitamente a deteriorarse. Fue Lenin quien no se opuso a la elección de Stalin como secretario general. Fue Lenin quien había puesto su autoridad personal detrás de una serie de medidas institucionales y organizaciones que ayudaron considerablemente a la victoria de la burocracia y que, según sabemos ahora —¡una vez más con visión retrospectiva!— podrían haber sido evitadas sin destruir la Revolución. Esas medidas fueron: la regla de la autoridad personal del administrador de las fábricas; un exceso de confianza en los incentivos materiales; la exagerada identificación de partido y Estado; la abolición de los restos de las agrupaciones o partidos sovié-

ticos diferentes del partido bolchevique, en un momento en que la Guerra Civil había terminado (y mientras estas mismas agrupaciones habían sido toleradas durante la Guerra Civil, siempre que no obraran en connivencia con la contra-revolución); la supresión del tradicional derecho de los miembros del partido bolchevique a formar fracciones<sup>20</sup>.

Se puede decir, de manera más general, que después del fin de la Guerra Civil y el comienzo de NEP, Lenin exageró el peligro inmediato que surgiría de un ablandamiento de la disciplina dentro del Partido y subestimó el peligro que la supresión de las libertades civiles para las tendencias soviéticas no bolcheviques y la reducción de la democracia interna en el partido bolchevique pudieran acelerar el proceso de burocratización que él —con razón— temía. El origen de este error residía precisamente en cierta exagerada identificación entre Partido y Proletariado, en la creencia de que el partido defendía autónomamente las conquistas del proletariado. Pocos años más tarde Lenin comprendió cuán errónea había sido esta creencia; pero ya era demasiado tarde para cortar de raíz el peligro de burocratización del aparato del partido.

Krassó está completamente equivocado cuando piensa que Trotski subestimó el poder autónomo de las instituciones políticas durante su crítica lucha dentro del partido, entre 1923 y 1927. La verdad es precisamente lo contrario. Toda su estrategia política de aquel período sólo puede ser entendida a la luz de su comprensión de la peculiar inter-relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la sociedad soviética en un medio capitalista hostil, la relación de fuerzas entre las agrupaciones sociales dentro de esa sociedad y el papel autónomo del partido bolchevique en ese determinado período y en esas condiciones concretas.

A causa de que Krassó no comprende esta estrategia y quiere por fuerza explicar las actitudes de Trotski a la luz de su pretendido pecado original, se ve obligado a levantar sus brazos con desesperación y a sostener

una total incoherencia en nombre del fundador de la Oposición de Izquierda: "Trotski no había enfrentado nunca concretamente el problema de la implementación política de su política económica" en los años veinte. Esta política económica, según Krassó, era sólo el resultado de sus "dotes de administrador del Estado" y no de elaboradas y correctas pautas políticas dirigidas a las diferentes fuerzas sociales de la URSS. Además, estaban divorciadas de su teoría de la revolución permanente, que implicaba que "el socialismo en un solo país no era practicable" porque sucumbiría ante la "subversión" a través del mercado mundial y ante el derrumbe militar frente a una agresión imperialista extranjera... Confrontándola con tantas distorsiones históricas, uno termina por preguntarse si la incoherencia que Krassó imputa a Trotski no existe en su propia mente.

Es, de hecho, incoherente oponer el programa económico inmediato de Trotski para la Unión Soviética a su concepto de "revolución permanente"<sup>21</sup>. ¿Cómo es posible que un marxista, que dio tal preponderancia a las ideas y las relacionó de manera tan "inmediata" a los agrupamientos sociales, pudiera al mismo tiempo luchar por el crecimiento acelerado de la Unión Soviética y decir que todo dependía de la revolución internacional inmediata, sin la cual la Unión Soviética se derrumbaría? ¿Acaso la segunda suposición no torna carente de sentido a la primera lucha? Esta es una contradicción implícita en la versión *falsificada* de la teoría de la revolución permanente que tanto los críticos stalinistas de Trotski en el pasado y en la actualidad como algunos de sus estúpidos pseudo-partidarios de ultra-izquierda nunca pudieron explicar. El misterio se resuelve fácilmente cuando el problema es planteado en términos correctos: todo lo que Trotski afirmó en la tercera "ley de la revolución permanente" fue el hecho de que una sociedad socialista permanente, es decir, una sociedad sin clases, totalmente madura, es decir, una sociedad sin mercancías, dinero ni Estado, no podría ser realizada jamás dentro de los límites de un solo estado (lo cual, sin embargo, era más retrógrado que los países capita-

listas más avanzados) " Trotski no discutió ni por un momento la necesidad de *comenzar* la tarea de construir el socialismo y de alcanzar un creciente tempo de crecimiento económico con este propósito, precisamente durante el tiempo que la Revolución permaneciese aislada dentro de un solo país. Fue él, después de todo, quien había propuesto concretamente por primera vez una política destinada a incrementar el tiempo de industrialización.

Por otra parte, cabría preguntarse: si toda la argumentación sólo se refería al problema teórico abstracto de *lograr* un estadio final de socialismo (diferente del comunismo, caracterizado por el debilitamiento de la división social del trabajo), ¿por qué entonces una discusión tan acalorada? ¿Acaso no cometió Trotski un grave error táctico al comprometerse en una batalla que no pudo ser comprendida por la abrumadora mayoría de los miembros del partido?

La verdad es que no fue en absoluto Trotski quien planteó la cuestión sinc Stalin y su facción. Indudablemente, éste fue un movimiento táctico "más inteligente", tendiente a aislar a Trotski y sus seguidores de los cuadros bolcheviques de mentalidad más pragmática. Pero sucedió que precisamente en esta cuestión, la mayoría de la Vieja Guardia bolchevique, incluyendo a la viuda de Lenin, se unieron a la Oposición de Izquierda Unida y que particularmente Zinoviev y Kamenev se precipitaron en una resuelta batalla. La oposición de Trotski a la teoría de lograr el "socialismo en un país" se convirtió así en la base de su estrecha colaboración con la Vieja Guardia a partir de la Guerra Civil.

Tanto el temerario juego de ideas de Stalin como la resistencia de la Vieja Guardia a este juego no fueron accidentales. En la teoría de lograr el "socialismo en un país" la burocracia expresó su incipiente conciencia de su propio poder y volvió arrogantemente la espalda a la más elemental teoría marxista-leninista. Ello significó "emanciparse" no sólo de la revolución mundial sino también de toda la herencia teórica de Lenin e, inciden-

talmente, de toda confianza en una clase trabajadora activa y consciente, tanto dentro de la Unión Soviética como en el campo mundial. Al oponerse a esta manera de arrojar por la borda la teoría marxista elemental, la Vieja Guardia expresó sus cualidades básicas. Se mostró dispuesta a seguir con Stalin a fin de "salvaguardar la unidad del Partido" y "no perturbar la seguridad de la dictadura del proletariado". Se mostró reticente a ir más allá de cierto punto donde se tornaba evidente un abierto antagonismo con principios básicos de la teoría de Lenin. Como se dijo más arriba, la tragedia de los años veinte es, de hecho, la tragedia de esa Vieja Guardia, es decir, del Partido de Lenin sin Lenin. Pero Stalin le rindió el supremo homenaje de la exterminación física total, indicando claramente con ello su convicción de que ella era, por naturaleza, "irrecuperable" para la sombría dictadura burocrática de los años treinta y de los años cuarenta.

En el pensamiento de Trotski durante los años veinte, que Krassó divide en fragmentos desvinculados e incoherentes, hay en realidad unidad dialéctica y coherencia. Trotski estaba convencido de que la sociedad soviética, en transición del capitalismo al socialismo, no podía resolver gradualmente sus problemas dentro del marco de la NEP. A lo que él se oponía era a la idea de la coexistencia pacífica entre la producción menor de mercancías y la industria socialista dentro de la URSS, lo cual era precisamente el reverso de la conocida moneda de la "coexistencia pacífica" entre el capitalismo y el estado de los trabajadores en el campo mundial. Estaba convencido de que tarde o temprano las fuerzas sociales antagónicas arribarían a un punto de conflagración, nacional e internacionalmente. Su política podría resumirse en la siguiente fórmula: favorecer todas aquellas tendencias que, nacional o internacionalmente, fortalecen al proletariado, su fuerza numérica y cualitativa, su autoconfianza y su conducción revolucionaria; debilitar todas aquellas tendencias que, nacional o internacio-



nalmente, tiendan a dividir a la clase trabajadora o su capacidad y voluntad de defenderse.<sup>23</sup>

Contemplado desde este punto de vista, todo se ordena y no hay misterio. Trotski favorece la industrialización porque ésta es indispensable si el proletariado ha de ser reforzado dentro de la sociedad soviética. Favorece la colectivización gradual del campo porque ella es indispensable para debilitar la presión de los campesinos ricos contra el poder del estado proletario y su amenaza de chantajear a la ciudad suspendiendo súbitamente los envíos de granos. Favorece una combinación de industrialización acelerada y colectivización gradual porque ello es necesario para crear una infraestructura material y técnica para las granjas colectivas en forma de tractores y maquinaria agrícola,<sup>24</sup> sin la cual la colectivización se convierte en una aventura que podría conducir al hambre en las ciudades. Favorece una tendencia a incrementar la democracia soviética a fin de estimular la actividad política y la conciencia de la clase trabajadora. Está a favor de abolir el desempleo e incrementar los salarios reales, porque la industrialización acompañada por un descenso del nivel de vida de los trabajadores disminuiría en vez de elevar la actividad política del proletariado.<sup>25</sup> Favorece una tendencia de la Comintern que aprovecharía todas las condiciones favorables para obtener la victoria proletaria en otros países, a fin de mejorar el equilibrio internacional de fuerzas en favor del proletariado. Una combinación de todos estos planes de acción no hubiera evitado un primer enfrentamiento con el enemigo, pero hubiera permitido que se produjera en condiciones mucho más favorables que las que en realidad se dieron dentro de Rusia en 1928-32 e internacionalmente en 1941.

¿Era éste un programa "no realista"? No, en el sentido de que las condiciones *objetivas* para su realización existían. Ningún estudioso de la historia que no tenga prejuicios puede dudar actualmente de que, de haberse

seguido esta tendencia alternativa, el pueblo y el proletariado soviético se hubieran ahorrado innumerables sacrificios y privaciones evitables y la humanidad hubiera evitado, si no una Guerra Mundial, al menos el azote del fascismo victorioso difundido en toda Europa y docenas de millones de muertos. Pero sí lo es, en el sentido de que las condiciones *subjetivas* para su implementación no existían. El proletariado soviético permanecía pasivo y atomizado. Contemplaba el programa de la Oposición de Izquierda con simpatía pero, en un momento de agotamiento, sin la necesaria militancia para luchar por él. Contrariamente a lo que Krassó parece pensar, Trotski no alimentó en ningún momento la más leve ilusión acerca de esto.

Abandonar inmediatamente el partido bolchevique, proclamar un partido nuevo (e ilegal) era confiar exclusivamente en una clase trabajadora que se tornaba cada vez más pasiva. Confiar en el ejército, organizar un *coup d'état*, significaba de hecho sustituir un aparato burocrático por otro y condenarse a convertirse en prisionero de la burocracia. Todos aquellos críticos de Trotski que le reprochan que haya evitado el primero o el segundo de estos caminos que se abrían ante él, no comprenden la situación en función de las fuerzas sociales y políticas básicas. La tarea de un revolucionario proletario no es "tomar el poder" por cualquier medio, cualesquiera que sean las circunstancias; su tarea consiste en tomar el poder a fin de implementar un programa socialista. Si el "poder" sólo puede ser ganado bajo condiciones que nos desvían de la realización de ese programa, en vez de acercarnos a él, es mil veces preferible permanecer en la oposición. Los admiradores no marxistas del "poder" abstracto, que presumiblemente flotan en el aire y están divorciados de la realidad social, piensan que esto es una "debilidad". Todo marxista convencido comprenderá que esto constituyó la fuerza suprema de Trotski y su legado a la historia, en vez de una "mancha" en su armadura.

¿Fue entonces la lucha de Trotski en los años veinte

sólo una "pose" para la historia, a fin de salvar el programa? Dicho sea de paso, aun desde ese punto de vista, hubiera estado completamente justificado. Actualmente debiera haberse hecho evidente que la reapropiación del marxismo genuino por parte de la nueva vanguardia revolucionaria del mundo se ve grandemente ayudada por el hecho de que Trotski, casi solo, salvó la herencia y continuidad del marxismo durante la década "negra" de los años treinta.

Pero, en realidad, la lucha de Trotski tuvo un propósito más inmediato. La clase trabajadora soviética era pasiva, pero su pasividad no estaba mecánicamente determinada para un largo período. Cualquier surgimiento de la revolución internacional, cualquier cambio en la relación soviética interna de las fuerzas sociales, podría haber causado su despertar. El instrumento inmediato para estos cambios sólo podían ser la Comintern y el Partido Comunista de la Unión Soviética. Trotski luchó por hacer actuar al Partido como un freno en el proceso de deterioro burocrático, tal como Lenin le había exhortado a hacerlo. La historia ha demostrado *a posteriori* que el aparato del partido había estado ya burocratizado a tal punto que actuaba como un motor y no como un freno en el proceso de expropiación política del proletariado. *A priori*, el resultado de esta lucha dependía de las opciones políticas concretas del Partido Comunista de la Unión Soviética, los antiguos Bolcheviques. Un cambio oportuno en el momento oportuno podría haber invertido el proceso, no hasta el punto de eliminar totalmente la burocracia (ésto era imposible en esas condiciones: un país atrasado y un medio capitalista) pero sí lo suficiente como para reducir su malignidad y despertar en el proletariado una renovada confianza en sí mismo. El "fracaso" de Trotski fue así el fracaso de la Vieja Guardia, que comprendió demasiado tarde la verdadera naturaleza del monstruoso parásito que la Revolución había engendrado. Pero este mismo "fracaso" subraya la comprensión de Trotski de la

intrincada y compleja relación entre las fuerzas sociales, las instituciones políticas y las ideas, en los años veinte.

### 3. ¿ERA IMPOSIBLE LA EXTENSIÓN DE LA REVOLUCIÓN ENTRE 1919 Y 1949?

Llegamos ahora a la tercera parte de la crítica de Krassó al marxismo de Trotski; es ésta en realidad la parte decisiva y constituye el más débil de los eslabones de su cadena de rozamientos: la crítica a las "esperanzas" que alimentaba Trotski de victorias internacionales de la revolución después de 1923.

Toda esta parte del ensayo de Krassó está dominada por una extraña paradoja. Krassó comenzó por acusar a Trotski de subestimar el papel del partido. Pero la esperanza de Trotski de que se produjeran revoluciones exitosas en Occidente, afirma ahora Krassó, se basaba en su incapacidad de "comprender las diferencias fundamentales entre las estructuras sociales rusas y las de Europa Occidental". En otras palabras, *las condiciones objetivas* hacían imposible la revolución mundial, al menos entre las dos guerras. En oposición al pretendido "voluntarismo" de Trotski, Krassó defiende aquí una posición de crudo determinismo socio-económico: dado que las revoluciones no han triunfado (aún) en Occidente, ello prueba que no podrían haber resultado victoriosas, y si no podrían haber resultado victoriosas ello se debió a la "estructura social específica" de Occidente. El papel del partido, de la vanguardia, de la conducción, la "autonomía de las instituciones políticas" están ahora completamente eliminados de la escena: por Krassó mismo y en polémica contra Trotski. Extraña piroeta, por cierto.

¿Pero qué decir de Lenin? ¿Cómo explica Krassó el hecho de que Lenin, quien —para citar a Krassó— "teorizó acerca de la necesaria relación entre partido y sociedad" (pág. 41) estuviera tan fervientemente conven-

cido como Trotski de la necesidad de construir partidos Comunistas y una Internacional Comunista? ¿Adjudica Krassó este "fútil voluntarismo" a Lenin? ¿Cómo explica el hecho de que, años después de Brest-Litvosk (Krassó comete aquí una distorsión histórica insinuando lo contrario en la p. 31) Lenin continuara pensando que una extensión de la revolución hacia Occidente y hacia Oriente era inevitable?

Krassó sólo puede intentar construir una diferencia entre la posición de Lenin y la de Trotski a partir de la inter-relación dialéctica entre la Revolución de Octubre y la revolución internacional, atribuyendo a Trotski dos ideas mecanicistas e infantiles: la idea de que las revoluciones eran "inminentes" en Europa, es decir, que las condiciones capitalistas estaban en todas partes, al menos en Europa, igualmente maduras para la revolución, sin diferencia alguna entre las diversas naciones; y que la victoria de estas revoluciones era "cierta". Es innecesario decir que Krassó encuentra imposible fundamentar ninguna de estos dos afirmaciones. Resulta fácil encontrar una abrumadora documentación que prueba lo contrario.

Ya durante el Tercer Congreso de la Comintern (1921), Trotski, junto con Lenin (ambos estaban en el "ala derecha" de ese Congreso), afirmó inequívocamente que, después de la primera ola de luchas revolucionarias de post-guerra, el capitalismo había ganado una tregua en Europa. Lo que estaba en la agenda no era la "revolución inmediata" sino la preparación de los partidos comunistas para la revolución futura, es decir, una política adecuada para ganar a la mayoría de la clase trabajadora y crear cuadros y direcciones capaces de conducir a estos partidos a la victoria cuando se presentaran las nuevas situaciones revolucionarias". Criticando el Proyecto de Programa de la Internacional Comunista, de Bujarin y Stalin, Trotski afirmó explícitamente en 1928: "El carácter revolucionario de la época no es de naturaleza tal que permita la realización de la revolución, es decir, la toma del poder, en cualquier

momento. Su carácter revolucionario consiste en agudas y profundas fluctuaciones y en abruptas y frecuentes transiciones de una situación revolucionaria inmediata —es decir, una situación tal que permita al partido Comunista luchar por el poder— a una victoria de la contra-revolución fascista o semi-fascista, y de esta última a un régimen provisional de la medianía dorada (el "Bloque de izquierda", la inclusión de la social-democracia en la coalición, el pasaje del poder al partido de Mac-Donald y así sucesivamente), llevando así inmediatamente el antagonismo a una nueva crisis y planteando agudamente la cuestión del poder".<sup>28</sup> En sus escritos finales, Trotski caracteriza una y otra vez a nuestra época como una vertiginosa sucesión de revoluciones, contra-revoluciones y "estabilizaciones temporarias", una sucesión que crea precisamente las condiciones objetivas para construir un partido de vanguardia revolucionaria del tipo de Lenin.

He aquí por cierto el quid de la cuestión, que Krassó ni siquiera propone y que —por esa razón— no puede, evidentemente, contestar. ¿Cuál es la suposición básica que está en el fondo de los conceptos organizacionales de Lenin? Como Georgy Lukács tan bien la caracterizó es la suposición de la realidad de la revolución,<sup>29</sup> es decir, la preparación consciente y deliberada para la conquista del poder por parte del proletariado cuando se den las situaciones revolucionarias y la profunda convicción de que, dadas las leyes objetivas de movimiento de la sociedad rusa, tales situaciones revolucionarias debían presentarse tarde o temprano. Cuando Lenin escribió su libro sobre *El imperialismo*, bajo la influencia de *El capital financiero* de Hilferding,<sup>30</sup> y cuando hizo un balance de la significación de la Primera Guerra Mundial, extendió —correctamente— aquella noción de realidad de la revolución a todo el sistema imperialista mundial; los eslabones más débiles se quebrarían primero, pero precisamente a causa de que eran eslabones de una misma cadena, toda la cadena se rompería progresivamente.<sup>31</sup> Esta era su justificación para pedir la forma-



ción de una Tercera Internacional. Este fue el fundamento programático de la Comintern.

Ahora bien; este es un concepto central con el cual no se puede perder el tiempo frivolamente. O bien es teóricamente correcto y confirmado por la historia —y en ese caso no sólo la “tercera ley de la revolución permanente” es correcta sino que la principal responsabilidad de las derrotas de la clase trabajadora en los años veinte, en los treinta y en los comienzos de la década del cuarenta puede ser lisa y llanamente imputada a una conducción inadecuada— o bien el concepto central de Lenin después del 4 de agosto de 1914 era incorrecto y la experiencia ha demostrado que las condiciones objetivas no estaban maduras para el surgimiento periódico de situaciones revolucionarias en el resto de Europa. En este caso, no sólo la “tercera ley de la revolución permanente” de Trotski era un “error teórico” (para citar a Krassó) sino que todos los esfuerzos de Lenin para construir Partidos Comunistas, organizados con el propósito de conducir al proletariado a la conquista del poder, quedan entonces condenados como una división culpable. ¿No es ésto acaso lo que los social-demócratas han estado proclamando durante más de cincuenta años, con el mismo argumento básico acerca de que las “condiciones socio-políticas” en Occidente “no estaban maduras” y de la “falta de comprensión (de Lenin) de las diferencias fundamentales entre las estructuras sociales rusas y las de Europa occidental”?

El balance puede ser hecho rápidamente, al menos a nivel de las experiencias históricas. Dejando de lado a los países menores, había una situación revolucionaria en Alemania en 1918-19, en 1920, en 1923, y una gran posibilidad de convertir a una defensa exitosa contra la amenaza del nazismo en una nueva situación revolucionaria, a comienzos de los años treinta; había una situación revolucionaria en España en 1931, 1934 y 1936-37; había una situación revolucionaria en Italia en 1920, en 1945, en 1948 (en el momento de la tentativa de asesinar a Togliatti); había una situación revolucionaria

en Francia en 1936 y en 1944-47. Aún en Gran Bretaña, hubo algo llamado huelga general a mediados de la década del veinte. Una vasta literatura, que incluye escritos de fuentes no comunistas y no revolucionarias, atestigua el hecho de que en todas estas situaciones la negativa de las masas a tolerar la supervivencia del sistema capitalista y su impulso instintivo a tomar en sus manos el destino de la sociedad, coincidió con una gran confusión, división y casi parálisis de las clases gobernantes; es decir, la definición de Lenin de una situación revolucionaria clásica. Si extendemos este cuadro a todo el mundo, con la revolución china de los años veinte y el levantamiento vietnamita de comienzos de la década del treinta combinándose al final de la Segunda Guerra Mundial en dos poderosas revoluciones que estimularon un movimiento revolucionario mundial de los países coloniales y semi-coloniales, entonces no cabe duda de que la definición de este medio siglo como “la edad de la revolución permanente” que Isaac Deutscher y George Novack eligieron como título para una selección de los escritos de Trotski,<sup>22</sup> constituye un resumen adecuado de la experiencia histórica.

Krassó llega ahora a la afirmación más extraordinaria de su ensayo: las derrotas de la revolución europea en los años veinte, en los treinta y a comienzos de la década del cuarenta, prueban que “la superioridad de la perspectiva de Stalin sobre la de Trotski es innegable”. ¿Por qué Trotski previó revoluciones victoriosas, mientras que Stalin “descontó la posibilidad de revoluciones europeas exitosas”? ¿Pero no se trataba acaso precisamente de lo contrario? Trotski no creía en absoluto en revoluciones automáticamente victoriosas, ni en Europa ni en parte alguna. Sólo luchó incansablemente por una política correcta del Movimiento Comunista, que permitiría eventualmente —si no la primera vez, la segunda o la tercera— transformar las situaciones revolucionarias en victorias revolucionarias. Al propugnar políticas incorrectas, Stalin contribuyó grandemente a las derrotas de estas revoluciones. El indicó a los comunistas chinos

que depositaran su confianza en Chiang Kai-chek y en un discurso público pronunciado en vísperas de la masacre de los trabajadores de Shanghai por parte de Chiang, expresó su firme convicción de que el verdugo era un "fiel aliado".<sup>33</sup> El enseñó a los comunistas alemanes que la social-democracia era su principal enemigo y que Hitler sería incapaz de conquistar el poder o no podría permanecer en él más que unos pocos meses: muy pronto serían ellos los triunfadores. El aconsejó a los comunistas españoles que detuvieran su revolución para "ganar primero la guerra" en alianza con la burguesía "liberal". El enseñó a los comunistas franceses e italianos a construir una "nueva democracia" que ya no sería "enteramente" burguesa debido a unos pocos ministros comunistas y a algunas nacionalizaciones.

Todos estos planes de acción terminaron en desastre. Sin embargo, cuando Krassó hace el balance del desastre, llega a la conclusión de que la perspectiva de Stalin era indudablemente (!) superior a la de Trotski porque, como se ve, él "descontaba las posibilidades de revoluciones europeas exitosas". ¿Acaso la conducta de Stalin en la Tercera Internacional, la transformación de la Comintern, de un instrumento de la revolución mundial en una mera ayuda para las maniobras diplomáticas del gobierno soviético y la teoría de lograr la construcción del socialismo en un solo país tuvieron algo que ver con la ausencia de revoluciones europeas exitosas? ¿O es que Krassó piensa llegar tan lejos como para imputar a Stalin la intención de organizar deliberadamente estas derrotas... sólo para "probar" la "superioridad" de sus puntos de vista sobre los de Trotski?

Como marxistas, tenemos la obligación de plantear una última cuestión. Los "errores" de Stalin en el dominio de la Internacional Comunista no pueden ser explicados como resultados accidentales de su "falta de comprensión" o de su "provincianismo ruso", de la misma manera que los desastrosos resultados de su acción política dentro de la Unión Soviética no pueden ser explicados por la fórmula absolutamente no marxista del

"culto de la personalidad".<sup>34</sup> Sus "errores" tácticos de ninguna manera correspondieron a los intereses del proletariado soviético o internacional. Costaron millones de muertes que podrían haber sido evitadas, décadas de sacrificios también evitables y años de terribles sufrimientos bajo el dominio de hierro del fascismo. ¿Cómo es posible entonces explicarse el hecho de que Stalin se opusiera sistemáticamente —o los saboteara— a todos los intentos de los Partidos Comunistas para tomar el poder, fuera del dominio del ejército soviético, en cualquier parte del mundo, durante casi treinta años?<sup>35</sup> No hay duda de que se debe encontrar una explicación social para este asombroso hecho. Una política tan sistemática sólo puede ser explicada como expresión de los intereses particulares de un determinado grupo social dentro de la sociedad soviética: la burocracia soviética.

Este grupo no constituye una nueva clase. No desempeña un papel particular ni objetivamente necesario en el proceso de producción. Es un apéndice privilegiado del proletariado después de su conquista del poder bajo condiciones objetivas desfavorables para el florecimiento de la democracia socialista. Como el proletariado, está fundamentalmente vinculada a la propiedad colectiva de los medios de producción y opuesta al capitalismo; es por eso que Stalin destruyó finalmente los kulaks y se levantó contra la invasión nazi. No ha destruido las conquistas socio-económicas básicas de la revolución de Octubre; por el contrario, las ha preservado, aunque por medios que entran cada vez más en conflicto con los objetivos básicos del socialismo. El modo socializado de producción nacido de la revolución de Octubre ha soportado exitosamente todos los asaltos de fuera y todos los enemigos de dentro. Ha demostrado su superioridad a cientos de millones de seres humanos. Esta es la tendencia histórica básica que, incidentalmente, explica también por qué la revolución mundial, en vez de ser definitivamente rechazada por décadas, como suponen los pesimistas, pudo levantarse otra vez tan fá-



cilmente y conquistar victorias momentáneas después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero a diferencia del proletariado, sus puntos de vista son básicamente conservadores, debido al temor de todo nuevo surgimiento de la revolución mundial, porque piensa que ésto precipitaría una nueva etapa de la militancia de los trabajadores dentro de su propio país y que ello amenazaría su poder y sus privilegios. La teoría y la práctica del "socialismo en un país" durante los años veinte y treinta, como así también la teoría y la práctica de la coexistencia pacífica en las décadas del cincuenta y del sesenta son una acabada expresión de la naturaleza socialmente contradictoria de esa burocracia. Se defenderá, por cierto, ante la amenaza de ser aniquilada por el imperialismo; hasta tratará de extender su "zona de influencia" cuando ello pueda hacerse sin alterar el equilibrio de las fuerzas sociales en escala mundial. Pero está básicamente atada al *statu quo*. A la larga, los estadistas americanos han terminado por descubrirlo. Krassó debiera mostrar al menos la conciencia que ellos tienen de esta *exposición racional* de la política exterior rusa desde la muerte de Stalin y debiera tratar de encontrar una explicación social para esta consecuente conducta. No encontrará otra que la elaborada por Trotski.

La burocracia y sus apologistas, pueden, por supuesto, racionalizar esta política, afirmando que se preocupaba meramente por defender a la Unión Soviética contra la amenaza de todos los capitalistas que se complotarían contra ella al ser "provocados" por el surgimiento de revoluciones en otros lugares. De la misma manera, los socialdemócratas han argumentado consecuentemente que se oponen a las revoluciones sólo a fin de defender las organizaciones de la clase trabajadora y las conquistas que serían aplastadas por la reacción si la burguesía fuera "provocada" por la actividad revolucionaria. Pero Marx nos enseñó precisamente a no juzgar a los partidos y a los grupos sociales sobre la base de sus propias racionalizaciones y de las intenciones que proclaman te-

ner, sino sobre la base de su rol objetivo en la sociedad y de los resultados objetivos de sus actos. En ese sentido, la verdadera naturaleza social de la burocracia soviética está reflejada en la suma total de sus actos de la misma manera que, según Lenin, la verdadera naturaleza social de la burocracia del sistema de los gremios obreros (y de los escalones superiores pequeño burgueses de la social-democracia en los países imperialistas), *explica* lo consecuente de su oposición a la revolución socialista.

Henos aquí una vez más en el punto de partida. Los marxistas comprenden la relativa autonomía de las instituciones políticas, pero esta comprensión implica una constante investigación dentro de las raíces sociales de estas instituciones y de los intereses sociales a los cuales, en última instancia, sirven. Implica también que mientras más se eleven estas instituciones por encima de las clases sociales a las cuales dijeron servir, más sucumbirán, independientemente de su propia voluntad, a una tendencia hacia la auto-defensa y la auto-perpetuación, y más pueden llegar a entrar en conflicto con los intereses históricos de la clase de la cual surgieron. Esta es la manera en la cual Marx y Lenin comprendieron el problema. En este sentido, el cargo que Krassó formula contra Trotski al afirmar que "subestimó" la posibilidad de autonomía de los "partidos" y "naciones" consiste precisamente en acusarlo de marxista y de leninista. Estamos seguros de que Trotski hubiera estado dispuesto a cargar con la cruz de ese pecado con estoicismo y no sin cierta satisfacción.

Nicolás Krassó

Respuesta a  
Ernest Mandel

La respuesta de Ernest Mandel a mi crítica del marxismo de Trotski exige algunos comentarios. Quizás lo más conveniente sea considerar las tres cuestiones fundamentales que él plantea y centrar en ellas la discusión. La mayoría de los detalles que se discuten se resolverán al hacerlo. El objetivo general de mi análisis era examinar y reconstruir la *unidad* del pensamiento y la práctica de Trotski como marxista, su singular carácter y coherencia. La respuesta de Mandel renuncia a toda tentativa de buscar tal unidad. Cronológicamente, separa al Trotski de 1904 del de 1905 y al Trotski de 1912 del de 1917. El Trotski de 1926 es disociado del de 1922. Estructuralmente el pensamiento de Trotski está divorciado de su práctica como político. Mi propósito era demostrar que las *differentia specifica* de la actividad de Trotski considerada como un todo no pueden ser meramente identificadas con principios abstractos. Mandel no hace virtualmente referencia alguna, a través de todo su artículo, al estilo de liderazgo de Trotski dentro del partido, a su papel como comandante militar o a su actuación como administrador estatal. Así, es importante destacar desde el comienzo que Mandel ha proporcionado críticas selectivas de las tesis del ensayo original, pero no ha elaborado una contra-teoría del marxismo de Trotski. Al optar por este procedimiento, ha corrido el riesgo del empirismo. Consecuencia de

ésto es la reiterada tendencia de Mandel a volver a la tradicional comparación Trotski-Stalin, mientras que uno de los propósitos de mi ensayo era librar al debate de la insuperable dificultad que ella entraña. La lucha entre Stalin y Trotski en los años veinte es considerada a menudo como una lucha de principios. Sin embargo, la polarización Trotski-Stalin fue un desastre, tal como Lenin lo había vaticinado en su testamento. Actualmente, el punto de partida necesario para examinar a Trotski y a Stalin, es Lenin. Este es el axioma que rigió todo el desarrollo de la argumentación. Al dividir el pensamiento de Trotski en episodios aislados, separándolo de su práctica, y relacionándolo con una antípoda abstracta, Mandel se ha privado de situar correctamente a Trotski dentro de la historia del marxismo.

## I. TROTSKI Y EL PARTIDO

Mandel niega que Trotski demostrara un sociologismo consecuente y una constante subestimación del papel autónomo de las instituciones políticas. El período inicial de la carrera de Trotski (1902-1917) es crucial aquí. La argumentación de Mandel es doble. Niega que el modelo de Trotski del partido revolucionario derivara del PSD alemán, es decir de la idea de un partido coextensivo con la clase trabajadora, a diferencia del modelo propuesto por Lenin en *¿Qué hacer?* Sin embargo la única ocasión en la cual él escribió sobre el partido como tal fue en su virulento ataque a Lenin en 1904 (*Nuestras tareas políticas*). Deutscher comenta explícitamente: "A esta concepción del partido que actuaba como un *locum tenens* del proletariado (es decir, la caricatura de Trotski de la concepción de Lenin-NK.), él oponía el plan de Axelrod de un "partido con base amplia" concebido según el modelo de los partidos socialdemócratas europeos". El mismo folleto abundaba en elogios de las dirigencias mencheviques, principales protagonistas de un modelo semejante para Rusia. Dos

años después, al escribir *Balance y perspectivas*, Trotski expresó una gran desconfianza hacia los partidos social-demócratas occidentales, pero ésto no lo condujo a revisar su concepto del partido revolucionario, sino a olvidarlo. El resultado fue la confianza inmediata en la fuerza de las masas, el "fatalismo social-revolucionario", que él mismo confesó más tarde.<sup>2</sup>

Mandel sostiene, sin embargo, que fue Lenin y no Trotski quien se inspiró en gran medida en los teóricos de la social-democracia alemana y austríaca para su teoría de la organización del partido. Tal afirmación es sorprendente, si se tiene en cuenta que todo el énfasis de la teoría de Lenin estaba puesto en la creación de un partido de revolucionarios profesionales dedicados a hacer la revolución, noción que era un anatema para Kautsky y Adler. ¿Sobre qué otra cosa se basó la histórica ruptura con los mencheviques? No es accidental que Trotski fuera incapaz de comprender la significación de ésto en aquel momento. No hay pruebas de que en ninguna etapa posterior Trotski aprendiera verdaderamente la lección de la teoría del partido de Lenin. En 1917, se unió decididamente a los bolcheviques y desempeñó un papel predominante durante la Revolución de Octubre. Pero Mandel mismo demuestra involuntariamente la constante limitación de su pensamiento político cuando dice que: "Trotski comprendió que la unidad con los mencheviques era imposible cuando la política conciliadora (la bastardilla es suya) de los mencheviques en la revolución de 1917 se tornó evidente para él". Precisamente, Trotski se unió a Lenin, no a causa de su *teoría organizativa del partido*, que era la necesaria formulación histórica de su ruptura con los mencheviques, sino a causa de su política insurreccional de 1917. Nadie debe subestimar la importancia de esta conversión. Pero fue precisamente la diferencia entre los dos lo que originó la persistente desconfianza hacia Trotski dentro del Partido Bolchevique después de la Revolución de Octubre.

Toda la historia posterior de la lucha interna del partido resulta bastante incomprensible a menos que se acepte este hecho fundamental. Mandel no examina la cuestión en ningún momento. La única referencia que hace a ella es una cita de Lenin en el sentido de que después de 1917 "no hubo mejor bolchevique que Trotski". Sucede, sin embargo, que esta "cita" es un meñor rumor, según aclara Deutscher (a quien Mandel cita como su fuente).<sup>3</sup> No existen pruebas contundentes de que Lenin hiciera jamás semejante afirmación en el transcurso de una conversación. Existen, por el contrario, pruebas negativas: el hecho es que en todos sus voluminosos escritos posteriores a 1917, Lenin no comentó nunca el marxismo de Trotski o el carácter de su conversión al bolchevismo. Este silencio de Lenin, que tuvo tantas oportunidades de ser explícito, es sin duda curioso. Su lacónico comentario sobre Trotski en su testamento es el único juicio seguro que poseemos.

Por supuesto, durante los años treinta, Trotski dio un enorme énfasis al papel del partido en el desarrollo de la historia. Pero, como ya he señalado, este énfasis, que tomó la forma de una tentativa de iniciar una cuarta internacional, sólo reflejó su incapacidad de lograr una verdadera comprensión de la teoría de Lenin. Pero la conciencia de los errores pasados tendió a producir errores nuevos. Trotski nunca estudió o experimentó profundamente la teoría de Lenin del partido o su relación con la sociedad. Cuando trató de reproducirla, en los años treinta, la caricaturizó, dándole un giro voluntarista e idealista, en concordancia con el carácter anterior de su marxismo pero totalmente alejado del de Lenin. Es así que, en la misma frase citada por Mandel, Trotski afirma que: "La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la conducción revolucionaria". Los colosales bloqueos sociales, económicos y políticos de los años treinta se reducen a una cuestión de "conducción". Semejante formulación idealista es sin duda incompatible con el pensamiento de Lenin; su subjetivismo y su monismo son evidentes. Como corolario

de la noción de conducción surge, en el pensamiento posterior de Trotski, la fetichización del programa. Este se convierte así en la instancia suprema de la eficacia revolucionaria, lo cual está fundamentalmente disociado de la estructura del partido, que era el soporte del pensamiento de Lenin. El programa así concebido se convierte en una virtud idealista acerca de la política, mientras que, por el contrario, la insistencia de Lenin sobre la organización, lo vinculaba constantemente con la estructura social y las contradicciones objetivas que actúan dentro de ella. De aquí entonces las enormes diferencias en los resultados prácticos de las dos experiencias de "construcción del partido". Una de ellas estaba ligada al más profundo movimiento interno de la sociedad rusa de su época. La otra no alcanzó jamás logro alguno en Occidente. Hacia el final de su vida, Trotski recordó al Lenin que había ignorado al comienzo. Pero nunca logró seguir sus huellas.

## 2. LA LUCHA DE LA DECADA DEL VEINTE

El curso concreto de la lucha interna del partido sólo es inteligible a la luz del pasado no leninista de Trotski. Porque fue esto lo que no sólo lo aisló de la Vieja Guardia sino que lo condujo también a numerosos errores tácticos dentro del partido. Los resultados objetivos y subjetivos de su larga ausencia de la vida interna del partido fueron decisivos aquí. Mandel arguye que es contradictorio afirmar que Trotski cometió un error tras otro en su lucha contra Stalin y que organizativamente Stalin era ya el amo del partido en 1923. "¿Pero es acaso seguro que estas dos líneas de pensamiento sean mutuamente excluyentes? En el primer caso, la victoria de Stalin sería el resultado de los errores de su oponente. En el segundo caso, era inevitable". De hecho, el argumento era que organizativamente Stalin era el amo del partido en 1923, pero que la unidad política de la Vieja Guardia contra él era la única fuerza que podría



haberlo derrotado. El amo organizativo del partido no era ya el gobernante absoluto del país. Stalin, presentándose como el representante del liderazgo colectivo, podría haber sido exitosamente desafiado por un conductor colectivo genuino. Porque es indudable que, en 1923, una alianza de Bujarin, Trotski, Zinóviev y Kámenev hubiera triunfado. Esta formulación dialéctica define la cuestión central ¿por qué esa unidad política no se produjo nunca? Mandel admite implícitamente que es ésta la pregunta que hay que formular pero él mismo la propone de manera desesperada y agnóstica: "Lo trágico fue que los otros conductores del Partido Bolchevique no vieron a tiempo el peligro de la burocracia y de que Stalin se encaramara en el poder absoluto como representante de la burocracia soviética. Todos terminaron por ver el peligro, en un momento o en otro, pero no lo vieron al mismo tiempo ni lo suficientemente pronto. Esta es la explicación básica para la aparente facilidad con que Stalin conquistó el poder". Es esta formulación la que no proporciona explicación alguna para el hecho que admite. Una vez aceptado que se trata meramente de que los otros conductores bolcheviques "no vieron a tiempo" el peligro del ascenso de Stalin al poder, los únicos factores causales posibles son el accidente o la aberración. Mi explicación, por el contrario, torna inmediatamente explicable la división de la Vieja Guardia. Trotski no era considerado por los otros dirigentes bolcheviques como un aliado sino como la principal amenaza, a causa de su pasado no leninista, de su supremacía militar, de su papel autoritario durante el comunismo de guerra y de su concepción militarista en los debates sobre los sindicatos. El bonapartismo no fue, como Mandel parece sugerir, una categoría marxista redescubierta por Trotski durante la década del treinta: fue, por el contrario, el peligro que Bujarin, Zinóviev y los otros vieron en Trotski. Al mismo tiempo, la carencia misma de experiencia partidaria que provocó estas sospechas hacia Trotski fue lo que impidió que él las comprendiera y superase. Estaba completamente in-

merso en un combate de facción que él tendió siempre a interpretar como la transposición ideológica de los conflictos sociológicos dentro de la sociedad como un todo. De allí entonces que viera a Zinóviev primero y a Bujarin después como a sus principales enemigos, porque ellos eran los "ideólogos" de la coalición dominante en diferentes momentos: ello fue un error simétrico. Trotski se convirtió en el líder de una oposición sin darse cuenta, durante largo tiempo, de que su principal enemigo era Stalin. El resultado fue que, en realidad, tendió a unificar al partido en su contra. El miedo a un tigre de papel hizo que los funcionarios del partido alimentaran a un tigre real; pero lo advirtieron diez años después. Durante la década del veinte, Trotski, como un centro negativo, aceleró las tendencias autoritarias y burocráticas del partido. La "primitiva acumulación" del poder de Stalin nació de la autodefensa de la Vieja Guardia contra Trotski. Para Trotski, la Vieja Guardia estaba cediendo tímidamente a la presión social de la Rusia retrógrada. Para los funcionarios del partido, Trotski era un peligroso aventurero. De allí entonces que la tendencia de Trotski a dividir al partido según "principios" puros, creara, irónicamente, una alianza "sin principios" contra él. Stalin ganó adhesiones por su realismo, porque la maquinaria del partido era muy consciente de que estaba aislada de las masas. Stalin nunca fue un derechista ni un izquierdista, y los hombres del aparato del partido adivinaban instintivamente que tampoco era un centrista. Para ellos, Stalin representaba una idea unilateral y elemental que tenía un tremendo atractivo: el poder debe ser mantenido. La necesidad relativa de Stalin era la *vis inertiae* de la situación. Esa era la vía que ofrecía menor resistencia para conservar el poder y para desarrollarse de manera no capitalista, Stalin llegó así a identificarse con la esencia del poder, aun para sus oponentes. Bujarin decía a Kamenev en 1928: "¿Acaso nuestra situación no es desesperada? Si el país es aplastado, nosotros (es decir el partido) seremos aplastados con él; y si logra recuperarse y Stalin cambia el

rumbo con el tiempo, también así seremos aplastados". Trotski nunca comprendió esta idea. El resultado fue una serie de torpezas políticas —documentadas en mi ensayo— que aseguraron la victoria de Stalin.

La importancia crítica del problema de la Vieja Guardia fue un producto del contexto socio-político de Rusia en aquel momento. Porque, después de la Guerra Civil, la institución política del partido existía dentro de un virtual vacío social. Esto es lo que importa para el carácter decisivo de los errores de Trotski dentro del partido, que fueron la expresión natural de su general subestimación de la autonomía de las instituciones políticas. El sociologismo es siempre un error teórico, pero fue especialmente desastroso en la Rusia de la década del veinte. Porque la dialéctica de la fuerza social de las masas había sido temporariamente invalidada en la Guerra Civil. La desintegración de la clase trabajadora virtualmente excluyó a ésta, como actor deliberado, del proceso político. Después de Kronstadt, nadie se atrevió a pensar en apelar a las masas (tal como haría Mao en China durante la década del sesenta, en una situación histórica muy diferente). Así, el destino del socialismo fue súbitamente elevado a la cima de la revolución, mientras su base se desgastaba. La comprensión básica errónea que Trotski tuvo de esta situación puede verse en la contradictoria explicación que da Mandel de su perspectiva general durante la década del veinte. Por una parte, Mandel dice que el programa político de Trotski era "irreal" porque "las condiciones *subjetivas* (la bastardilla es suya) para su implementación no existían. El proletariado soviético permanecía pasivo y atóxico. Contemplaba el programa de la Oposición de Izquierda con simpatía pero, en un momento de agotamiento, sin la necesaria militancia para luchar por él. Contrariamente a lo que Krassó parece pensar, Trotski no alimentó en ningún momento la más leve ilusión acerca de esto". Pero a continuación Mandel afirma lo contrario. La lucha de Trotski no fue sólo una cuestión de honor para "salvar el programa", con lúcida con-

ciencia de que la derrota era inevitable. Porque "la clase trabajadora soviética era pasiva pero su pasividad no estaba mecánicamente predeterminada para un largo período. Cualquier surgimiento de la revolución internacional, cualquier cambio en la relación soviética interna de las fuerzas sociales, podría haber causado su despertar. El instrumento inmediato para estos cambios sólo podía ser la Comintern y el Partido Comunista de la Unión Soviética". Estas dos afirmaciones son irreconciliables. Indican meramente la dificultad de cualquier justificación *ex post facto* de la trayectoria de Trotski. La verdad es que Trotski no creía que su programa fuera "irreal". Su disputa con Rakovski en 1928 lo pone absolutamente en evidencia, porque Rakovski sí lo creía. Su *Carta a Valentinov* se destaca tal vez como el más clarividente análisis social de la década y Trotski lo rechazó enfáticamente. La razón de que lo hiciera fue, por supuesto, que él creía en la inmediata potencia combativa del proletariado soviético; y esta creencia, explica, por supuesto, toda su conducta en la lucha interna del partido. Lo que él subestimó críticamente fue el grado de desintegración de la clase trabajadora después de la Guerra Civil. Lenin, por el contrario, fue una vez más agudamente consciente de esto. Su formulación del problema fue característicamente radical: "¿Dónde está vuestra industria en gran escala? ¿Qué clase de proletariado es éste? ¿Dónde está vuestra industria? ¿Por qué está ociosa?" preguntó en 1921. Este era el nudo del problema: no la "pasividad" del proletariado (frase de Mandel), es decir, un estado subjetivo y conjetural, sino su desintegración y dispersión, o sea una situación objetiva y estructural. Su número se había reducido en dos tercios y su composición se había transformado, con los mejores militantes muertos o transferidos a funciones partidarias. Este es el fondo sociológico de la lucha interna del partido, que Lenin al comienzo de la década y Rakovski al final, percibieron. Trotski, creyendo en el predominio inmediato de las fuerzas sociales, no lo advirtió.

¿Acaso significa ésto que el PCUS era un ente político completamente divorciado de la estructura social objetiva de la Rusia soviética? Por supuesto que no. El pensamiento de Marx fundó tanto la autonomía de la instancia política dentro de la compleja totalidad social como su determinación a largo plazo por medio de la economía. El error opuesto al de Trotski consiste en creer en el papel todopoderoso de las instituciones políticas como tales, abstraídas de la formación socio-económica dentro de la cual se articularían necesariamente. Mandel proporciona una excelente definición de las consecuencias de tal creencia, cuando escribe: "La pura política del poder degrada a sus actores precisamente hasta el punto de hacerles perder todo control sobre sus actos. Los vínculos entre el propósito consciente y las consecuencias objetivas de sus actos se desvanecen. Los marxistas, por el contrario, otorgan gran valor a la acción *consciente*; y conciencia implica conciencia del papel decisivo de las fuerzas sociales y de las limitaciones que este papel impone inevitablemente a toda acción individual... La creencia de Stalin en las posibilidades autónomas de la "política del poder" se convirtió en su "nemesi" porque lo transformó en un instrumento inconsciente de fuerzas sociales cuya existencia él no pareció advertir hasta el fin de su vida". Hay aquí el gérmen de una explicación nueva y científica del papel histórico de Stalin, libre de la personalización que tanto sus discípulos como sus enemigos han ejercido hasta ahora. Tal explicación debiera establecer una relación significativa entre su fácil victoria dentro del partido en la década del veinte y las furiosas purgas de la década del treinta. Porque Stalin temía, por cierto, la consolidación de un nuevo grupo social dentro del aparato del partido y del estado, y no vaciló en diezmar a sus propios seguidores cuando advirtió el peligro (poco antes de su muerte). Como ya lo señalé, fue como si en la década del treinta hubiera tomado con absoluta seriedad las advertencias de Trotski acerca de una "restauración burocrática".

Lo que importa enfatizar aquí es que el problema de la burocracia fue —como lo expresa Mandel— una preocupación central para Lenin durante sus últimos años. En los años veinte, la estabilización temporaria del capitalismo se había convertido en un hecho. Lenin repitió constantemente, cada vez con mayor énfasis, que la política revolucionaria debía unir una intransigencia fundamental a la capacidad de establecer compromisos. Ya en 1918 Lenin habló en su artículo *Sobre el infantilismo de "izquierda" y el espíritu pequeño-burgués* de la debilidad rusa que hace que "(en nuestro país) no exista un alto nivel cultural ni la costumbre de los compromisos". Es evidente que mientras menos dispuesto esté un político a comprometerse con la realidad de una situación, menos capaz será de contribuir a su solución. Es difícil aceptar que sea una mera coincidencia el hecho de que varios de los militantes de la Oposición Obrera, menos comprometidos y los de pensamiento más unilateral en su rechazo de la burocracia, llegaron más tarde a convertirse en funcionarios de la administración de Stalin y hasta escaparon a las purgas. Sus principios eran tan elevados que no había posibilidad de vivir de acuerdo a ellos (situación humana que había interesado mucho a Dostoievski). De allí entonces que más tarde, nada les viniera bien. La oposición de Lenin al estatismo, a la organización burocrática y administrativa del estado, representada al comienzo principalmente por Trotski, fue realista. Pero estos representantes de la Oposición Obrera, una vez que advirtieron que sus objetivos eran irreales, encontraron mucho más fácil que otros aceptar la versión del realismo de Stalin.

Esto tiene una gran importancia para lo que Mandel llama "la principal preocupación y la batalla final de Lenin durante el último período de su vida": la lucha contra la burocracia. Porque, precisamente, Lenin nunca planteó el problema idealísticamente, con el romanticismo político de "o bien... o". Para Lenin, no se trataba de una cuestión de burocracia o no. Lenin era agudamente consciente de las insuperables contradic-



ciones que dominaban tanto la política interna como la externa y creía que la única manera de enfrentarlas era desarrollar una política de experimentación deliberada. Las tendencias burocráticas y autoritarias debían ser combatidas, pero los compromisos eran inevitables a lo largo de esta lucha. El objetivo de Lenin no era el triunfo completo sobre la burocratización, que era un objetivo imposible, sino que consistía más bien en buscar correctivos para ella. Esta es la significación del papel crucial que desempeñó en los debates sobre los sindicatos, cuando se opuso resueltamente la política de Bujarin y Trotski e insistió en que los sindicalistas debían estar en situación de defender a los trabajadores contra el Estado Soviético real: "El camarada Trotski habla del Estado de los trabajadores. Permitidme decir que ésto es una abstracción... Nuestro Estado actual es tal que el proletariado organizado inclusivamente debe defenderse y debe utilizar estas organizaciones de los trabajadores para la defensa de los trabajadores contra el Estado y para la defensa de nuestro Estado por los trabajadores".

Lenin jamás idealizó a este Estado. En 1921 escribió que: "El Estado de los trabajadores es una abstracción. En realidad, tenemos un Estado de los trabajadores con los siguientes rasgos característicos: 1. Son los campesinos y no los obreros quienes predominan en la población; 2. Se trata de un Estado de los trabajadores con deformaciones burocráticas". Se puede advertir que Lenin encontró necesario calificar la noción de "Estado de los trabajadores" indicando sus deformaciones burocráticas. Era muy consciente de la necesidad de captar la especificidad de la situación rusa. La "burocracia" *tout court* era una noción tan abstracta como la de un "Estado de los trabajadores". Pero el marxismo vulgar dominaba el pensamiento de los cuadros dirigentes del partido. Ninguna situación histórica nueva puede ser correctamente captada por medio del marxismo vulgar; pero difícilmente hubiera circunstancia alguna para la cual fuese tan inadecuado como las circunstancias de Rusia

en la década del veinte. Desde el punto de vista del marxista vulgar, no había solución: el partido debiera haber desistido. Bujarin y muchos otros buscaron refugio en zig-zags entre posiciones de extrema derecha y de extrema izquierda, mientras prevalecía como fondo una especie de desesperación. Bujarin lloró en 1918, cuando el partido resolvió aceptar alimentos de los americanos, y dijo a Trotski: "Están convirtiendo al partido en un estercolero".<sup>10</sup> Trotski y Stalin reaccionaron de manera diferente frente a esta situación, según el carácter de sus respectivos marxismos. En comparación con los otros dirigentes, su irresistible voluntarismo les otorgaba una ventaja. Pero este voluntarismo tomaba formas opuestas. Lo único que importa destacar aquí es que el marxismo de Trotski no puede ser definido como el reverso positivo del de Stalin. La comparación mecánica de los dos no contribuye necesariamente a nuestra comprensión de ambos. Había una némesis en el marxismo de Stalin pero ello no modifica ni disminuye la némesis de Trotski. Tanto el "sociologismo" como la "política del poder" son desviaciones fundamentales del leninismo.

### 3. RUSIA Y LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

El debate "socialismo en un país *versus* revolución permanente" forma el núcleo de los comentarios finales de Mandel sobre mi ensayo. Estos comentarios proporcionan una oportunidad para aclarar algunos reiterados errores acerca de la historia del movimiento revolucionario internacional desde la década del veinte. Mandel sostiene que Trotski tenía una política interna y una política internacional coherentes, basadas en las tesis fundamentales de la "revolución permanente". Por otra parte, no objeta explícitamente mi análisis de las confluencias sobre las cuales fue construida la noción de revolución permanente. Siendo así, puede suponerse que el análisis se sostiene. Lo que sí discute Mandel es que



las polémicas de Trotski contra el socialismo en un país implicaran la creencia de que la Unión Soviética se derrumbaría a causa de la "subversión" del mercado mundial o de la agresión militar. También sostiene que la política económica de industrialización acelerada propiciada por Trotski iba acompañada por una conducta política para las diferentes clases sociales en la URSS, es decir, por un correcto "manejo de las contradicciones del pueblo". Pero en ambas cuestiones la evidencia es abrumadora. En su folleto *La revolución permanente* Trotski dice: "Las crisis de la economía soviética no son meramente enfermedades del crecimiento, es decir una especie de dolencia infantil, sino algo mucho más significativo: las rígidas restricciones del mercado mundial".<sup>11</sup> En este punto, toda su argumentación da por supuesto que el mercado mundial capitalista es el sistema económico que hace imposible el socialismo en un solo país, aunque nunca explica por qué ni cómo. Lo mismo puede decirse de su discusión de la intervención militar desde el exterior. Trotski escribe: "O el proletariado llega al poder o la burguesía, por medio de una serie de demolidores golpes, debilita la presión revolucionaria a fin de recobrar su libertad de acción, sobre todo en la cuestión de la guerra y la paz. Sólo un reformista puede imaginar a la presión del proletariado sobre el estado burgués como un factor permanentemente creciente y como una garantía contra la intervención".<sup>12</sup> Se desprende del texto de este folleto que Trotski pensaba en un colapso económico o militar de la URSS, tal como lo demuestra la condición curiosamente jruschevista que agregó: "El ejemplo de un país atrasado, que en el transcurso de varios Planes Quinquenales fue capaz de construir con sus propias fuerzas una poderosa sociedad socialista, significaría un golpe mortal para el capitalismo mundial y reduciría al mínimo, si no a cero, los riesgos de la revolución proletaria mundial". Stalin, por supuesto, no sostuvo jamás algo semejante.<sup>13</sup> Una vez más, la idea de que el Estado soviético aislado no

era viable a largo plazo es la única que da sentido a esta afirmación.

Aceptado ésto, es bastante lógico que la política de Trotski con respecto a la industrialización interna haya sido tan vaga: se trataba de una suerte de medida de emergencia, hasta que el advenimiento de la revolución internacional salvara la situación. Mandel mismo lo prueba al citar la alternativa propuesta por la Oposición de Izquierda ante el trastorno masivo causado por la industrialización de Stalin: "un impuesto especial sólo para los campesinos ricos y una reducción radical de los gastos administrativos, economizando un billón de rublos de oro anuales". El carácter académico, si no demagógico, de tal proposición, es evidente. Financiar la acumulación reduciendo los gastos del Estado es un sueño utópico para todo país atrasado. Resulta difícil creer que el mismo Trotski tomara con seriedad la propuesta. Por cierto que ello no tenía relación alguna con la desesperada situación económica de 1928, que fue de bloqueo virtual de las ciudades por parte de los kulaks, tal como E. H. Carr ha destacado recientemente en estas páginas (*Revolution from Above*, NLR, N° 46). El programa de industrialización de Trotski, a pesar de toda su prescindencia económica, no contiene solución política alguna para el problema del campesinado. De allí que estuviera siempre expuesto a confiscación por Stalin y a comprometerse en una guerra contra los kulaks. Prueba de ello es el rápido realineamiento de Preobrajensky y Piatakov en 1929; si hubiera habido una fórmula política, aceptada de común acuerdo, para el programa de industrialización de la oposición, este desplazamiento no podría haber ocurrido.

La perspectiva internacional de la "revolución permanente" era un razonamiento fundamental para esta política interna incompleta. Debemos considerar ahora la interpretación que hace Mandel de esta idea. Rechaza la idea de que este concepto pueda, esencialmente, identificarse con la creencia en la inminencia y la ubicuidad de la insurrección. Por el contrario, afirma, lo único que

él implica es que la época histórica es una época de frecuentes reproducciones de las situaciones revolucionarias, ninguna de las cuales debe necesariamente producir una toma exitosa del poder. Los límites geográficos de este concepto permanecen indefinidos, pero presumiblemente se extienden a todo el globo. Ahora bien: si es ésta la interpretación que ha de darse al concepto de "revolución permanente", entonces este concepto deja de ser erróneo para convertirse meramente en banal. Porque ¿quién en la Comintern hubiera negado nunca que la época histórica se caracterizaba por el surgimiento periódico de situaciones revolucionarias? Ninguna afirmación podía ser más segura o menos discutible. Una "época" comprende muchos años, se cuenta por décadas. Dentro de tal lapso, las erupciones pueden ser muy espaciadas sin dejar de ser "periódicas". Diluir la idea de la revolución permanente equivale a tornarla banal.

La explicación que Mandel da del concepto incluye, sin embargo, un corolario polémico. Mandel afirma que dado que hubo numerosas situaciones revolucionarias en Europa después de 1919 y dado que ninguna produjo una revolución socialista, la responsabilidad de estos fracasos debía ser atribuida, fundamentalmente, a la Comintern y al Partido soviético que la controlaba. "La principal responsabilidad de las derrotas de la clase trabajadora en los años veinte, en los treinta y en los comienzos de la década del cuarenta puede ser lisa y llanamente imputada a una conducción inadecuada". La revolución permanente se convierte aquí en la explicación racional para una denuncia histórica de la política exterior soviética. No hay duda de que ésta es una interpretación correcta de la visión de Trotski durante la década del treinta. Pero ¿es también una interpretación correcta de la historia? Mandel critica muy bien las explicaciones psicológicas de la política de Stalin, y reclama explicaciones sociológicas. Pero no advierte que, al tratar de atribuir todas las importantes derrotas revolucionarias acaecidas desde 1922 a la política de la URSS, está simplemente repitiendo el mismo error, a otro nivel.

Este fue precisamente el error de Trotski, y este error derivó de su constante sobrestimación de la importancia de la nación como institución política.<sup>14</sup> Porque el hecho es que, en última instancia, la Comintern no determinó el destino de los movimientos revolucionarios de todos los países del mundo. Esto debiera ser obvio para todo marxista. Creer otra cosa sería exagerar desproporcionadamente la importancia y la influencia del naciente Estado soviético sobre los asuntos mundiales. La convicción anticomunista vulgar de que el "Kremlin" era responsable de todas las explosiones de descontento social o de revolución en todas partes del mundo encuentra aquí su contraparte marxista vulgar: el Kremlin se torna responsable de todas las supresiones del descontento social y de todas las victorias de la contrarrevolución. Esta idea es incompatible con cualquier apreciación racional de la historia mundial y se funda, precisamente, en el monismo sociológico por el cual yo criticé a Trotski y que consiste en dar por sentada la existencia de "una estructura social universal, que se cierne por sobre sus manifestaciones en cualquier sistema internacional concreto". La consecuencia voluntarista de tal suposición consiste en atribuir a la URSS una omnipotencia maléfica. Así, Mandel no vacila en escribir que "los cincuenta millones de víctimas de la Segunda Guerra Mundial" fueron el "resultado" de la política de la Comintern. El idealismo de esta línea de pensamiento, y su distancia del marxismo, son evidentes.

Una vez que la dominación contrarrevolucionaria ha sido internacionalmente atribuida a Stalin, no existe ya restricción objetiva alguna para la ubicación de las "situaciones revolucionarias" cuyo triunfo se pretende que la Unión Soviética ha evitado. Los cuasi-fracasos se multiplican en el texto de Mandel: nada menos que cuatro para Alemania, tres para España, tres para Francia y hasta uno, quizás, para Gran Bretaña. Y a todos ellos se les llama "situaciones revolucionarias". Basta arrojar una mirada a la lista para advertir cuán alejada de la historia está tal afirmación. La huelga general inglesa

fue saludada por Trotski, en aquel momento, como la señal de un levantamiento general revolucionario. Sin embargo, la organizada clase trabajadora inglesa no pudo mostrar un "impulso instintivo a tomar en sus manos el destino de la sociedad", sino que luchó por objetivos estrictamente limitados y se resignó a no alcanzarlos. (El Partido Comunista inglés demostró una correcta apreciación de la coyuntura, lo cual contrasta con el error de Trotski). La situación de 1945 en Francia y en Italia hacían muy problemática una tentativa armada de tomar el poder por parte de los partidos comunistas nacionales. El destino de Grecia lo prueba. Allí, la izquierda era mucho más fuerte que en Francia o en Italia, y el país era mucho menos vital para el imperialismo que cualesquiera de estas dos naciones. No obstante, la revolución griega fue brutalmente aplastada por la invasión anglo-americana. Thorez y Togliatti tenían muchas menos posibilidades que el KKE. La Guerra Civil española es otro ejemplo. Mandel sugiere que los comunistas españoles podrían haber hecho una revolución exitosa dentro de la República en guerra en 1936-37 y haber intentado después una victoria militar sobre Franco. Pero eran sólo una pequeña minoría dentro de las fuerzas republicanas, quienes a su vez tenían pocas posibilidades de ganar la guerra una vez que la relación militar de las fuerzas se hubo cristalizado en 1936. Las posibilidades de una revolución socialista en Alemania eran también remotas. El KPD no tuvo en ningún momento algo semejante a las fuerzas necesarias para enfrentarse a la Wehrmacht, armada y equipada por los socialdemócratas con el deliberado propósito de sostener la contrarrevolución en 1918, y constantemente incrementada desde entonces. Esta situación estratégica era previa a cualquier consideración sobre el nazismo. Un control exitoso del nazismo era una cosa, y una revolución proletaria, otra bastante diferente.

Por supuesto, la política de Stalin fue errónea en Francia, en Italia y —sobre todo— en Alemania. Yo enfatiqué en mi ensayo las sucesivas torpezas de la Ter-

cera Internacional. Además, la crítica de Trotski a la política de la Comintern en Alemania fue excelente (quizás sea significativo destacar, a este respecto, que sus mejores polémicas de estos años fueron escritas desde una posición "derechista", paralela a la de Brandler, y no desde la posición "izquierdista" que adoptó durante los Frentes Populares). Pero en todos estos casos, la política internacional de Stalin era, en última instancia, un factor secundario dentro de una lucha sostenida y decidida a nivel *nacional*. La unidad primaria de la lucha de clases era la nación; la promulgación de la política de la Comintern en Moscú no hizo nada para alterar este hecho. La política internacional de Stalin se tornó decisiva sólo cuando la nación fue abolida como tal, es decir, en la guerra. Fue entonces, precisamente, con la cancelación de las fronteras nacionales y la disolución temporaria de las estructuras sociales que ellas encerraban, que el papel de las acciones soviéticas se tornó fundamental. El Ejército Rojo en Europa Oriental, al crear un *cordon sanitaire* a manera de contraste, logró lo que ninguna directiva de la Comintern tuvo jamás posibilidad de lograr.

El error fundamental que Trotski cometió al subestimar la autonomía de la institución política del Estado-nación se hace evidente en su idea general de que, a causa de la "política incorrecta de la Comintern", no era posible revolución alguna dentro de las filas de los partidos leales a la Tercera Internacional. Sin embargo, fue precisamente esta creencia la que se vio refutada espectacularmente, confirmando así —por el contrario— cuán secundaria era la influencia de esta política sobre la lucha revolucionaria dentro de cualquier país dado. El monumental levantamiento de la Revolución China —para no hablar de otras victorias en Vietnam, Yugoslavia y Albania— lo demostraron definitivamente. La Revolución China, giro fundamental de la historia mundial de las últimas décadas, concentra todos los principales errores que acosaban al pensamiento de Trotski. Fue una revolución victoriosa conducida por un partido



que nunca desafió abiertamente a la Comintern o a Stalin. Esto era algo que a Trotski le parecía imposible: de allí su decisión de crear una nueva Internacional. Dicha revolución estaba basada en el campo y su fuerza principal fue el campesinado, a pesar de lo cual nunca abandonó su programa o su ideología socialista. Trotski condenó explícitamente a Mao y al partido chino por retirarse a la China rural después de 1927, y predijo que degenerarían en un mero movimiento campesino. Imposible concebir prueba más evidente del sociologismo de Trotski<sup>15</sup>. Este fue su juicio acerca del fenómeno político más decisivo de la época, y él revela con la mayor claridad su constante tendencia a trasladar inmediatamente las instituciones políticas a las fuerzas sociales, como así también los enormes errores a que tal desviación teórica conduce. (Puede agregarse que los escritos de Trotski sobre China demuestran su incomprensión de la potencia revolucionaria de la guerra de guerrillas, a la que él había sabido someter como Comandante del Ejército Rojo. En este punto, tanto Lenin como Mao fueron —en diferentes momentos— superiores a él.) Así, Trotski no tuvo nunca una plena conciencia de las formidables victorias de la Larga Marcha y de la guerra antijaponesa. Las categorías de su marxismo le impedían comprender la importancia de estos acontecimientos. De allí en adelante, la experiencia china, que llegaría a ser el vértice de la revolución mundial hacia la mitad del siglo, se le escapó.

También se le escapó a Stalin, por supuesto. Pero de eso precisamente se trata. La política de Stalin no era frenética, con poder de vida y muerte sobre el movimiento revolucionario mundial. Fueron los movimientos cautelosos y conservadores del Estado soviético los que necesariamente tuvieron sólo una influencia limitada sobre los acontecimientos que se producían en otros lugares, excepto cuando ese Estado sobrenasó sus fronteras nacionales, como en 1944-45. La política de Stalin no fue más responsable del fracaso de la revolución en Occidente que lo fue del éxito de la revolución en Oriente.

Aquellos partidos con suficiente vitalidad como para ignorar las directivas de la Comintern fueron los que tuvieron suficiente poder combativo como para ganar la revolución; aquellos que se sometieron dócilmente a las erróneas directivas de la Comintern no fueron los más aptos para derrotar a la burguesía. El hecho de que Stalin se equivocara con tanta frecuencia en esos años no significa, por el contrario, que Trotski estuviera siempre en lo cierto. El leninismo había desaparecido con su autor, y los cargos mutuos hechos en estas décadas resonaban en el abismo de su ausencia.

#### RESÚMEN

Para resumir: la indiferencia de Trotski hacia las instituciones políticas lo alejó de Lenin antes de la Revolución de Octubre y lo excluyó del partido bolchevique. Su teoría y su práctica anteriores lo aislaron luego dentro del partido, en la década del veinte, y aseguraron finalmente su derrota. En los años treinta, su internacionalismo abstracto le impidió comprender la compleja dinámica intra-nacional que regía el principal desenvolvimiento de los diferentes desprendimientos del movimiento revolucionario mundial. El sociologismo de Trotski forma una unidad coherente. No sería necesario decir que una crítica a su práctica teórica y política no disminuye, de ninguna manera, sus extraordinarios logros durante la Revolución de Octubre y la Guerra Civil. Por el contrario, como mi ensayo destaca, ambas estaban orgánicamente unidas: Trotski tenía todas las virtudes de sus vicios.

Esto se aplica también al último período de su vida. Expresé en mi ensayo que estos años estuvieron "dominados por su simbólica relación con el gran drama de la década anterior, que para él se había convertido en un trágico destino. Sus actividades se tornaron sumamente insignificantes". Pero esta insignificancia no era la de los gestos teatrales y las adaptaciones tácticas de



la década del veinte. No se trataba ya de una falta de perspectiva. En su nuevo *impasse*, Trotski alcanzó cierta grandeza. La escisión entre el "deber" y el "ser" tuvo una base histórica objetiva en la década del treinta. El "deber" de Trotski fue sin embargo válido por cuanto la unión del socialismo con el nacionalismo y con un sistema autocrático es un absurdo. Pero por entonces no había posibilidad de que éste lograra una existencia histórica definida. Trotski se convirtió en un mito identificándose con su "deber". Fue Engels quien escribió que, mientras los socialistas utópicos estaban errados en un sentido económico, representaban una verdad en un sentido último, vinculado a la historia universal. Algo similar puede decirse de Trotski. Mandel afirma que él representaba los "principios de la democracia soviética y del internacionalismo revolucionario". Sin embargo, la realidad no es nunca una mera cuestión de principios. El precio que Trotski debió pagar por su estatura fue tornarse irreal, convertirse en un mito romántico y en un símbolo. Era revolucionario en una escala clásica. Su tragedia consistió en sobrevivir en una época y en un campo de batalla post-clásicos. Está bien restaurar esta categoría fundamental. Porque el marxismo no es un optimismo beatífico: es la comprensión de una época intolerable y la acción para transformarla.

Monty Johnstone

Trotski y el debate  
sobre el socialismo  
en un solo país

El objeto del presente ensayo es examinar un aspecto del debate sostenido recientemente en NLR entre Nicolás Krassó y Ernest Mandel: la cuestión del "socialismo en un solo país". Esta gran controversia histórica se desarrolló desde el comienzo en términos algo elusivos y —desfigurada hoy por décadas de distorsiones polémicas de ambos lados— tiene particular importancia para hacer una estimación objetiva y equilibrada de la posición de Trotski, sin intención ideológica o psicológica alguna de "vindicar" a una de las partes en contra de la otra.

Un examen serio de lo que Trotski dijo realmente acerca de la construcción del socialismo en Rusia revela una contradicción fundamental y no resuelta en su posición, que no aparece en la mutilada versión de Mandel. Por una parte, como Mandel afirma correctamente, Trotski no discutió nunca la necesidad de "comenzar" la tarea de construir el socialismo y adelantó proposiciones para alcanzar un creciente índice de crecimiento económico, con este fin.<sup>1</sup> Al ser atacado, negó tener una "actitud pesimista hacia el programa de nuestro trabajo de construcción socialista, en vista del demorado proceso de la revolución en Occidente", y aceptó que "a pesar de todas las dificultades que surgen de nuestro medio capitalista, los recursos económicos y políticos de la dictadura soviética son muy grandes".<sup>2</sup> Por otra

parte, permaneció fiel a las "dos proposiciones fundamentales de la teoría de la revolución permanente": en primer lugar que, a pesar de que "la revolución puede transferir el poder a manos del proletariado ruso antes de que el proletariado de los países avanzados sea capaz de obtenerlo", no obstante —y en segundo término— la única "manera de salir de aquellas contradicciones que sobrevendrán a la dictadura del proletariado en un país atrasado, rodeado por un mundo de enemigos capitalistas, se encontrara en la arena de la revolución mundial".<sup>2</sup>

Krassó tiene razón al demostrar que la base fundamental de la argumentación de Trotski contra la posibilidad de completar la construcción del socialismo en la Unión Soviética era una falta de confianza en su capacidad para sobrevivir ni siquiera como un Estado de los trabajadores si la revolución no se extendía a países más avanzados. Dado que Mandel no sólo no reconoce la verdad que hay en esto sino que habla oscuramente de "distorsiones históricas" en la presentación de Krassó, tal vez sería conveniente dejar a Trotski hablar por sí mismo, no en citas incidentales y poco representativas, tomadas fuera de su contexto, sino en formulaciones que representen el contenido principal de su pensamiento sobre esta cuestión.

"Sin el directo apoyo estatal del proletariado europeo, la clase obrera de Rusia no puede permanecer en el poder y convertir su dominación temporaria en una dictadura socialista estable", escribió Trotski en 1906.<sup>4</sup> En 1928, defendió vigorosamente esta formulación contra la crítica de Radek, quien sostuvo que al hablar de apoyo estatal Trotski había exagerado la presentación de la indudable necesidad de la Unión Soviética de contar con la ayuda de los obreros de otros países.<sup>5</sup>

En *El programa de paz*, publicado en forma de folleto en junio de 1917 y reeditado con un apéndice en 1922 y 1924, Trotski afirmó, acerca de la revolución socialista en Rusia: "Sin esperar a los otros, comenzamos y continuamos la lucha en nuestro propio suelo nacional con

la absoluta certeza de que nuestra iniciativa proporcionará el impulso para la lucha en otros países; y si así no fuese, sería inútil creer —según surge de la experiencia histórica y de las consideraciones teóricas que la Rusia revolucionaria, por ejemplo, sería capaz de mantenerse frente a la Europa conservadora, o que la Alemania socialista podría permanecer aislada dentro de un mundo capitalista".<sup>6</sup>

Al esbozar la teoría de la revolución permanente en un prólogo escrito en 1922 (y defendido sin reservas en 1928), para su libro *1905*, Trotski habló de la vanguardia proletaria durante las primeras etapas de su dominación y de sus incursiones dentro de la propiedad capitalista. "En esto, ella entrará en un choque hostil no sólo con todas las agrupaciones de la burguesía que la apoyaron en las primeras etapas de su lucha revolucionaria sino también con las grandes masas del campesinado con cuya ayuda llegó al poder. Las contradicciones que existen en la situación de un gobierno de los trabajadores en un país atrasado con una mayoría campesina, sólo pueden ser resueltas en escala internacional, en la arena de la revolución proletaria mundial".<sup>7</sup>

En 1937, el tema continúa siendo fundamentalmente el mismo: "Sin una victoria más o menos rápida del proletariado en los países avanzados, el gobierno de los trabajadores no sobrevivirá en Rusia. Librado a sí mismo, el régimen soviético debe caer o deteriorarse. Más exactamente, se deteriorará primero y caerá después. Yo mismo he escrito acerca de esto más de una vez, desde 1905".<sup>8</sup>

#### LA SUBESTIMACIÓN DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO

La subestimación de las fuerzas internas del socialismo ruso se puso particularmente en evidencia en su falta de confianza en el desarrollo independiente de una economía socialista en la URSS. En su apéndice a su *Programa de paz*, escrito en 1922, él escribió: "El so-

cialismo sólo es concebible sobre la base del crecimiento y el florecimiento de las fuerzas productivas... Mientras la burguesía permanezca en el poder en otros Estados europeos, nos veremos obligados, en la lucha contra el aislamiento económico, a buscar acuerdos con el mundo capitalista; al mismo tiempo, puede afirmarse con certeza que estos acuerdos nos ayudarán, en el mejor de los casos, a curar ésta o aquella herida económica, a dar éste o aquel paso adelante, pero el genuino surgimiento de la economía socialista en Rusia sólo se tornará posible después de la victoria del proletariado en los países más importantes de Europa".<sup>9</sup>

En 1927, lo encontramos aseverando que el Estado soviético estaba "siempre, directa o indirectamente, bajo el relativo control del mercado mundial. Allí reside la raíz de la cuestión. El índice de desarrollo no es arbitrario, sino que está determinado por el desarrollo mundial general, porque, en última instancia, la industria mundial controla cada una de sus partes, aun cuando esa parte se encuentre bajo la dictadura del proletariado y esté construyendo la industria socialista".<sup>10</sup> En su crítica al Programa de la Comintern, el año siguiente, va aún más lejos: "En la medida en que la productividad del trabajo y la productividad de un sistema social como un todo estén medidas en el mercado por la correlación de los precios", escribió entonces, "no es tanto la intervención militar como la intervención de las mercancías capitalistas más baratas lo que quizás constituya la mayor amenaza inmediata a la economía soviética".<sup>11</sup> No existe pues, justificación alguna para la negativa de Mandel acerca de que Trotski haya hablado nunca de que la economía planificada de la URSS hubiese de ser subpolio del mercado capitalista mundial. El monopolio del comercio exterior —que, según Stalin y la mayoría del partido destacaron correctamente, era el medio de que disponía la Unión Soviética para protegerse de tal subversión económica— se convirtió para Trotski en la "prueba de la severidad y el carácter peligroso de nuestra dependencia".<sup>12</sup> El consideraba que el destino

de la economía mundial como un todo tenía una "decisiva significación" contra la significación subsidiaria de la construcción socialista de Rusia.<sup>13</sup> Y llegó aún, con un absoluto derrotismo, a sugerir la posibilidad de que la productividad del trabajo creciera más rápidamente en los principales países capitalistas que en Rusia.<sup>14</sup>

Los éxitos de los Planes Quinquenales soviéticos probaron lo erróneo de este enfoque. Como viejo revolucionario que era, Trotski no pudo evitar alegrarse en 1936 cuando vio "el vasto alcance de la industrialización en la Unión Soviética, comparada con el panorama de estancamiento y decadencia de casi todo el mundo capitalista", según lo indicaban los índices comparativos de la producción industrial.<sup>15</sup> Pero a pesar de reconocer que "es imposible negar el hecho de que aun cuando las fuerzas de la producción estén desarrollándose en la Unión Soviética a un ritmo que ningún otro país del mundo ha igualado nunca o está igualado ahora"<sup>16</sup> jamás habría de admitir que ello constituyera una refutación directa de sus pesimistas predicciones de fines de la década del veinte, las cuales a su vez contrastaban extrañamente con los planes de superindustrialización que él había propugnado en un periodo anterior. (Son estos planes los que los defensores de Trotski destacan siempre actualmente, al mismo tiempo que olvidan convenientemente sus manifestaciones anteriores). Y menos aún estaba Trotski dispuesto a intentar un análisis marxista de la fuente de sus errores, tarea ésta que sin embargo estaba siempre dispuesto a exigir de sus adversarios políticos. Extraería más bien la extraña conclusión de que estos éxitos, aun cuando significaran que "la premisa técnica ha significado un enorme paso adelante para el socialismo", no estaban conduciendo a la sociedad soviética hacia el socialismo sino hacia "la resurrección de las clases, el aniquilamiento de la economía planificada y la restauración de la propiedad capitalista". Y en tal caso, agregaba, "el Estado se tornará, inevitablemente, fascista".<sup>17</sup>

## ¿DEBATE PARA COMENTARISTAS?

Isaac Deutscher comparó la lógica de la disputa acerca del socialismo en un solo país, mantenida en los años veinte, con una disputa acerca de si sería posible colocarle techo a un edificio, sostenida por dos partes que estuvieran a favor de comenzar el trabajo y se hubieran puesto ya de acuerdo acerca de su forma y de los materiales a utilizar.<sup>18</sup> Fuera de las implicaciones —representativas de diferencias de carácter o de énfasis— que subyacían bajo el apasionamiento que suscitó, tal debate aparece como altamente escolástico. Con una aparente conciencia de este hecho, el *New International*, principal órgano trotskista americano de la década del treinta (elogiado por Trotski a causa de su elevado nivel teórico), expresó abiertamente la esencia de la posición de Trotski, en un editorial fechado el 30 de enero de 1935: “A la luz de la actual situación mundial, la teoría del “socialismo en un solo país”, este evangelio de la burocracia, se nos aparece con toda su limitación nacionalista y su jactanciosa falsedad. Nos referimos, naturalmente, no a la posibilidad o imposibilidad puramente abstractas de construir una sociedad socialista dentro de ésta o aquella zona geográfica (ese es un tema para comentaristas) sino a la cuestión mucho más inmediata y concreta, viviente e histórica, y no metafísica: ¿es posible para un Estado soviético aislado mantenerse durante un período indeterminado de tiempo dentro de un medio imperialista, dentro del oprimente círculo de las contrarrevoluciones fascistas? La respuesta del marxismo es: ¡No! La respuesta de la situación interna de la URSS es: ¡No!... Fuera de la revolución mundial, no hay salvación posible”.<sup>19</sup>

Si aceptamos la cuestión planteada en esta forma, la historia ha demolido completamente la posición de Trotski. Pero si definimos al socialismo, tal como lo hace Mandel, como “una sociedad sin clases, mercancías, di-

nero ni Estado”, entonces los términos mismos de esta definición nos conducen a una conclusión diferente. Si hemos de hacer una estimación de las actitudes políticas de Trotski que tenga sentido, debemos evitar las definiciones arbitrarias que aíslan a los problemas de su contexto histórico y provocan ociosos altercados semánticos. El hecho es que la definición de Mandel difiere de la concepción leninista que era generalmente aceptada por el Partido Comunista ruso. En *El Estado y la revolución*, Lenin escribió sobre el socialismo considerándolo como sinónimo de la primera fase del comunismo de Marx, que representa la “conversión de los medios de producción en la propiedad común de toda la sociedad”. “El socialismo”, continuaba Lenin, “no suprime los defectos de la distribución y la desigualdad del ‘derecho burgués’, el cual sigue imperando, por cuanto los productos son distribuidos ‘según el trabajo’... El principio socialista ‘a igual cantidad de trabajo, igual cantidad de productos’... se ha realizado ya... persiste todavía la necesidad del Estado... Para que el Estado se extinga completamente, hace falta el comunismo completo”.<sup>20</sup> Esta distinción fue ampliada en *El ABC del comunismo*, de Bujarin y Preobrajenski, que había sido el texto básico del partido desde 1919. “En la sociedad socialista, que es inevitable como etapa intermedia entre el capitalismo y el comunismo”, escribían, “el dinero es necesario, porque debe desempeñar un papel en la economía de las mercancías... En la sociedad socialista, esta economía de las mercancías perdurará, en alguna medida”.<sup>21</sup> La sociedad sin mercancías, dinero y estado que Mandel define como socialismo contiene muchas de las características que el partido identificaba tradicionalmente con la etapa superior del comunismo. Es arbitrario introducir este concepto en la discusión, porque no designa lo que los comunistas rusos entendían cuando se proponían el objetivo de crear una economía socialista; y por economía socialista entendían la organización de la producción cooperativa en gran escala, que es la definición que Trotski dio del socialismo en 1906.<sup>22</sup>



Tampoco podrá justificar Mandel su afirmación de que "hasta Stalin y Bujarin" estaban de acuerdo acerca de que la economía socialista que ellos creían posible en Rusia "debía tener una productividad de trabajo más elevada que la más desarrollada economía capitalista" —a diferencia del nivel de productividad mucho más elevado que Rusia había conocido bajo el capitalismo, y del objetivo de alcanzar y superar al mundo capitalista en cuanto a productividad—, lo cual constituiría la garantía de la victoria del socialismo *en escala mundial*.<sup>23</sup>

#### LA POSICIÓN DE LENIN

Mandel sostiene que la concepción del "socialismo en un solo país" representa un rechazo de la teoría marxista-leninista fundamental, de "toda la herencia de Lenin". Esta es una verdad parcial y particularmente engañosa. Lo cierto es que cuando los bolcheviques llegaron al poder en 1917 lo hicieron en la creencia de que se encontraban, según las palabras de Lenin, "en el umbral de una revolución proletaria mundial".<sup>24</sup> Durante cierto tiempo, después de la Revolución de Octubre, Lenin y los bolcheviques pensaron (y Trotski era muy afecto a *ordenar citas para probarlo*)<sup>25</sup> "O bien estalla la revolución en los otros países, en los países capitalísticamente más desarrollados, inmediatamente, o al menos muy pronto, o pereceremos".<sup>26</sup> No obstante, con el realismo que lo caracterizaba, Lenin advirtió ya en marzo de 1918, exigiendo la ratificación de los humillantes términos del Tratado de Paz de Brest-Litovsk del cual Trotski dijo que sería "una traición en el sentido más amplio de la palabra"<sup>27</sup>, que aun cuando ellos pudieran, eventualmente, ver la revolución mundial, "por el momento eso es un hermoso cuento de hadas".<sup>28</sup> Dado que hacia 1921 era evidente para él que internacionalmente "los acontecimientos no seguían una línea tan recta como esperábamos" y que se "había demostrado la imposibilidad de provocar la revolución en otros países capitalistas"<sup>29</sup>

se dedicó cada vez más a considerar el nuevo problema de la construcción del socialismo en Rusia dentro del contexto de una revolución internacional indefinidamente postergada. El 15 de marzo de 1921 él había destacado dos condiciones sobre las cuales la revolución socialista podría ser "completamente exitosa" en Rusia: primero, "que reciba un apoyo oportuno de uno o varios países adelantados", y segundo, que se mantuviera "el acuerdo entre el proletariado... y la mayoría de la población campesina".<sup>30</sup> Menos de un mes después, advertía: "Veinte años de correctas relaciones con el campesinado, y estará asegurada la victoria en escala mundial (aun con una demora en las revoluciones proletarias, que están creciendo)".<sup>31</sup> Dos años después, en sus últimos artículos, Lenin estaba aún más preocupado con el problema. "¿Qué pasaría si lo desesperado de la situación [de Rusia en el mundo - M. J.], al intensificar diez veces las energías de los trabajadores y campesinos, nos ofreciera la posibilidad de proceder a crear las exigencias fundamentales de la civilización de una manera diferente a la de los países de Europa occidental?", preguntaba en enero de 1923. "...Si para la creación del socialismo se requiere un determinado nivel de cultura (aunque nadie pueda decir qué es ese determinado nivel de cultura), ¿por qué no podemos comenzar por lograr los requisitos previos para ese determinado nivel de cultura en una forma revolucionaria y entonces, con ayuda de un gobierno de los obreros y los campesinos y un sistema soviético, proceder a alcanzar a las otras naciones? Vosotros decís que la civilización es necesaria para la creación del socialismo. Muy bien. Pero, ¿por qué no podríamos nosotros haber comenzado por crear en nuestro país ciertos prerrequisitos de civilización, tales como la expulsión de los terratenientes y la expulsión de los capitalistas rusos, y empezar entonces a avanzar hacia el socialismo? ¿Dónde, en qué libros, habéis leído que tales variaciones del acostumbrado orden histórico de los hechos sean prohibidas o imposibles?".<sup>32</sup> Finalmente, en su artículo *Sobre la Cooperación*, Le-

nin escribió: "El poder del estado sobre todos los medios de producción en gran escala, el poder del estado en manos del proletariado, la alianza de este proletariado con los numerosos millones de pequeños y muy pequeños campesinos, la segura conducción del campesinado por parte del proletariado, etc.; ¿no es acaso ésto lo único que falta para que las cooperativas... construyan la sociedad socialista completa? Esto no es todavía la construcción de la sociedad socialista, pero es todo lo que es necesario y suficiente para esta construcción... Un sistema de cooperadores civilizados, regido por la propiedad social de los medios de producción y con la victoria de clase del proletariado sobre la burguesía, es socialismo"<sup>33</sup>.

#### ¿FUE LOGRADO EL SOCIALISMO?

La idea de que Rusia debiera aspirar a completar la construcción del socialismo por su cuenta si la revolución internacional continuaba demorándose, representó un alejamiento de la teoría tradicional de los bolcheviques, que no habían previsto que su país pudiera ser un estado de los trabajadores aislados durante tanto tiempo como para que la cuestión pudiera plantearse. Pero aunque esta idea no fue jamás elaborada teóricamente por Lenin, ya hemos visto cómo en el último período de su vida de trabajo él se estaba aproximando cada vez más en la práctica a adoptar tal punto de vista. Estaba perfectamente de acuerdo con la teoría marxista que, después de su muerte, el partido debería acomodarse a la nueva situación y expresar su confianza en que "la Rusia capitalista se transformará en Rusia socialista"<sup>34</sup> por sus propios medios, si la revolución que todos esperamos no se produjera en otros países y aliviara sus problemas.

¿Qué significaba este punto de vista? Lenin había enumerado cinco elementos constitutivos de las formas socio-económicas que existían en Rusia después de la Revolución de Octubre y durante el período de la Nueva

Política Económica introducida en 1921: 1) economía campesina patriarcal, predominantemente auto-suficiente; 2) escasa producción de mercancías (incluyendo a la mayoría de los campesinos que vendían sus granos); 3) capitalismo privado; 4) capitalismo de Estado; y 5) socialismo.<sup>35</sup> La transición al socialismo era vista como significando la transformación de Rusia de un territorio campesino atrasado en un país con una moderna industria estatal planeada centralmente y una agricultura colectiva y estatal, acompañadas de grandes adelantos educacionales y culturales. Ello significaba la eliminación efectiva de las primeras cuatro categorías socio-económicas de Lenin, vinculando la desaparición de los kulaks (burguesía rural) y de los nepmen (comerciantes capitalistas) con un vasto crecimiento de la quinta categoría, que comprendía una industria de propiedad del estado y granjas estatales por un lado y granjas colectivas por el otro.<sup>36</sup> Definida la situación en estos términos, Stalin pudo decir correctamente, después de 1935, que Trotski había estado equivocado y que "nuestra burguesía ha sido ya liquidada y la fundamental del socialismo ha sido ya construido. Esto es lo que nosotros llamamos la victoria del socialismo, para ser más exactos, la victoria de la Construcción Socialista en un país".<sup>37</sup>

Sin embargo, abandonar allí el problema sería demasiado fácil. No sólo la colectivización de la agricultura había sido llevada a cabo de una manera innecesariamente costosa y dura, que dejó profunda desconfianza en importantes sectores del campesinado y del Estado soviético, sino que también la iniciativa y el poder político fueron sacados de las manos de los trabajadores y concentrados efectivamente en las de Stalin y un pequeño e irresponsable grupo gobernante, reemplazando paternalísticamente a los primeros por estos últimos.<sup>38</sup> Stalin, en una situación internacional extraordinariamente difícil, condujo el desarrollo y la defensa de los fundamentos económicos y culturales del socialismo, lo cual constituye su gran mérito histórico. Pero al mismo

tiempo, atropelló brutalmente los derechos democráticos y los órganos del partido y del pueblo, cometiendo grandes persecuciones, brutales y arbitrarias, en las cuales encontraron trágico fin muchos de los mejores revolucionarios rusos y extranjeros; y ello constituye su gran crimen, que la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional están pagando caro aún hoy.

Dado que los marxistas han considerado siempre que el socialismo y la democracia van unidos, Trotski pisaba un terreno mucho más firme cuando, cambiando su principal línea de razonamiento, llegó —en la segunda mitad de la década del treinta— a hacer de ésta su objeción central a la afirmación de que el socialismo había sido construido en Rusia. El señaló entonces el terror policial, los juicios falsos a que fueron sometidos en Moscú los viejos bolcheviques y la supresión general de la libertad política, precedida y acompañada por un gran aumento del poder del deteriorado aparato burocrático tanto del partido como del estado. Lo que Trotski no entendió fue que, para un determinado período (que puede ser bastante prolongado) es posible una incómoda y antagónica coexistencia de una economía socialista y una superestructura no democrática y no socialista. Tarde o temprano el desarrollo de la primera tenderá a empujar a la sociedad (aunque tortuosa e irregularmente y de ninguna manera “automáticamente”) hacia la reforma de la superestructura y su progresiva alineación con la base económica, y con los deseos de su clase obrera y su intelectualidad, progresivamente más desarrolladas y educadas. Lo que de una economía socialista se había alcanzado en los años treinta era, por supuesto, sólo los elementos del socialismo, que necesitaban aún varias décadas más de pacífico crecimiento antes de que pudieran superar totalmente el terrible legado del atraso ruso y convertirse en una sociedad socialista *totalmente desarrollada*, armoniosa y culta. La Unión Soviética de hoy, aunque enormemente más adelantada que en la década del treinta, tiene aún un buen tramo que recorrer antes de completar este estado del desarrollo socia-

lista. Los discursos acerca de una transición hacia el comunismo en el futuro previsible, pronunciados en las épocas de Stalin y de Jruschev son considerados actualmente como expresiones cargadas de afirmaciones pomposas y exageradas. Es honesto decir que los escritos de Trotski proporcionan un correctivo útil para esta suerte de hipérbole, que fue descripta por Togliatti como “una preponderante tendencia a la exageración, en la exaltación de los logros, sobre todo en la propaganda de aquella época pero también en la presentación general, y a considerar resueltos todos los problemas y superadas todas las contradicciones objetivas, junto con las dificultades y conflictos que son siempre inherentes a la construcción de la sociedad socialista y que pueden llegar a ser muy serios e insuperables, a menos que se los reconozca abiertamente”.<sup>39</sup> Al criticar las manifestaciones de superioridad nacional, y la vanidad y la estrechez de miras que las acompañan, Trotski apelaba correctamente a las tradiciones fundamentalmente internacionales del marxismo, pero al mismo tiempo sostenía, erróneamente, que lo que él estaba atacando surgía inevitablemente de la teoría del socialismo en un solo país.

*La Revolución traicionada*, escrita por Trotski en 1936, muestra tanto la fuerza como las debilidades de su posición en aquella época. Al analizar el desarrollo de la Unión Soviética hasta la mitad de la década del treinta, no tuvo en cuenta unos pocos aciertos, en su exposición de los efectos negativos del stalinismo sobre tantos aspectos de la vida rusa. Sin embargo, muchas de sus críticas fueron capciosas y malintencionadas, como su ataque a los términos de la Constitución de 1936, cuya debilidad no residió en sus medidas extremadamente democráticas sino en su inaplicabilidad a la situación real de la Unión Soviética en ese momento, cuando Stalin podía pisotearlas, como lo hizo. Por ejemplo, Trotski describió la introducción del voto universal, igual y directo, en reemplazo del sistema indirecto —el peso de la representación en favor de la clase obrera contra el campesinado y la negación del voto a los miembros de las



antiguas clases explotadoras— como “jurídicamente eliminador de la dictadura del proletariado”.<sup>40</sup> La Constitución como un todo, afirmó, representaba “un inmenso paso atrás desde los principios socialistas a los burgueses” y creaba “las premisas políticas para el nacimiento de una nueva clase dominante”.<sup>41</sup>

Los dogmáticos lemas de Trotski acerca de la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país lo condujeron aun entonces a subestimar cuán profundamente atrincherado y elástico era el sistema socialista en Rusia, a pesar de los estragos causados por las purgas de Stalin. Sin la interferencia de una revolución en Occidente, afirmaba, si estallara la guerra, “las bases sociales de la Unión Soviética serian destruidas, no sólo en caso de derrota, sino también en caso de victoria”.<sup>42</sup>

Trotski llegó a escribir que “la burocracia soviética ha avanzado mucho en la preparación de una restauración burguesa” y “debe inevitablemente, en etapas futuras, buscar apoyo en las relaciones de propiedad”, asegurando así “su conversión en una nueva clase dominante”.<sup>43</sup> En realidad, la victoria de la Unión Soviética en la guerra (Trotski había predicho la derrota)<sup>44</sup> no fue seguida por el más ligero signo de un avance hacia una “contra-revolución burguesa”<sup>45</sup> sino, por el contrario, por el establecimiento —bajo la conducción de los partidos comunistas pretendidamente “contrarrevolucionarios”— de relaciones de propiedad socialistas en otros trece países y por el surgimiento de un sistema socialista mundial en competencia con el sistema capitalista. Además, desde la muerte de Stalin en 1953, los rasgos negativos del stalinismo denunciados por Trotski habían desaparecido. Esta “desestalinización” no se produjo a través de la “inevitable” revolución política violenta, para derrocar a la burocracia, conducida por la Cuarta Internacional, tal como pronosticaba y recomendaba *La Revolución traicionada*,<sup>46</sup> sino fundamentalmente a través de la iniciativa de fuerzas dentro del partido comunista (del cual Trotski había escrito que estaba desintegrado,<sup>47</sup> “muerto”,<sup>48</sup> y que “no era ya la vanguardia del proleta-

riado”)<sup>49</sup> y dentro de “la burocracia” que, según la definición de Trotski<sup>50</sup>, incluía al partido, al estado y a los dirigentes de las granjas colectivas, administradores, técnicos y capataces, extraídos de entre los sectores más avanzados de la clase obrera y el campesinado.

Queda aún por hacer una crítica fundamental al stalinismo. Pero ella no procederá de las premisas de Trotski, aunque sus escritos debieran ser estudiados por las numerosas lecciones valiosas —tanto positivas como negativas— que contienen para nosotros. Sin embargo, aun cuando sus ideas alcanzan su mayor brillo, se presentan dentro del marco de un modelo sociológico fundamentalmente falso, que le impidió comprender las leyes del desarrollo de la sociedad soviética o captar el fenómeno (reconocidamente nuevo y sin precedentes) del stalinismo en toda su complejidad y pluralidad. De allí el rigor con que la historia ha tratado a las principales predicciones que hemos citado en el curso de este artículo.

La fuente de la mayor parte de los errores de Trotski con relación a Rusia estaba ya presente en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. “A veces parecía ver el pasado y el presente de Rusia casi como un vacío”, destacó Deutscher. “Esta era la debilidad subyacente bajo su reclamo de europeización y también bajo las fallas de sus actitudes hacia el bolcheviquismo. La fuerza de Lenin consistió en que él tomó la realidad rusa tal como era, y se dedicó a cambiarla. El partido de Lenin tenía profundas raíces en el suelo ruso y absorbió todo lo que ese suelo podía proporcionar de fuerza y rigor revolucionario, de impetuoso coraje y de primitiva rudeza.”<sup>51</sup> Trotski no se unió a ese partido hasta las vísperas de la Revolución de octubre y nunca absorbió esa tradición, sino que permaneció en gran medida siendo un intelectual revolucionario occidental. Su pesimismo acerca de las perspectivas de una Rusia socialista estaba complementado por su muy declamado “optimismo revolucionario” acerca de las perspectivas de la revolución en Occidente y por una extraña creencia en que “el optimismo con respecto a un Estado proletario aislado im-



plicaría pesimismo con respecto a la revolución internacional".<sup>52</sup> Según lo demostró Lunatcharsky en su benévolo perfil de Trotski, su "sendero hacia la revolución... seguía una línea recta".<sup>53</sup> Cuando la historia desmintió sus pronósticos o produjo situaciones nuevas e imprevistas, Trotski careció del "sentido de la realidad" que Lenin poseía y "que conduce a alterar de vez en cuando las propias tácticas" y de la "enorme sensibilidad a las exigencias de la época" que llevó a Lenin a "en cierto momento afilar ambos bordes de su espada y en otros a guardarla en su vaina".<sup>54</sup>

Ernest Mandel

El marxismo de Trotski:  
réplica

Nicolás Krassó intentó explicar la victoria de Stalin en la lucha interna del partido bolchevique, durante la década del veinte, por medio de dos pretendidas debilidades básicas del "marxismo de Trotski": su "sociologismo", es decir, su constante subestimación del papel autónomo de las instituciones políticas, y su "administrativismo", que tendía a identificarlo con las estrictas medidas represivas que el régimen bolchevique debió tomar contra la clase obrera en el periodo 1920-21. Hemos demostrado ya que estas explicaciones no corresponden a la verdad histórica y no proporcionan una explicación adecuada del destino de la revolución rusa después de 1917, para no hablar del destino de la revolución mundial. En su respuesta, Krassó trata de defender su hipótesis tanto por medio de argumentos teóricos generales como por medio de un intento de refutar algunos de los hechos que yo introduje en la discusión. Ambas tentativas fracasan. Ellas ilustran con mayor claridad que el trabajo inicial de Krassó la debilidad básica de su análisis, que consiste en apartarse del método marxista de comprender e interpretar la historia contemporánea e influir sobre ella.

PRIMER ENFOQUE: EMPIRISMO E  
HISTORIOGRAFÍA MARXISTA

"El objetivo general de mi análisis era examinar y reconstruir la *unidad* del pensamiento y la práctica de

Trotsky como marxista, su singular carácter y coherencia. La respuesta de Mandel renuncia a toda tentativa de buscar tal unidad", escribe Krassó. En otras palabras; Krassó trata de considerar el pensamiento y la práctica de Trotsky como una totalidad gobernada por ciertos principios básicos que él intenta descubrir. Toda negativa a responderle en el mismo nivel —ya se trate de no aceptar su definición de la *unidad* del marxismo de Trotsky, o de elegir otro "principio básico" diferente del suyo para interpretar a Trotsky— es condenada como "empirismo".

Al final de este ensayo volveremos a referirnos a lo que consideramos la *differentia specifica* del marxismo de Trotsky. Pero analicemos primero cuál es el valor de la argumentación teórica de Krassó. Desde el punto de vista de la dialéctica marxista, los procesos no están gobernados por ideas básicas sino por *fuerzas en conflicto*. Todo proceso histórico está gobernado por contradicciones básicas de naturaleza social. Concebir a un proceso vital como fundamentalmente regido y explicado por ideas es retroceder desde Marx a Hegel. Considerar a estas ideas como inmutables, permanentes y desvinculadas tanto de sus contradicciones internas como de las contradicciones entre ellas y la práctica viva, es retroceder de Hegel a Kant.

Suponer que la vida de Trotsky constituye una "unidad" cuya clave es una "concepción" ideológica; identificar esa concepción con el pecado original del "sociologismo"; negar el hecho histórico de que, después de unirse al partido bolchevique, Trotsky asignó la mayor importancia al papel del "factor subjetivo" en la historia y la política, se convirtió en el más firme defensor de la teoría leninista del partido y nos dio, como político y como historiador, uno de los mejores ejemplos de precisa comprensión del "papel autónomo de las instituciones políticas", es proponer una "explicación" para el marxismo de Trotsky que desafía a la verdad. Se trata de una construcción de la mente, arbitraria y abstracta, divorciada de la realidad tanto teórica como práctica.

La debilidad metodológica de la tesis de Krassó va más allá aún que su fracaso al tratar de explicar de manera coherente todos los aspectos esenciales de las actividades de Trotsky (la superioridad de la teoría dialéctica sobre el empirismo no reside en su negación de los datos empíricos sino en su capacidad para explicarlos de manera coherente; y no es posible dar explicación coherente alguna de la teoría y los actos de Trotsky en, digamos, 1917, 1923, 1933 ó 1938, desde el punto de vista de su "subestimación del papel autónomo de las instituciones políticas"). Esta debilidad llega hasta las raíces de uno de los aspectos más fascinantes de la sociología e historiografía marxista: la relación entre el individuo y el proceso histórico.

No negamos que todo individuo puede ser considerado como un objeto digno de estudio, que su proceso vital puede ser examinado y explicado dialécticamente. Pero es evidente que lo que estamos practicando, en tal actividad teórica, es psicología individual y no sociología.<sup>1</sup> Este procedimiento está muy bien mientras nos ocupemos de individuos que sólo desempeñan un papel marginal en el proceso histórico. La gran contribución de Marx a la comprensión de la historia fue precisamente demostrar que no se puede explicar el proceso histórico como una simple interacción de psicologías individuales, como miles de "historias clínicas" que se entrelazan entre sí. Lo que esta comprensión demanda es una mediación conceptual *social*: la de la clase social. La historia universal no es la historia de los individuos en conflicto (aunque estos individuos sean muy reales y a veces muy importantes); la historia universal es la historia de la *lucha de clases*. La combinación de las aspiraciones, necesidades, esfuerzos e ideas individuales que importan para la comprensión de la historia es su combinación en clases sociales. Los conflictos que dan forma a la historia en la vida civilizada son los conflictos entre las clases sociales o dentro de ellas.<sup>2</sup>

Los individuos que desempeñan un papel clave en la historia sólo pueden hacerlo porque expresan, de ma-

nera superior y en una encrucijada decisiva, las necesidades y aspiraciones de las formaciones sociales. Una vez que la relación única de las fuerzas sociales que los impele hacia el escenario histórico se modifica fundamentalmente, su papel histórico ha terminado.<sup>3</sup>

Toda evaluación de Trotski comienza mal si trata de descubrir en el "pensamiento interior" de Trotski —es decir, en un aspecto del *individuo*— la explicación de su papel en la *historia*. No negamos la utilidad de completar el análisis histórico con la psicología individual, aunque hasta ahora lo que poseemos en ese terreno es bastante poco convincente. Pero negamos decididamente la posibilidad de explicar la historia a través de la psicología individual. La lucha política que tuvo lugar en la Unión Soviética en la década del veinte, la lucha política en el movimiento comunista mundial en la década del veinte y del treinta, comprometió los destinos de cientos de millones de seres humanos. Explicar el resultado de un conflicto de tales dimensiones por la idiosincracia personal de éste o aquél individuo —X tenía una manía de persecución; Y tenía una úlcera de estómago; Z "subestimaba el papel autónomo de las instituciones políticas"— no es sólo anti-marxista. Es ridículo.

Allí reside la debilidad básica de Krassó. En este punto, su "Réplica a Ernest Mandel" no ofrece material adicional alguno. En ella se habla mucho de lo que Trotski y Lenin hicieron o no hicieron, pensaron o no pensaron, en ésta o en aquella etapa de la lucha política y social en la Unión Soviética. Sin embargo, no se nos da explicación alguna acerca de los altibajos de la revolución en relación a las fuerzas sociales, ni en Rusia ni en escala mundial. Y cuando Krassó hace un tímido intento de introducir tal explicación de un aspecto episódico de todo el problema —la disputa de los sindicatos en 1921— llega hasta negar la misma existencia física de las clases sociales, en este caso el proletariado. En tales circunstancias, no hay lugar para una historiografía

científica. La imposibilidad de Krassó de comprender el "marxismo de Trotski" termina en un abandono del marxismo mismo.

#### LENIN, TROTSKI Y LA TEORÍA DEL PARTIDO

A Krassó le asombra nuestra afirmación de que "fue Lenin y no Trotski quien en gran medida se inspiró en los teóricos de la socialdemocracia austríaca y alemana para su teoría de la organización del partido". Naturalmente, el asombro no constituye una prueba. Ni la constituyen tampoco las tentativas de identificar a la teoría del partido de Lenin con el concepto de revolucionarios profesionales, ni la afirmación de que "no hay pruebas de que en ninguna etapa posterior —(después de empezar por no entenderla - EM)— Trotski aprendiera verdaderamente la lección de la teoría del partido de Lenin".

Krassó parece no recordar que el concepto de revolucionarios profesionales no es la premisa básica de la teoría del partido de Lenin: se trata sólo de una consecuencia que surge de otros supuestos básicos. El mismo definió primero correctamente la "tesis fundamental" de Lenin en su teoría del partido revolucionario, afirmando que ella significa "que el socialismo como teoría debía ser llevado a la clase obrera desde el exterior, a través de un partido que incluyera a la intelectualidad revolucionaria". Es esa "tesis fundamental" la que nosotros afirmamos que fue inspirada por Víctor Adler y Kautsky. Y si Krassó hiciera el esfuerzo de leer las fuentes que citamos, tendría que admitir que los elementos esenciales de la teoría del partido revolucionario de Lenin habían sido producidos, por cierto, por la socialdemocracia alemana (y austro-alemana) a comienzos de mil novecientos.

Lenin mismo no ocultó nunca su convicción de que su teoría del partido fue inspirada por la socialdemocracia alemana. Hay, por supuesto, exageraciones en estas de-

claraciones de Lenin acerca de su proximidad ideológica con Kautsky y Co.; ellas fueron hechas en el calor de una lucha de facciones. Es también cierto que Lenin, cuando volvió a referirse al tema, después de la experiencia de la revolución de 1905, usó formulaciones que estaban más integradas que las utilizadas en *¿Qué hacer?*, especialmente con respecto a la necesaria integración entre el partido de vanguardia y la clase; ya las señalamos en nuestra primera respuesta a Krassó.

Pero todo esto está fuera de la cuestión. Lo que nosotros destacamos fue el hecho de que el concepto organizativo de Lenin, antes de 1917, estaba más próximo que el de Trotski al de la socialdemocracia. El origen de esta proximidad es muy claro: Lenin, como así también los socialdemócratas, enfatizaron el papel dirigente que los trabajadores *organizados* tenían que desempeñar con respecto a los *desorganizados*; Trotski subestimó la importancia de esa organización. Pero, junto con Rosa Luxemburg, entendió antes que Lenin que la organización en sí no constituye garantía alguna para la conducción *revolucionaria* y que hasta puede convertirse en una trampa que impida a la clase trabajadora avanzar en el camino de la revolución. El tuvo un agudo presentimiento del *conservadorismo potencial* de un aparato de partido. Toda teoría marxista del partido que deje de lado esto como "sociologismo" no entiende nada acerca de la historia del movimiento de la clase trabajadora desde 1914.

Lo decimos deliberadamente: desde 1914. Lo que falta por completo en el análisis de Krassó es un examen de la actitud de Lenin hacia el partido y la Internacional, definido según la traumática experiencia que Lenin sobrevivió después del 4 de Agosto de 1914. Este "hiato" en el análisis de Krassó no es accidental. Al pasar por alto los escritos de Lenin sobre la socialdemocracia, Krassó elimina convenientemente lo que se convierte en la piedra angular del leninismo desde esa fecha en adelante: la combinación de una teoría del partido con un programa y práctica revolucionarios. Sin tal combi-

nación, la "organización" del partido no sólo se convierte en una cáscara vacía, sino que, desde el punto de vista de la lucha de clases, puede convertirse en un vehículo potencial de fuerzas sociales hostiles. Cuando Krassó reprocha a Trotski "la fetichización del programa en el pensamiento posterior de Trotski" y contrapone a ello "la estructura del partido que era el ancla del pensamiento de Lenin", calumnia, objetivamente, tanto a Trotski como a Lenin. Después de unirse a los bolcheviques, Trotski no separó nunca el programa de la estructura del partido. Después de 1914, Lenin no separó nunca la estructura del partido del programa y la práctica revolucionarios: había aprendido su lección el 4 de Agosto de 1914.<sup>4</sup>

Nos desviaría demasiado de la cuestión enumerar aquí todos los casos en que Trotski, después de marzo de 1917 expresó su comprensión de la teoría del partido de Lenin, no sólo en la teoría sino en la práctica.<sup>5</sup> Nos limitaremos a una sola cita:

"La minoría iniciadora, a la cual la teoría sindicalista asigna la conducción, colocándola en realidad por encima de las organizaciones gremiales masivas del proletariado, no puede permanecer informe. Pero si esta minoría iniciadora de la clase obrera está correctamente organizada; si está unida por la disciplina interna, que corresponde a las implacables demandas de la época revolucionaria; si está provista de una doctrina correcta, la doctrina científicamente construida de la revolución proletaria, entonces obtendremos nada menos que el Partido Comunista, que se eleva por encima de los sindicatos como así también por encima de todas las otras formas de los movimientos obreros, fructificándolos ideológicamente y dirigiendo toda su labor.

... De allí surge la férrea necesidad de crear el Partido Comunista Francés, que debe absorber totalmente tanto el ala revolucionaria existente del Partido Socialista como el desprendimiento revolucionario del sindicalismo francés. El partido debe crear su propio aparato, absolutamente independiente, rígidamente centralizado, y separarse y



apartarse tanto del actual Partido Socialista como de la CGT y los sindicatos locales.

... Su salida es: emprender inmediatamente la construcción del Partido Comunista centralizado y, sobre todo, establecer inmediatamente en los principales centros del movimiento obrero, periódicos que —a diferencia de los periódicos existentes— no serán órganos de crítica organizativa interna y de propaganda abstracta, sino órganos de agitación revolucionaria directa y de conducción política de la lucha de las masas".<sup>6</sup>

Sería difícil para cualquiera, incluyendo a Nicolás Krassó, encontrar alguna diferencia entre la teoría del partido de Lenin expresada en *¿Qué hacer?* y esta declaración de Trotski hecha en 1920.

#### EL CONTENIDO DE LAS OPCIONES DE 1923

En su intento de presentar a Trotski como "un mito y un símbolo romántico", el principal obstáculo para Krassó es la conducta alternativa, concreta y precisa, que Trotski propuso tanto al partido bolchevique ruso como a la Internacional Comunista durante el período 1923-33. Krassó comenzó por construir una infundada "contradicción" entre la teoría de la revolución permanente —interpretada por Krassó— y la lucha de Trotski por la industrialización acelerada dentro de la Unión Soviética. Hemos demostrado ya que donde sólo Krassó vio contradicción —lo cual probaba precisamente la contradicción de sus tentativas de "interpretar" a Trotski— había una inter-relación lógica: una intención consciente de reforzar el peso del proletariado, tanto nacional como internacionalmente.

En su *Respuesta a Ernest Mandel*, Krassó va todavía más allá y niega simplemente que Trotski y la Oposición de Izquierda representaran algo semejante a un programa diferente de la política de Stalin en la década del veinte. A fin de apoyar su absurda proposición, Krassó recurre a cierto transparente juego de manos en la cronología: a causa de que el proletariado soviético había sido reducido

en dos tercios hacia 1921, la política de gradual movilización y repolitización de ese proletariado en 1923-24 no era realista y las proposiciones de Trotski acerca de la acumulación industrial acelerada "no tenían relación alguna con la desesperada situación económica de 1928, que fue de bloqueo virtual de las ciudades por parte de los kulaks". Uno se queda sin habla frente a esta clase de "lógica".

Admitamos que el proletariado se hubiese reducido realmente en dos tercios en 1921 (tenemos algo más que dudas acerca de la confiabilidad de estas cifras: trataremos de demostrar, en otro momento, que son sumamente exageradas). Pero seguramente, en 1923, para no hablar de 1926, el proletariado no permanecía "desintegrado y disperso" para repetir los términos de Krassó. Según las estadísticas soviéticas oficiales, citadas por Salomón Schwartz,<sup>7</sup> el número de asalariados, que se había elevado desde 7.9 millones a 11.2 millones entre 1897 y 1913, descendió a 6.6 millones en 1922/23 y ascendió después rápidamente a 7.4 millones en 1923/24, 10.2 millones en 1924/25, 10.9 millones en 1925/27 y 11.6 millones, en 1928. En la industria en gran escala, el número de trabajadores, que había caído desde 2.8 millones en 1913 a 1.7 millones en 1922/23, subió a 1.8 millones en 1923/24, 2.2 millones en 1924/25, 2.7 millones en 1925/26, 2.8 millones en 1926/27 y 3.1 millones en 1928. El número de obreros de la construcción subió bruscamente desde 200.000 en 1923/24 a 550.000 en 1926/27 y a 700.000 en 1928. Dado el hecho de que las cifras anteriores a la guerra incluyen un número muy grande de personal doméstico (más de dos millones) y que esta categoría se había reducido a unos 200.000 en la década del veinte, puede decirse que alrededor de 1926 el proletariado industrial, en el preciso sentido de la palabra, había superado el nivel pre-revolucionario. Esto dista mucho, por cierto, de ser un proletariado "desintegrado y disperso".

Aun concediendo que el proletariado hubiese estado "reducido en dos tercios" en 1921, lo que las cifras citadas más arriba muestran es, evidentemente, un proceso de

reconstitución numérica, económica y social del proletariado desde 1921 a 1928. Sin duda nadie puede negar que una clase social que produce más del 60 por ciento del ingreso nacional (esa era la situación ya en 1926) tiene poder social potencial. Pero Trotski, debemos recordar a Krassó, no propuso restaurar inmediatamente el papel de la clase obrera en la conducción del Estado y de la economía en 1921, cuando estaba económica y socialmente reducida a su estado más débil. Esa fue la posición no realista y políticamente errada de la "Operación obrera", que Trotski rechazó inmediatamente. Un repunte en la actividad económica (e industrial); la reapertura de las fábricas; una restauración física de la clase obrera, eran condiciones necesarias para su restauración como clase políticamente dominante. Por estas razones, Trotski aguantó firme y correctamente el giro hacia el NEP y las prioridades inmediatas otorgadas al restablecimiento económico.

Pero eso fué sólo el comienzo de un proceso. Una vez que la economía comenzó a funcionar nuevamente, los salarios reales se elevaron, el número de asalariados aumentó, su peso en la economía se tornó una vez más decisivo a causa del brusco aumento de la producción industrial, entonces aparecieron otra vez las condiciones objetivas para un restablecimiento del papel político del proletariado. En ese punto, la intervención consciente del partido podía o bien favorecer tal restablecimiento o actuar como un freno poderoso. El programa de la Oposición de Izquierda fue una tentativa coherente de facilitar tal restablecimiento, proponiendo suprimir el desempleo, acelerar la industrialización, ampliar el ámbito de la democracia soviética, favorecer la auto-expresión y la auto-actividad de las masas laboriosas y reforzar las posibilidades de la revolución internacional lo cual, a su vez, elevaría la militancia y la confianza en sí mismos de los trabajadores soviéticos.

Al mantener el desempleo masivo y la manipulación masiva de los "soviets" cada vez más divorciados de todo papel sustancial en la administración del Estado y de la economía; al cercenar los restos de la democracia

de los trabajadores fuera del partido como así también las fuertes tradiciones de la democracia interna del partido, la facción gobernante hizo todo lo posible para disminuir la militancia y la auto-actividad del proletariado. Ese es el balance objetivo de la confrontación.

Cuando Krassó escribe: "Este era el nudo del problema: no la "pasividad" del proletariado (frase de Mandel) es decir, un estado subjetivo y conjetural, sino su desintegración y dispersión, o sea una situación objetiva y estructural", hace un excelente resumen del problema y, al mismo tiempo, proporciona una respuesta implícita que destruye su propia tesis. Es evidentemente imposible sostener que la "desintegración y la dispersión" fueran una "situación objetiva y estructural" entre 1923 y 1928, cuando la producción industrial estaba alcanzando y superando el nivel pre-revolucionario. La posibilidad objetiva de superar el "estado subjetivo y conjetural" de pasividad después de 1923, existía. Si no se lo lograba, ello se debía al papel clave del partido. Cualquier otra interpretación, frente a los hechos dados, "subestima" seriamente "el papel autónomo de las instituciones políticas"; podemos, lisa y llanamente, exponer esto frente a Krassó.

Acerca del programa de la Oposición de Izquierda de financiar la inversión por medio de un impuesto especial sobre los campesinos ricos y los capitalistas solamente, y una reducción de los gastos del Estado, Krassó tiene este comentario que hacer: "La acumulación financiera reduciendo los gastos del estado es un sueño utópico en todo país atrasado!" Se podría decir, igualmente, que la revolución socialista y la construcción de un Estado soviético en un país atrasado es también un "sueño utópico"; muchos mencheviques, viejos y jóvenes, estarían, por supuesto, de acuerdo con Krassó. Uno se pregunta si Krassó ha leído alguna vez *El Estado y la revolución* de Lenin y sus extensas observaciones sobre el "Estado barato"; si ha leído alguna vez *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*, de Lenin, como así también numerosos otros escritos. Probablemente, el Lenin que

escribió todo eso fuera un "trotskista romántico", que no debe ser confundido con el Lenin "realista" a quien sólo le preocupaba la "estructura de la organización". Y probablemente su heliografía estaba destinada a Gran Bretaña o a Alemania y no a la Rusia subdesarrollada.

Nada utópico hay en aplicar impuestos sólo a los campesinos ricos: varios gobiernos de los estados de los trabajadores han tratado de hacer precisamente eso, desde la desastrosa experiencia de la política agrícola de Stalin. El "realista" Mao insistió decididamente en políticas similares. Menos utópico aún es tratar de reducir el presupuesto estatal (una enorme parte del cual se malgasta en la mayoría de los países subdesarrollados), insistiendo en un estricto control de este presupuesto desde abajo y transfiriendo un creciente número de funciones estatales a los obreros y campesinos. Las proposiciones del programa de la Oposición de Izquierda, a este respecto, fueron elaboradas por algunos de los más eminentes economistas de la URSS, entre ellos Preobrajenski y Piatakov, que más tarde construyeron realmente la industria pesada de Rusia, en el primer Plan Quinquenal. Acusar a estos expertos de perderse en románticos ensueños no es demasiado serio.

En realidad, las cifras citadas por la plataforma de la Oposición de Izquierda concuerdan con las que Krizhanovsky había elaborado en su primer plan para una amplia industrialización del país a principios de la década del veinte. También concuerdan con lo que sucedió realmente durante el primer Plan Quinquenal.

La diferencia está en que el sacrificio de consumo podría haberse extendido a lo largo de diez años en lugar de comprimirse en cuatro años y medio, con lo cual podría haberse concentrado sobre los estratos más privilegiados de la población en lugar de cargar con él especialmente a los obreros y a los trabajadores rurales.

Su impacto negativo sobre la productividad media del trabajo (eficacia de las inversiones) hubiera sido insignificante, mientras que el impacto de los sacrificios con-

centrados de esos años sobre aquella productividad del trabajo fue desastroso.

Finalmente, bajo el programa de la Oposición de Izquierda, los gastos y pérdidas se hubieran reducido, mientras que, por el contrario, aumentaron diez veces durante el plan de industrialización "brusca" de Stalin, cuando la desastrosa disminución de la eficacia de las inversiones resultante de la disminución del ingreso real de los productores creó la necesidad de cientos de miles de supervisores y policías que se ocupaban de "disciplinar" a la gente y cuyos ingresos eran pura pérdida desde el punto de vista del crecimiento económico.

De esta manera, el ritmo del crecimiento económico, el nivel de consumo de los productores y el grado de democracia soviética están mutuamente vinculados, pero de manera opuesta a la que muchos apologistas del stalinismo dan generalmente por sentada (y que Krassó parece sugerir). Más democracia soviética y un consumo inmediato mayor por parte de los productores aumenta fuertemente el efecto productivo de las inversiones, reduce la necesidad de un gran consumo improductivo y contribuye a elevar, y no a disminuir, el índice de crecimiento económico.

El factor tiempo, que Krassó tan convenientemente elimina de su razonamiento, es vital. Es también una respuesta a la afirmación casi absurda de Krassó de que la política económica propuesta por Trotski en 1923 no era una solución para el bloqueo de las ciudades por los kulaks en 1928. ¡Naturalmente que no lo era, porque lo importante en esa política era precisamente *evitar* que se produjera una situación como la de 1928!

Trotski y sus camaradas advirtieron, ya en 1923, que la creciente diferenciación en el campo era un corolario inevitable del crecimiento de la producción de mercancías menores. El previno que ello podría conducir a una creciente concentración del excedente comercializable de alimentos en manos de los campesinos ricos, y a una creciente influencia de los campesinos ricos no sólo en las aldeas sino también en el terreno político. Stalin y



Bujarin lo negaron terminantemente, argumentando que era el campesino medio y no el campesino rico, quien estaba siendo fortalecido por la prosperidad de la producción de mercancías menores. Ellos veían una armonía creciente donde Trotski predecía una creciente lucha de clases. Propusieron "integrar" la agricultura privada dentro de la "construcción del socialismo", hasta el punto en que la reproducción ampliada de la industria socialista pudiera ser financiada a través de... la venta de bonos estatales a los campesinos privados.

Trotski rechazó estos sueños utópicos de armonía social y previno al partido y al proletariado acerca del peligro del kulak, años antes de que ese peligro se agudizara. En realidad, predijo la forma exacta en que ese peligro se presentaría: la negativa a enviar alimentos a la ciudad mientras no afluyeran más mercancías industriales desde la ciudad a las aldeas. Predijo el juego político que esta "huelga de suministros", provocaría. Trotski tenía otra política, diferente y realista, para proponer contra la política de Stalin-Bujarin, que favorecía la concentración del excedente de alimentos en manos de los kulaks. Esta política era: por una parte, la industrialización acelerada, por medio de la aplicación de gravámenes a los kulaks y por otra, la colectivización gradual de la agricultura, construyendo fábricas de tractores estatales y granjas cooperativas, basadas en la agricultura mecanizada, dentro de las cuales los campesinos pobres se agruparían gradualmente, porque sus ingresos y su nivel de vida serían desde el comienzo más elevados en estas granjas que en sus miserables hogares.

Industrialización acelerada, que creara las bases para una mecanización gradual de la agricultura; diferenciación acelerada del campesinado, no en favor sino a expensas de los campesinos ricos; viraje acelerado hacia una creciente actividad política de los pobres, tanto en la ciudad como en el campo, y por lo tanto, una democratización acelerada: éstos eran los elementos coherentes del programa de Trotski. Krassó sólo puede afirmar que este programa "no contiene soluciones po-

líticas para el problema del campesinado". No se adelanta prueba alguna para apoyar esta sorprendente afirmación, que no puede ser aceptada en virtud meramente de la fuerza de la afirmación de Krassó, sobre todo teniendo en cuenta que los hechos y un análisis objetivo, apuntan en la dirección opuesta.

#### LA ÍNDOLE DE LA BUROCRACIA SOVIÉTICA

Al enfrentarse con el problema social central de la década del veinte en la Unión Soviética, el problema de la burocracia, Krassó se escabulle y zigzaguea, pero no se resuelve a reconocer su *surgimiento como una capa social autónoma*. Esto es lo que le impide ver la lucha que se suscitó dentro del PCUS en aquel período a otro nivel que el de una cruda política de poder y una inadecuada psicología individual.

Aún la terminología de Krassó es un indicio de su obstinada negativa a reconocer un problema social. Habla alternativamente de "burocratismo", "estatismo burocrático y administrativo", "tendencias burocráticas y autoritarias", y hasta llega a usar el absurdo término "restauración burocrática" (cualquiera sea el significado que esa expresión pueda tener). Sólo una vez, y haciendo una cita directa de mi ensayo, utiliza el concepto, obvio, de "burocracia".

Esto es una imitación directa del hábito stalinista de las décadas del veinte y del treinta, que renació en el período post-stalinista de fines de la década del cincuenta. Proferir lamentos acerca de "hábitos burocráticos" o "tendencias burocráticas y estatistas", equivale a esconder un problema social detrás de observaciones acerca de "hábitos" o "errores" individuales. El burocratismo puede acompañar al surgimiento de una burocracia privilegiada, pero no se lo debe confundir con ella. La aparición de una burocracia que tiende a monopolizar el ejercicio del poder político y la administración del excedente social y, por lo tanto, a dominar



todas las esferas de la vida social, fue reconocida por Marx, ya en 1781, como un peligro potencial para la sociedad que surgiera de la derrota del capitalismo. Fue reconocida también de la misma manera por Kautsky y los anarquistas en los últimos años del siglo diecinueve. Lenin se ocupó extensamente de ello en todos sus escritos después del comienzo de la revolución rusa de 1917.

"Porque, precisamente, Lenin nunca planteó el problema idealísticamente, con el romanticismo político de «bien... o». Para Lenin, no se trataba de una cuestión de burocracia o no. Lenin era agudamente consciente de las insuperables contradicciones que dominaban la política interna como la externa... El objetivo de Lenin no era el triunfo completo sobre la burocratización, que era un objeto imposible, sino que consistía más bien en buscar *correctivos* para ella". Hasta aquí, Krassó.

La burocracia surge de la división social del trabajo que no ha sido superada aún, como resultado de un nivel insuficiente de desarrollo de las fuerzas productivas, de un grado insuficiente de capacidad técnica y cultural de la clase obrera. Por lo tanto, no se la puede abolir por decreto, de la misma manera que no se puede "abolir" la producción de mercancías, el dinero o el Estado. Todos estos fenómenos sólo pueden ser eliminados dentro del proceso de construcción de una sociedad sin clases. En este sentido, es elemental afirmar que no se trata de una cuestión de "burocracia o no". La supresión completa e inmediata de la burocracia (de todos los funcionarios gremiales y del partido, pagados full-time por el Estado; de todos los organizadores de la economía que desempeñan estas funciones con dedicación exclusiva, separados de los obreros de la producción; de todos los intelectuales divorciados del trabajo productivo, etc.) es imposible, en los albores de la victoria de la revolución socialista. Y ello es más imposible aún en un país atrasado.

Trotsky lo sabía tanto como Lenin. En ningún lugar y en ningún momento propuso él un plan para la "abo-

lición total e inmediata de la burocracia". Pero una cosa es comprender que la burocracia es un *mal* inevitable, y otra muy diferente hacer de la necesidad una virtud. Una cosa es decir: "Toleraremos la desigualdad sólo hasta donde pueda ayudarnos a lograr la igualdad más rápidamente. Mientras tanto, no cerraremos los ojos a las influencias corruptoras de esta desigualdad y lucharemos para reducirla, por todos los medios a nuestro alcance". Y otra cosa es proclamar temerariamente que la igualdad es un "ideal pequeño burgués", y que el "realismo" exige que se fortalezca vigorosamente la desigualdad social. Una cosa es, en resumen, permitir una política tendiente a reducir gradualmente el peso y el poder de la burocracia, y otra incrementar su poder y su peso a grandes pasos. La primera es la actitud de los revolucionarios proletarios, desde Lenin a Trotsky y la segunda es la actitud de los voceros de la burocracia, desde Stalin a Brezhnev.

Decir que Lenin sólo buscó *correctivos* para el poder de la burocracia es calumniar una vez más a ese gran revolucionario proletario. Lenin tenía una aguda conciencia del tremendo peligro que el crecimiento de la burocracia representaba para la construcción de una sociedad socialista. Al mismo tiempo que comprendía que era imposible abolir esa burocracia de un solo golpe, luchó con todas sus fuerzas para reducir su influencia *tanto como fuese posible*. No se trata de descubrir ciertos "correctivos" subjetivos. Se trata de encontrar tanto las fuerzas sociales como los procesos e instituciones políticas que puedan evitar, dentro de los límites de lo que era objetivamente posible, que la deformación burocrática del Estado de los obreros se convirtiera en una degeneración burocrática, en un cáncer que devorara las partes sanas del organismo. Y la fuerza obrera capaz de reducir gradualmente la influencia de la burocracia sólo puede ser el proletariado, al ejercer cada vez más funciones de administración directa del Estado y de la economía.

La actitud de Trotsky hacia el problema de la buro-

cracia no era, de ninguna manera, fundamentalmente diferente de la de Lenin. En ningún momento abrigó él la ilusión de que la burocracia pudiera ser "abolida" de un solo golpe. Intentó reducir su influencia y limitar sus perniciosos efectos sobre la sociedad soviética, poner en acción procesos que acelerarían la erradicación de esa burocracia. Si algo puede decirse de él, es que reaccionó más lentamente que Lenin ante la gravedad del peligro, aunque percibió antes que Lenin las raíces económicas del poder de la burocracia, además de sus raíces sociales, políticas y culturales.<sup>10</sup> Tanto Lenin como Trotski comprendieron la naturaleza de la burocracia como una capa social y la absoluta necesidad de reducir su influencia. La mayoría de los "viejos bolcheviques" no comprendieron el problema en absoluto, y esa fue la raíz ideológica de su propia ruina.

Krassó sólo imita esa falta de comprensión. Toda idea de que el *partido* podría neutralizar la burocracia por sí, es una ilusión compartida por los "viejos bolcheviques". Porque en las condiciones de creciente pasividad del proletariado, el partido mismo se burocratizó inevitablemente y se convirtió así en un vehículo de poder burocrático y no en un obstáculo para ello.

### EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS

Hemos explicado extensamente en nuestro trabajo *El marxismo de Trotski: una anti-crítica*, los aspectos inadecuados de la versión de Krassó del debate acerca del "socialismo en un solo país" y la "revolución permanente", y hemos explicado también como, hasta ahora, Krassó no parece comprender qué era lo que se discutía: la *conclusión* última y final del proceso de construcción de una sociedad sin clases, y de ninguna manera el *comienzo* de este proceso.

Krassó no trata de refutar nuestro análisis. Se limita a una breve cháchara acerca de nuestra "banalización" del concepto de revolución permanente y sostiene,

sobre la base de dos frases citadas de *La revolución permanente*, que Trotski temía "un colapso económico o militar de la URSS". Esta clase de polémica no puede ser tomada seriamente.

Krassó no ha citado una sola de las expresiones de Trotski que tiendan a justificar su ridícula interpretación de la teoría de la revolución permanente, que implicaría, para él, la creencia "en la inminencia y ubicuidad de la insurrección". Nosotros podemos, por el contrario, citar numerosos pasajes en los cuales Trotski rechaza explícitamente las interpretaciones infantiles como la de Krassó. He aquí, por ejemplo, una respuesta a Bujarin escrita cuarenta años atrás y que parece responder anticipadamente a Krassó:

"Naturalmente, no ha compartido nunca la versión bujarinista de la teoría de la revolución «permanente», según la cual no se puede concebir que haya en el proceso revolucionario, interrupciones, períodos de estancamiento, retrocesos, exigencias transitorias u otras cosas semejantes. Por el contrario, desde los primeros días de Octubre, luché contra esta caricatura de la revolución permanente.

Cuando hablé, como lo hizo Lenin, de la incompatibilidad entre la Rusia soviética y el mundo del imperialismo, pensaba en la gran curva estratégica y no en sus sinuosidades tácticas. Bujarin, por el contrario, antes de su transformación en su propia antípoda, expuso invariablemente una caricatura escolástica de la concepción marxista de una revolución continua. Bujarin opinaba, en los días de su «comunismo de izquierda», que la revolución no permite ni retrocesos ni compromisos temporarios con el enemigo. Mucho después de la cuestión de la paz de Brest-Litovsk, en al cual mi posición no tuvo nada en común con la de Bujarin, este último, junto con toda el ala de ultra-izquierda de la Comintern de aquella época, recomendó la línea de los días de marzo de 1921 en Alemania, siendo de opinión que, a menos que el proletariado de Europa fuera "galvanizado", a menos que hubiese siempre nuevas erupciones revolucionarias, el

poder soviético estaba amenazado por una destrucción cierta. La conciencia de que un peligro real amenazaba en realidad al poder soviético no me impidió sostener una lucha irreconciliable, hombro con hombro con Lenin, en el Tercer Congreso, contra esta ridícula parodia de una concepción marxista de la revolución permanente. Durante el Tercer Congreso, declaramos decenas de veces, ante los impacientes izquierdistas: «No estéis demasiado apresurados por salvarnos. De esa manera, sólo os destruiréis a vosotros mismos y, por lo tanto, provocaréis también nuestra destrucción. Seguid sistemáticamente el sendero de la lucha por el poder. Necesitamos vuestra victoria, pero no vuestro apresuramiento por luchar en condiciones desfavorables. Nosotros nos las arreglaremos para mantenernos en la república soviética, con la ayuda de la NEP, y saldremos adelante. Todavía tendréis tiempo de acudir en nuestra ayuda en el momento oportuno, si habéis reunido vuestras fuerzas y habéis utilizado las situaciones favorables»<sup>11</sup>.

Estas líneas fueron escritas en junio de 1928; el folleto de Trotski sobre la *revolución permanente* fue completado en octubre de 1928. Por lo tanto, ambos documentos son virtualmente contemporáneos. Sin embargo, Krassó, pese a tan contundente prueba documental, mantiene su interpretación de la teoría de la revolución permanente de Trotski, idéntica a la "caricatura de Bujarin", es decir, una concepción de insurrección simultánea e ininterrumpida en todas partes, concepción ésta que Trotski rechaza completamente (de manera muy clara y explícita).

Lo mismo puede decirse de la desesperada tentativa de Krassó por sostener una interpretación del rechazo de Trotski de la "teoría del socialismo en un solo país", como si ella implicara la inevitabilidad del colapso del régimen soviético, o bien a través del mercado mundial o a raíz de la intervención extranjera, si la revolución mundial no triunfara rápidamente. Una vez más, dejemos que Trotski hable por sí mismo, en la introducción a *La revolución permanente*.

"Un programa realista para un Estado de los trabajadores que esté aislado, no puede proponerse el objetivo de lograr la «independencia» de la economía mundial, ni mucho menos el de construir una sociedad socialista nacional «en el menor tiempo posible». La tarea no consiste en lograr el tiempo máximo abstracto sino el tiempo óptimo, es decir, el mejor, aquel que surge de las condiciones económicas tanto internas como mundiales, asegura la posición del proletariado, prepara los elementos nacionales de la futura sociedad socialista y, al mismo tiempo y sobre todo, mejora sistemáticamente el standard de vida del proletariado y refuerza su alianza con las masas no explotadoras del campo. Este proyecto debe mantenerse en vigencia durante todo el período preparatorio, es decir, hasta que la revolución victoriosa en los países adelantados libere a la Unión Soviética de su actual situación de aislamiento".<sup>12</sup>

No hay aquí un átomo de pesimismo histórico, ni fundamento alguno para la idea de un "colapso inevitable" de la Unión Soviética, maliciosamente atribuida a Trotski por sus adversarios de facción, e irresponsablemente repetida por Krassó. Hay, sí, comprensión del hecho de que sólo puede haber armisticios temporarios en la guerra de clases, nacional a internacionalmente, y no "coexistencia pacífica" permanente; de que la tarea fundamental del proletariado mundial no puede limitarse a "prevenir" una guerra internacional de agresión contra la Unión Soviética, sino que debe esforzarse por lograr la expansión internacional de la revolución o en otras palabras que, a largo plazo, cualquier derrota grave de la clase obrera internacional —como el ascenso de Hitler al poder— torna a aquella guerra de agresión cada vez más inevitable.

He aquí el verdadero nexo entre la "teoría de lograr finalmente la construcción del socialismo en un solo país" y la actitud básicamente conservadora de la burocracia soviética hacia la revolución mundial. Lo que la teoría del "socialismo en un solo país" implicaba, era una concepción estratégica que consideraba a la "defen-



sa del bastión" como la principal tarea del movimiento revolucionario mundial, y que concebía a esa "defensa" como una subordinación de la política del PC nacional a las sinuosidades y vueltas de la diplomacia soviética en ciertas coyunturas. La triste historia, desde el Consejo anglo-soviético de las Trade Unions de 1925-26 hasta la actual política de coexistencia pacífica —pasando por el "tercer período", el giro hacia el "frentismo popular", el súbito viraje durante el interludio del pacto Hitler-Stalin, el nuevo cambio de rumbo después de que Hitler atacó a la Unión Soviética, el interludio del "browderismo", el giro hacia la guerra fría y el período Zhdanov, el Cominform y su subsiguiente liquidación— es demasiado conocida como para que sea necesario exponerla con detalles o discutirla seriamente.

Lo que Trotski discutía y lo que nosotros discutimos es que tal subordinación de la política del PC nacional a las necesidades estratégicas de la diplomacia soviética fuera perjudicial tanto para los intereses de la Unión Soviética como para los de la revolución mundial. No entraba seguramente dentro de los intereses de la defensa militar de la Unión Soviética que a Chiang Kai-chek se le permitiera aplastar el movimiento obrero chino en 1927, que Hitler ascendiera al poder en Alemania, que la huelga general francesa de 1936 terminara en sólo unas pocas reformas económicas (y condujera, además, a un retorno al poder por parte de la reacción conservadora sólo dos años más tarde); que Franco aplastara la revolución española; que el movimiento de la clase obrera fuera enterrado en casi todos los países europeos.

Krassó afirma, erróneamente: "La política de Stalin no era frenética, con poder de vida y de muerte sobre el movimiento revolucionario mundial. Fueron los movimientos cautelosos y conservadores del Estado soviético los que necesariamente tuvieron sólo una influencia limitada". Pero olvidada súbitamente lo que había escrito algunas páginas antes, acerca de la naturaleza de aquel Estado. ¿Reflejaba acaso este "conservadorismo" coherente los

intereses de la clase obrera rusa? Si no era así ¿se trataba quizás de un reflejo del hecho de que la "deformación burocrática" del Estado de los trabajadores había progresado más allá de los peores temores de Lenin en 1920-21? Donde Krassó sólo encuentra psicología individual —la "cautela y el conservadorismo" de Stalin— un marxista busca, necesariamente, una explicación social.

#### LA COMINTERN Y LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Krassó ataca duramente nuestra afirmación de que Stalin y la burocracia soviética tienen una gran responsabilidad en la serie de aplastantes derrotas que la revolución mundial sufrió durante el período 1923-43. Se facilita las cosas derribando un muñeco de paja que él mismo había levantado: "El Kremlin se torna responsable de todas las supresiones del descontento social y de todas las victorias de la contrarrevolución. Esta idea es incompatible con cualquier apreciación racional de la historia universal".

Nosotros no hicimos una afirmación tan radical, ni tampoco la hizo Trotski. Reducir todos los factores cuya interacción determina el curso de la historia universal a un solo hecho y al papel que un solo individuo desempeña en él sería la antítesis tanto del marxismo vulgar como de Imás refinado (y cómo es posible atribuir ésto a Trotski junto con su pretendido "sociologismo" es una contradicción que Krassó no trata de explicar). Lo que nosotros afirmamos y lo que Trotski, y Lenin antes que él, afirmaron, es que si existen situaciones revolucionarias, el papel del partido, de la conducción del partido, puede ser decisivo. Sin duda, ello era así en Rusia. ¿O acaso Krassó subestima el "papel autónomo de las instituciones políticas" hasta el punto de suponer que la revolución de octubre hubiera sido ganada sin una política correcta por parte del partido bolchevique?

Más aún: hubo numerosos casos en la lucha interna-



cional de clases entre 1923 y 1943 en los cuales no se presentaron situaciones obviamente revolucionarias. Aun en esos casos, una política correcta por parte de un partido revolucionario podría acelerar el proceso de maduración de sus condiciones previas, al ayudar a transformar una situación pre-revolucionaria en una situación revolucionaria. Pero detengámonos en aquellos casos en los que las situaciones revolucionarias existen o pueden ser provocadas a corto plazo. Tomaremos dos ejemplos que Krassó descarta con excesiva ligereza.

Primero, la revolución española de Julio de 1936. Si Krassó emprendiera un estudio de esta cuestión no sólo leyendo una media docena de libros sino, especialmente, consultando los periódicos de la época, descubriría que en julio de 1936, en respuesta a un levantamiento militar de los generales fascistas, los obreros se levantaron y quebraron la conspiración casi sin armas y prácticamente en todas las principales ciudades y en todos los centros industriales, en unos pocos días. Tomaron los cuarteles y las fábricas, se armaron y comenzaron a producir industrialmente —y también agrícolamente, en las provincias más grandes— sobre sus propias bases socialistas.

Para Krassó la cuestión se reduce a esta perogrullada "realista": "Pero ellos (los comunistas españoles) eran sólo una pequeña minoría dentro de las fuerzas republicanas, quienes a su vez tenían pocas probabilidades de ganar la guerra un vez que la relación militar de fuerzas se hubo cristalizado en 1936". Ni siquiera advierte que está dando por supuesto lo que primero debe probar: a saber, que la "estabilización" o "cristalización" de la relación militar de fuerzas estaba de alguna manera predeterminada (¡uno quisiera saber por qué!); que ella era independiente de la "cristalización" de las fuerzas sociales y políticas (entre ellas, por ejemplo, una constante propaganda en pro de la revolución agraria radical, y de una inmediata proclamación de la independencia del Marruecos español, lo cual hubiera provocado poderosas tendencias desintegrantes entre las

tropas de Franco); que ella era independiente de la orientación política tomada por el llamado gobierno del Frente Popular; y que la influencia específica del stalinismo dentro de ese gobierno dependía sólo de dos o tres ministros stalinistas y no de la presión de la Unión Soviética, sus limitados envíos de armas a ese gobierno y el enorme poder del chantaje que resultó de estos envíos.<sup>13</sup>

Naturalmente que se puede argumentar, en abstracto, que si la clase obrera española hubiera alcanzado en realidad un nivel de conciencia que le permitiera construir un partido revolucionario independiente de Moscú con el tiempo, el papel de Moscú no podría haber evitado una revolución victoriosa. El ejemplo de Cuba viene al caso aquí. Pero éste es un razonamiento abstracto e intemporal. La revolución española estalló menos de veinte años después de la victoria de la revolución de Octubre. No había razón alguna para que la clase obrera —excepto una pequeña vanguardia— dudara de que el gobierno de Stalin era el continuador del gobierno soviético que había creado la Internacional Comunista a fin de extender la causa de la revolución mundial. Por lo tanto, no pudieron comprender —hasta que fue demasiado tarde— la necesidad de construir otro partido para conducir su propia revolución.

Stalin, por su parte, abusó de esta confianza y fe en la Unión Soviética y la Internacional Comunista para robustecer su alianza militar con la Francia imperialista. Escuchad, caballeros de la ciudad de París y de la bolsa de París, decía, yo no quiero causaros problemas en vuestras colonias; no quiero hacer una revolución socialista en España, soy vuestro sincero aliado. Esta fue la esencia de su política española. Como consecuencia de ellos, las limitadas fuerzas de la burguesía y la pequeña burguesía dentro del campo republicano confiaron ampliamente en el PC para hacer la tarea contrarrevolucionaria: sería más enérgica y podría desorientar más eficazmente a los trabajadores, ya que esta tarea contrarrevolucionaria era llevada a cabo bajo la bandera

de la gran revolución rusa. Cuando las fuerzas republicanas comenzaron a liquidar las conquistas revolucionarias de Julio de 1936, la desmoralización y la derrota se tornaron inevitables. Esta es la verdadera dialéctica de las fuerzas sociales y políticas en España, en la cual Stalin desempeñó un importante papel clave.<sup>14</sup>

Un segundo ejemplo es la política de postguerra del PC francés e italiano, la política de liquidar las milicias obreras creadas durante la resistencia, de integrar gobiernos de coalición, de apoyar al Estado burgués y a la economía burguesa y hasta de ocultar las represiones contrarrevolucionarias y las guerras en las colonias (la gran sangría de Argelia en mayo de 1945 y el comienzo de la guerra de agresión contra Vietnam se produjeron mientras el PC francés participaba en el gobierno). Para Krassó, la cuestión es muy simple: el éxito de un levantamiento armado que intentara tomar el poder en Francia o en Italia era muy problemático.<sup>15</sup> Una vez más, elude la cuestión. Nosotros no habíamos hablado de un levantamiento armado inmediato, para tomar el poder. Hablamos de una *estrategia* orientada hacia el logro de una revolución socialista victoriosa. Sin duda, cuando los trabajadores italianos se levantaron, el 14 de julio de 1948, para ocupar un gran número de centros estratégicos claves en el país, no hubiera sido fácil para las "tropas americanas" (¿cuántas permanecieron allí?) aplastar una revolución italiana. Sin duda, si el PC se hubiera orientado hacia una revolución desde 1944, este levantamiento hubiera sido mucho más poderoso de lo que en realidad fue. Sin duda, las políticas reformistas del PC italiano y del PC francés en el período 1944-48 no pueden ser consideradas como un factor insignificante en la forma que asumió la posterior evolución de las relaciones de fuerzas en ambos países.

Cuando la revolución alemana fracasó en 1919-20, fue posible encontrar toda clase de "explicaciones", y todas ellas contenían un ingrediente de verdad. Algunos hasta llegaron a conferir alguna influencia, para este análisis,

al hecho de que la servidumbre fue abolida en Prusia recién en los comienzos del siglo diecinueve (olvidando convenientemente el hecho de que fue abolida en Rusia más de medio siglo después, lo cual no impidió que la revolución triunfara en ese país).

Lenin atravesó toda esta maraña de falsedades atribuyendo la responsabilidad, lisa y llanamente, a los socialdemócratas. No hizo gala, por ello, ni de su "idealismo" ni de su "monismo sociológico"; sólo demostró poseer un elemental sentido común revolucionario, sosteniendo que cuando se produce una situación revolucionaria en un país cuya clase trabajadora ha estado siguiendo durante varias décadas a un partido que afirmaba estar en favor del socialismo, es evidente que la política de ese partido tendrá una gran influencia sobre el resultado de la revolución. Es muy difícil cambiar de timonel en mitad de la corriente. Si el timonel socialdemócrata tiene una grave responsabilidad en la derrota de Alemania en 1919-21, entonces el timonel stalinista tiene una responsabilidad similar en una serie de derrotas sufridas durante las décadas del treinta y del cuarenta.

Krassó sostiene que Trotski subestimó el marco *nacional* de la lucha de clases. Irónicamente, es precisamente esto lo que en realidad hizo Stalin en beneficio de los intereses de la diplomacia de la burocracia soviética. En todos los países, los PC han tenido que aplicar mecánicamente las mismas tácticas (p. ej., la oposición del PC hindú al levantamiento nacional de julio de 1942), estrictamente gobernadas por las sinuosidades tácticas de la burocracia soviética. Trotski, por otra parte, exigía que la Comintern y el Estado soviético no interfirieran en las necesidades de la lucha de clases revolucionaria, a medida que éstas se desarrollaran en cada país, pero reclamando también que el PC ayudara a conquistar a la mayoría de las masas explotadas en estos países y, eventualmente, a conquistar el poder. Mientras esta estrategia constituía, a largo plazo, la defensa más eficaz de la Unión Soviética, exigía también una análisis escru-

puloso y objetivo de la relación social y política de fuerzas en cada país y en cada momento determinado. Pintar a Trotski como un hombre que quería la "insurrección" constantemente y en todas partes, es repetir una calumnia típicamente stalinista.

#### LA UNIDAD DE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA

En *El marxismo de Trotski: una anticrítica*, destacamos que, después de contraponer sistemáticamente Lenin a Trotski, la crítica que Krassó hace de la teoría y la práctica de Trotski después de 1923 conduce objetivamente a una revisión de la teoría y la práctica básicas de Lenin. Es difícil discutir coherentemente a Trotski sin discutir a Lenin, aunque mas no sea a causa de que Trotski fue el más coherente defensor y continuador del leninismo después de 1923.

Krassó admite que los proyectos de industrialización de Trotski eran acertados. Admite que tenía razón al criticar la política de la Comintern en Alemania en 1930-33. Si tomamos sólo estos dos puntos de la lucha de Trotski, nos enfrentamos ya con formidables consecuencias. Es absurdo afirmar que en estas cuestiones Trotski estaba guiado por un "optimismo beatífico"; se trata de lo contrario. El estaba guiado por la urgencia de evitar una catástrofe inminente. En Rusia, la existencia misma del poder soviético estaba en peligro; en Alemania, la existencia del poderoso movimiento obrero de Occidente, si no de todo el movimiento obrero europeo, estaba amenazada.

Enfrentemos a Krassó con una pregunta muy simple: ¿qué hubiera hecho Trotski en estas dos situaciones específicas? ¿Quedarse quieto? ¿Limitar su crítica a afirmaciones intra-partidarias? ¿Y qué hubiera hecho si éstas hubieran sido suprimidas como lo fueron después de 1926? ¿Se hubiera satisfecho con la confianza —optimismo beatífico!— en que el partido, de algún modo y en algún

momento, "corregiría su línea de acción", independientemente de las fuerzas sociales que lo presionaban, independientemente de su régimen interno, que llevó a la Oposición de Izquierda a abandonar su opinión independientemente de las consecuencias objetivas de sus propios errores? ¿O se hubiera retirado a la posición de un "observador crítico" del escenario mundial, limitándose a las molestas observaciones de un extranjero, incapaz o no deseoso de descender al ruedo de la lucha real?

A Krassó le resultaría difícil convencer a nadie de que estas dos alternativas posibles de la conducta de Trotski —o conciliación con el oportunismo o alejamiento de la política práctica— representan "leninismo" en algún sentido. En toda la historia de la actividad de Lenin como dirigente político, no podemos citar un solo ejemplo de su parte. Toda vez que Lenin creyó que la mayoría del partido estaba equivocada, luchó contra esas ideas erradas con una energía y unidad de propósitos aún mayores que las de Trotski después de 1923. Ello fue así antes de la conquista del poder y siguió siéndolo después de la conquista del poder (el alcance total de su lucha final contra Stalin y Ordjonikidze en la cuestión georgiana se ha conocido recientemente, desde la publicación del ahora famoso volumen 36 de sus obras completas). Es inconcebible suponer que Lenin hubiera llegado a una conciliación con la burocracia o capitulado ante ella y es más inconcebible aún suponer que se hubiera retirado totalmente de la actividad política.

Krassó podría sostener que, con Lenin vivo, la burocracia podría haber sido derrotada ya en 1923. Pero esa afirmación se aleja una vez más del problema real. Es difícil sostener, al mismo tiempo, que la clase obrera estaba casi "desintegrada" en aquel momento y que la reafirmación de su poder hubiera dependido simplemente de que un líder (Lenin) actuara más eficazmente que otro (Trotski). La incapacidad de la "Vieja Guardia" para reconocer y adaptarse a un giro brusco de los acontecimientos no era nada nuevo. Había sucedido ya antes, en febrero-marzo de 1917. En aquel momento Lenin pudo



corregir la orientación equivocada por medio de sus *Tesis de Abril*, porque podía confiar en el empuje de un tremendo levantamiento revolucionario y miles de obreros bolcheviques clamaban por el mismo cambio que él exigía. En 1923-24, estos obreros estaban silenciados o muertos. Es improbable, cuando menos, que Lenin hubiera podido impedir la burocratización del partido. La Vieja Guardia estaba liquidada como instrumento revolucionario.

Tenemos un claro precedente de cómo se comportó Lenin cuando pensó que "el viejo partido" había traicionado a la revolución socialista con su actitud hacia la Segunda Internacional en 1914. Su ruptura fue radical y violenta. No contaron los números ni la influencia inmediata de las masas. Lo que contaba era el programa, las ideas correctas, la expresión de los intereses históricos de la clase obrera. Lenin confiaba absolutamente en que tarde o temprano las masas se volverían hacia las pequeñas minorías internacionalistas porque las contradicciones sociales se agudizarían y conducirían a nuevos levantamientos revolucionarios. Hasta ahora, la historia ha confirmado sus vaticinios sólo parcialmente y sólo en ciertos países. ¿Debemos pensar entonces que Krassó, admirador de los hechos cumplidos, llega entonces a la conclusión de que Lenin estaba equivocado al romper con la Segunda Internacional y exhortar a los internacionalistas a construir nuevos partidos comunistas (los cuales, en muchos casos, han seguido siendo pequeñas minorías hasta hoy)?

Trotsky siguió el ejemplo de Lenin cuando se enfrentó con el problema del deterioro del Estado soviético y de la Internacional Comunista. Ni la conciliación con los oportunistas burocráticos ni el alejamiento de la política revolucionaria son aceptables para un marxista. La unidad de la teoría y la práctica exige que un cambio histórico de la lucha de clases internacional sea acompañado por una lucha por un nuevo programa que sólo pueden encarnarse en una nueva organización, nacional e internacionalmente. Al igual que la exigencia de Lenin de la Tercera Internacional en 1914, la exigencia de la IV Internacional por parte de Trotsky fue producida por derrotas históricas

en la lucha de clases. Tal como la exigencia de la Tercera Internacional, la exigencia de la IV Internacional fue un acto de confianza en el eventual resurgimiento de la revolución mundial.

Krassó trata de evitar responder a estas cuestiones básicas, tomando los atajos. Sostiene que el poder fue conquistado en algunos países por el proletariado conducido por dirigentes del PC; sostiene que la Cuarta Internacional de Trotsky ha permanecido impotente. Acerca del primer punto, es suficiente recordar a Krassó que Trotsky no excluyó tal eventualidad; sólo dudaba de que ello fuera la regla en vez de seguir siendo una excepción. La historia demostró que él tenía razón y confirmó, especialmente, que en ningún país industrializado la clase obrera fue capaz de tomar el poder sin un partido revolucionario entrenado en un adecuado programa, estrategia y tácticas leninistas.

Acerca de la segunda cuestión, Krassó debiera ser un poco más cauteloso. Los altibajos del partido bolchevique se entrelazan con los altibajos de la revolución misma. En un período de reacción, el partido bolchevique se limita a realizar tentativas de preservar el programa, la continuidad de la teoría y los cuadros claves. En Rusia, enfrentó cinco años de reacción entre 1907 y 1912; en escala mundial, los leninistas enfrentaron 20 años de reacción (1923-43). El esfuerzo por preservar la continuidad del programa y los cuadros fue mucho más largo, las formas de reacción mucho más viciosas —fascismo y stalinismo— y sobre todo a causa de que la tentativa de construir el movimiento revolucionario debía ser hecha por tercera vez en escala mundial, después de que dos tentativas anteriores habían fracasado, encontrándose con un escepticismo mucho mayor por parte del proletariado.

Este período de reacción fue seguido por un período de resurgimiento que, después de algunos años de intervalo, se redujo casi exclusivamente a las partes más atrasadas del mundo, donde ni las condiciones previas programáticas ni las sociales eran muy favorables para un renacimiento del leninismo.



Pero cuando la marea de la revolución mundial se dirige a los países con un enorme proletariado industrial, la situación cambia radicalmente. Francia y Checoslovaquia en 1968 han demostrado convincentemente que la revolución no puede volver a Occidente sin replantar los aspectos básicos del leninismo: lucha de clases revolucionaria; poder estatal de tipo soviético; internacionalismo proletario. La Cuarta Internacional es la única organización que encarna actualmente estos fundamentos programáticos en cuadros vivientes y en núcleos de organizaciones en los cinco continentes. Es el leninismo vivo, hoy.

Podemos ahora oponer a la definición que Krassó da del marxismo de Trotski, otra definición más adecuada. El marxismo de Trotski es una tentativa de incorporar a los principios clásicos del socialismo científico una respuesta a los problemas específicos de la época imperialista de las revoluciones y contra-revoluciones: el problema del poder soviético<sup>18</sup> como base de la dictadura del proletariado; el problema de la revolución permanente en los países atrasados; el problema de la dinámica internacional de una revolución proletaria victoriosa; el problema de la naturaleza dual de la burocracia de la clase obrera; el problema de la relación entre el partido, el aparato del partido y la clase. Su debilidad misma —al igual que su tardía comprensión de la necesidad de un partido bolchevique y de su papel clave en el proceso histórico de la revolución proletaria— es una expresión de este gigantesco esfuerzo. Partes de esa respuesta se integraron al marxismo clásico ya en 1917. Otras se integraron progresivamente al marxismo revolucionario después de 1923.

El marxismo de Trotski es una tentativa de examinar la índole proletaria de la doctrina revolucionaria, bajo el triple ataque del oportunismo pequeño-burgués, el nacionalismo y la amenaza del renacimiento de la burocracia. Es una tentativa de llevar la comprensión marxista de la historia a su más alto nivel, a través del descubrimiento y aplicación de la ley del desarrollo desigual y combinado.

Ninguna victoria de la revolución mundial es posible actualmente sin la asimilación de los principales elementos del marxismo de Trotski.

#### SEGUNDO ENFOQUE: EMPIRISMO E HISTORIOGRAFÍA MARXISTA

Nuestra definición del marxismo de Trotski, opuesta a la de Krassó, se apoya en dos pilares básicos: la apreciación de la naturaleza histórica de la época abierta por la revolución de octubre y la apreciación del fondo social del debate y la lucha del movimiento comunista mundial desde 1923. Definimos a esa época como la época de la revolución mundial (lo cual implica por supuesto numerosas recaídas en la contra-revolución); definimos a esta lucha como una lucha básica entre la burocracia soviética y la clase obrera. Dentro del marco de esta explicación, Trotski representó los intereses históricos del proletariado soviético e internacional, al luchar contra el renacimiento burocrático del Estado soviético y la Internacional Comunista.

Confrontemos ahora esta explicación con el resumen que hace Krassó de su posición: "La indiferencia de Trotski hacia las instituciones políticas lo alejó de Lenin antes de la revolución de octubre y lo excluyó del partido bolchevique. Su teoría y su práctica anteriores lo aislaron dentro del partido, en la década del veinte, y aseguraron finalmente su derrota. En los años treinta, su internacionalismo abstracto le impidió comprender la compleja dinámica intra-nacional que regía el principal desenvolvimiento de los diferentes desprendimientos del movimiento revolucionario mundial".

Este juicio implica dos revisiones básicas del marxismo. Una lucha política histórica, que compromete a cientos de miles de personas y que tiene las más vastas consecuencias para la lucha de clases internacional, es explicada en función de los errores juveniles de una sola persona. Una confrontación de proporciones aun más gigantes, que

implica el descontento, la protesta y la revuelta potencial de decenas de millones de trabajadores manuales e intelectuales contra la burocracia, se reduce a esta piadosa trivialidad: "la compleja dinámica intra-nacional que regía el principal desenvolvimiento de los diferentes desprendimientos del movimiento revolucionario mundial". Sería difícil para Krassó explicarles a los sobrevivientes de los campos de trabajos forzados de Siberia, para no hablar de los obreros húngaros de 1956 ó de los obreros checos de 1968, que lo que cayó sobre ellos no era una burocracia conservadora que trataba de defender su poder y sus privilegios, sino una "compleja dinámica intra-nacional".

La tentativa de Krassó de separar su interpretación del marxismo de Trotski de la dialéctica viva de las fuerzas sociales y sus luchas no tiene sentido dentro de un marco marxista. Conduce a un craso empirismo en la evaluación de las tendencias históricas y hace imposible una apreciación global de la era de la historia del mundo abierta por la Primera Guerra Mundial. Conduce necesariamente a una completa reconsideración y revisión de lo que el leninismo representa en el terreno internacional, especialmente para la fundación de la Tercera Internacional. Y conduce también a ese fracaso final para todo el que pretenda hacer una tentativa de historiografía marxista: la confusión entre la auto-racionalización subjetiva de los individuos y los grupos y una estimación de su papel objetivo en la historia.

Krassó escribe: "Trotski no era considerado por los otros dirigentes bolcheviques como un aliado sino como la principal amenaza, a causa de su pasado no leninista, de su supremacía militar, de su papel autoritario durante el comunismo de guerra y de su concepción militarista en los debates sobre los sindicatos". En otras palabras: los errores de Trotski en su juventud (su papel autoritario durante el comunismo de guerra y su preponderancia en el debate de los sindicatos son en gran parte mitos) explican porque no pudo unificar a su alrededor a la Vieja Guardia.

No negaremos que ésta fue, efectivamente, parte de la

racionalización por la cual Zinoviev y Bujarin justificaron ante sí mismos su unión con Stalin en contra de Trotski. Pero sin duda Krassó no puede ser ingenuo hasta el punto de identificar los motivos sociales de la conducta política con las racionalizaciones individuales de estos motivos en las mentes de los actores del drama histórico.

Marx nos enseñó hace mucho tiempo a no juzgar a las personas por lo que dicen acerca de ellas mismas sino por lo que hacen. Un socialdemócrata individualmente honesto podría haber explicado, en Alemania en diciembre de 1918, que él estaba en contra de la instauración de una república soviética en su país porque la repugnaba el "terror rojo", la represión de Lenin contra el ala derecha de los mencheviques, su deseo de defender las libertades democráticas, su temor de que la revolución produjera una contra-revolución, su convicción de que "las condiciones objetivas no estaban aún maduras", etc. Pero ningún marxista (para no hablar de un leninista) creería que estas racionalizaciones *causaron* realmente su unión con el Reichswehr contra la Liga Espartaco, lo cual inició el proceso histórico que eventualmente condujo a la conquista del poder por parte de Hitler y a que los mismos socialdemócratas se encontraran en campos de concentración al lado de los comunistas.

El significado objetivo de la actitud de los socialdemócratas alemanes en 1919 fue la alianza de una privilegiada burocracia de los obreros con la contra-revolución burguesa, en contra de la revolución proletaria. El reflejo teórico básico de esta alianza fue la falta de comprensión del problema de la oposición entre la democracia proletaria y la democracia burguesa. El significado objetivo de que la "Vieja Guardia" se uniera a Stalin en contra de Trotski fue su alineación con la burocracia soviética en contra del proletariado soviético. El reflejo teórico básico de esta alineación fue su falta de comprensión del problema de la democracia soviética versus dictadura burocrática, como así también la falta de comprensión de la teoría de la revolución permanente. Todo el resto es auto-racionalización, importante para comprender la mecánica del por

qué y cómo ciertos individuos expresaron ciertas necesidades sociales, pero de ninguna manera decisiva para evaluar las *fuerzas sociales* con las cuales ellos se aliaron.

Krassó es incapaz de interpretar el marxismo de Trotski coherentemente porque trata de explicar el papel de Trotski en la historia por medio de algunos "pecados" abstractos y preconcebidos. Debiera entonces reflexionar acerca de la opinión de Marx sobre Lasalle: "El (Lasalle) aprenderá a su costa que llevar a una ciencia, por medio de la crítica, hasta el punto en que puede ser presentada dialécticamente es algo totalmente diferente a aplicar un sistema lógico abstracto y ya hecho a meros indicios de tal sistema". Ello puede aplicarse muy bien al fallido intento de Krassó por poner al día la interpretación marxista de los destinos de la revolución rusa.

#### NOTA SOBRE "EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS"

Monty Johnstone afirma que nuestra definición del socialismo como "una sociedad sin clases, mercancías, dinero ni Estado", no viene a cuento en el debate que tuvo lugar dentro del PC de la Unión Soviética en 1924-26 acerca de la cuestión de si es posible lograr la construcción exitosa del socialismo dentro de un solo país. "Es arbitrario introducir este concepto en la discusión, porque no designan el objetivo de crear una economía socialista; y por economía socialista entendían la organización de la producción cooperativa en gran escala, que es la definición que Trotski dio del socialismo de 1906".<sup>20</sup>

Dejemos de lado la absurda tentativa de probar qué era lo que se discutía en 1924-26 por medio de una cita de... ¡1906! Es bastante sorprendente que Monty Johnstone sea incapaz de citar un solo orador o escritor del debate de 1924-26 para sostener su ridícula suposición

de que lo que se quería decir con "construir el socialismo en un solo país" era simplemente... construir una sociedad en la cual la propiedad privada de los medios de producción fuera suprimida, definición que, a propósito, Stalin se permitió introducir en 1936 sólo porque todos los representantes del pensamiento marxista crítico estaban siendo silenciados por medio de la ametralladora, la más aguda de las argumentaciones dialécticas (si bien no siempre históricamente convincente).

Examinemos entonces qué era lo que ambas partes del debate de 1924-26 sostenían realmente.

Stalin, hablando en la XV conferencia del PCUS como vocero de la mayoría, en contra de la Oposición de Izquierda, declaró claramente:

"Si la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país significa la posibilidad de resolver las contradicciones internas que pueden ser completamente superadas en un solo país (pensamos por supuesto en nuestro propio país), entonces la posibilidad de la victoria definitiva del socialismo significa la posibilidad de superar las contradicciones externas entre el país del socialismo y los países del capitalismo, y estas contradicciones sólo pueden ser superadas gracias a la victoria de la revolución proletaria en cierto número de países". (*La Correspondance Internationale*, 1926, pág. 1436).

La distinción es muy clara: la posibilidad de construir el socialismo no es comprendida en absoluto como la simple supresión de la propiedad privada, sino como la superación de *todas las contradicciones internas sociales, económicas y políticas*. Y aun Stalin fue lo suficientemente marxista como para comprender que es inconcebible que las contradicciones económicas y sociales sean "completamente superadas"... mientras existan clases diferentes. La definición de Stalin implica la desaparición de las clases.

Dirigiéndose algunas semanas más tarde a la VII sesión del Comité Ejecutivo de la Comintern, Stalin fue aún más explícito: "Crear una base económica para el socialismo significa unificar la economía agrícola con la



industrial al transformarlas en una economía común, significa poner la agricultura bajo el control de la industria, regular las relaciones entre ciudad y campo sobre la base del intercambio directo de productos agrícolas por productos industriales, cerrar y eliminar todos los canales que crean clases, sobre todo el capital, y crear finalmente condiciones de producción y distribución que conduzcan directamente a la abolición de las clases." (pág. 1722).

Si la "base económica para el socialismo" consiste en suprimir todos los canales que pueden reproducir la diferenciación de clases —y ningún marxista negará la sabiduría de Lenin al afirmar que la producción de mercancías reproduce constantemente el peligro de la acumulación primitiva de capital—; si ella implica un "intercambio directo de productos agrícolas por productos industriales" (lo cual significa la supresión de la economía de mercado y del dinero); y si esta "base" debe "conducir directamente" a la abolición de las clases, no hay duda de que cuando esta base haya sido "lograda" tiempo atrás y cuando el "socialismo" esté ya construido, entonces las clases deberán haber desaparecido, junto con la producción de mercancías y el intercambio por medio del dinero.

Ahora bien, ¿qué sostenía la otra parte? Dirigiéndose a la misma VII Sesión del CE Ampliado de la IC, Trotski afirmó perentoriamente: "La teoría de Stalin está llena de contradicciones. El sostiene en su informe que construir el socialismo significa triunfar sobre la burguesía en la lucha. Esto es indefendible. Construir el socialismo significa lograr la supresión de las clases y con la supresión de las clases, el estado desaparece" (pág. 1733).

Y hablando en la XV conferencia del partido del PCUS, Trotski afirmó: "Cuando hablamos de una economía socialista y de un verdadero surgimiento de la economía socialista, esto significa que cesa de haber oposición entre ciudad y campo, que existen una satisfacción y un bienestar generales, una cultura general" (págs. 1460-61).

¿No es evidente acaso, para un marxista, que la desaparición de la oposición entre ciudad y campo y la

"general satisfacción" de las necesidades significa la desaparición de las clases y de la producción de mercancías?

De manera que debemos arribar a la conclusión de que lo que Monty Johnstone llama nuestro "ardid diversionista" no es una maniobra diversionista sino simplemente los contenidos reales del debate de 1926, tal como fueron formulados por los participantes mismos de tal debate. Si algún culpable hay de introducir un "ardid diversionista" en el debate, ese culpable es el mismo Monty Johnstone, que trata (más torpemente aún que Krassó) de convencer a sus lectores de que el debate de 1926 se centraba en la posibilidad o imposibilidad de desarrollar las fuerzas productivas y de industrializar a la URSS, mientras que fue precisamente Trotski quien (pretendidamente "escéptico acerca de las fuerzas internas del socialismo ruso") se constituyó en el gran defensor de la industrialización acelerada.

A fin de dar una apariencia de seriedad a su propia definición del socialismo (¡definición stalinista del período posterior a 1936!), Monty Johnstone trata de citar a dos autoridades. En *El ABC del comunismo*, dice Johnstone, Bujarin y Preobrajensky escribieron que "en la sociedad socialista, esta economía mercantil persistirá en alguna medida". En la URSS posterior a 1936, esta economía mercantil persiste algo más que "en alguna medida", dicho sea ello al pasar. Pero si atendemos al contexto de lo que Bujarin y Preobrajensky están diciendo en el pasaje citado por Monty Johnstone, se hace evidente de inmediato que no están hablando en absoluto de la exitosa construcción del socialismo sino sólo acerca del período de transición entre capitalismo y socialismo, es decir, del período de la dictadura del proletariado.

Esto se aclara rápidamente si se leen las páginas de donde Monty Johnstone extrajo su cita. Los argumentos utilizados para explicar por qué la producción de mercancías subsiste "en alguna medida" son: la supervivencia de la mano de obra privada, el campesinado privado y el comercio privado. Y los autores continúan diciendo, inmediatamente: "Desde el comienzo de la revolución



socialista, el dinero pierde poco a poco su valor. Todas las empresas nacionalizadas... tienen un fondo monetario común y no necesitan ya comprarse y venderse mutuamente por medio de dinero. Así, se introduce paulatinamente el intercambio sin dinero. Por lo tanto, se elimina el dinero de la economía popular".<sup>21</sup> En otras palabras: para *El ABC del comunismo*, que según Monty Johnstone "había sido el texto básico del partido", el dinero comienza a desaparecer inmediatamente después del establecimiento de la dictadura del proletariado, mucho antes del logro final y exitoso de la construcción del socialismo. Esa era, por cierto, la "tradicción del partido". Creer, en estas circunstancias, en una sociedad socialista totalmente desarrollada con la producción de mercancías y el dinero extendiéndose cada vez más, hubiera sido una idea monstruosa para los viejos bolcheviques cuando Stalin los arrojó súbitamente a la cara ese concepto en 1936.

En cuanto a la tentativa de Monty Johnstone de utilizar la autoridad de Lenin, es simplemente descarada. Lenin afirmó claramente, en su artículo básico, *Economía y política en la época de la dictadura del proletariado*: "El socialismo significa la supresión de las clases". Es precisamente en este artículo que Lenin hace una clara distinción entre la sociedad socialista y el período de dictadura del proletariado, que es la transición entre el capitalismo y el socialismo. En *El Estado y la revolución*, esta distinción no está aún claramente hecha, es decir que el período de dictadura del proletariado y la primera fase del comunismo son consideradas aún como una sola fase: por esa razón, las fórmulas que se aplican a la revolución socialista y al período de la dictadura del proletariado son usadas para la fase del socialismo.

Pero aún dentro de ese contexto, Lenin nos recuerda el hecho de que el Estado debe comenzar a extinguirse en el período posterior a la revolución socialista. Y hablando de la primera fase del comunismo (es decir, de la sociedad socialista totalmente desarrollada), Lenin explicita: "El Estado se extingue en tanto que ya no hay capitalistas, que ya no hay clases, y que por lo mismo, no cabe

*reprimir* a ninguna clase. Pero el Estado no se ha extinguido todavía del todo, pues persiste aún la protección del «derecho burgués», que sanciona la desigualdad de hecho. Para que el Estado se extinga completamente hace falta el comunismo completo".<sup>22</sup>

De manera que para Lenin era evidente ya en 1917 que el socialismo implica una sociedad sin clases. Ese fue el espíritu dentro del cual fue educado el partido bolchevique. Eso era lo que se daba por supuesto en la discusión de 1926. Y la historia nos permite a nosotros, 43 años más tarde, juzgar si las clases han desaparecido en la Unión Soviética y quien tenía razón en aquella discusión.<sup>23</sup>

## Apéndice

### Discusión sobre el marxismo de Trotski

ROBERTO YEPE escribe: Queridos Camaradas: la publicación teórica *Pensamiento Crítico* ha publicado aquí recientemente el artículo de Nicolás Krassó "El marxismo de Trotski", y promete la respuesta de Ernest Mandel, "El marxismo de Trotski: una anti-crítica". Los lectores le han prestado gran atención. Me gustaría hacer algunos comentarios sobre el debate.

La ubicación que hace Krassó del "sociologismo" de Trotski como la fuente de su debilidad representa un considerable adelanto en el estudio de este apasionado revolucionario. Las limitaciones de Trotski en su análisis de la revolución china ilustran vívidamente este hecho. Pero el fallo de Krassó de que Trotski tenía "las virtudes de sus vicios" es mera retórica dialéctica. Se dice que cuando regresó por primera vez a Rusia y se convirtió en el mayor agitador revolucionario de San Petersburgo, ello se debió a que él representaba al hombre sin partido por excelencia. ¿Explica esto también por qué llegó después de Lenin en 1917? ¿Cómo es posible que sus tesis sobre la "revolución permanente", anteriores a Octubre, con toda la lucidez que contienen, puedan ser explicadas por sus "vicios"? Quizás los vicios de Lenin fueran mayores, considerando sus virtudes indiscutiblemente mayores...

Estas son cuestiones menores, por supuesto. El defecto principal de los artículos de Krassó es su tratamiento de las revoluciones que fracasaron. Puede tener

razón en el caso de la huelga general inglesa de 1926. Pero ¿qué pasaba con Francia y con Italia? ¿Acaso el fracaso en estos países se debió únicamente a una situación política "problemática"? ¿Fue la derrota de la revolución griega causada sólo por la "invasión anglo-americana" como afirma Krassó? Los vietnamitas estarían muy mal encaminados si éste fuera un obstáculo insuperable para las revoluciones: o acaso las victorias vietnamesas en Saigón o las victorias cubanas en Playa Giron carecen de "unidad consecuente"?

Es cierto que Krassó no tiene prejuicios contra las revoluciones, sino sólo contra las que fracasan: escribe con estima acerca de la revolución china. Pero aun esto me parece insultante. ¿Puede una persona imparcial proclamar la inocencia de la conducción política en la derrota de la revolución griega, la filipina o muchas otras? ¿Fueron estos factores ajenos a las condiciones sociales y existieron en un empíreo propio, autónomo y fatal? Sin duda los hechos materiales existen, cualesquiera que sean, y nosotros los interpretamos y actuamos sobre ellos de diferentes maneras: correcta o incorrectamente. En el caso de la Internacional Comunista, todo el mundo está hoy de acuerdo en que hubo una fuerte influencia del centro, que con el tiempo adquirió un carácter indebido y aberrante. Algunos se plegaron a ella y alguno no. Otros respetaron la retórica —quizás a causa de que, de alguna manera, creían en ella — e hicieron la revolución. Alabados sean ellos: Mao. Pero aun aquellos que no asintieron tienen al menos derecho a que se les reconozca algún mérito. Los que se limitaron a obedecer sólo tienen un valor anterior a sus genuflexiones. ¿Acaso sostendrá Krassó que tuvieron razón a pesar de ellas? Sus virtudes por sus vicios. Yo, como cubano, no poseo tanta flexibilidad. La cadena del oficialismo en las "capillas de la izquierda" de la América latina de hoy es suficientemente elocuente. En contra de ellas hay un ejemplo en que el fracaso temporario detuvo a la conducción correcta: el Che en Bolivia. ¿O acaso el golpe de suerte de una pandilla militar ineficaz, corrupta y

asesina basta para convencer a Krassó de otra imposibilidad? El habla de la escasez numérica del Partido Comunista Español en 1936. ¿Debo recordarle que Batista afirmó siempre que los rebeldes de Fidel no representaban a nadie porque eran unos pocos cientos y la nación cubana era de siete millones?

Consideró a todos estos juicios de *status quo* sobre las revoluciones que fracasaron como perniciosos y no representativos de una publicación que puede ofrecer. En el mismo número, un artículo como el de Göran Thernborn, *De Petrogrado a Saigón*. No intento con ello desconocer la importancia del esfuerzo intelectual de Krassó al tratar de clarificar las palabras y los actos de Trotski. Indudablemente, es necesario hacer una nueva y cuidadosa apreciación de Trotski.

La Habana 1968.

NICOLAS KRASSO replica: 1. Al decir que Trotski tenía las virtudes de sus vicios no dije, por supuesto, que todas sus virtudes se debieran a sus vicios. 2. Como expresé en mi respuesta a Ernest Mandel: "... el hecho es que la Comintern no determinó, en última instancia, el destino de los movimientos revolucionarios de todos los países del mundo... La vulgar convicción anticomunista de que el «Kremlin» fue responsable de todas las explosiones de descontento social o de revolución en cualquier parte del mundo encuentran aquí su contraparte marxista vulgar: el Kremlin se torna responsable de todas las supresiones del descontento social y de todas las victorias de la contra-revolución". Y: "Aquellos partidos que poseían vitalidad suficiente como para ignorar el consejo de la Comintern fueron los que tuvieron suficiente poder combativo como para ganar la revolución. Los que cumplieron dócilmente las erradas directivas de la Comintern no fueron los más aptos para derrotar a la burguesía". Pero es verdad que mientras la decilidad hacia Moscú se debía a la debilidad de los movimientos



en cuestión, la consecuencia de esta docilidad —interferencia de la Comintern— condujo a un mayor debilitamiento y degeneración. Esto era un círculo vicioso. Y Roberto Yepe tiene razón al destacar la naturaleza super-centralizada de la Comintern (que, en todo caso, se convirtió cada vez más en un apéndice burocrático de la política exterior rusa).

Cuando escribí que ciertas situaciones son "problemáticas" desde el punto de vista revolucionario, no estaba negando que la política de Moscú fuera también un importante factor negativo, sino sólo destacando que un factor no debía ser aislado, absolutizado y convertido en más decisivo de lo que en realidad era. Además, afirmé bastante claramente que "Por supuesto, la conducta política de Stalin fue errónea en Francia, Italia y —sobre todo— en Alemania. Enfaticé en mi ensayo original los sucesivos desatinos de la Tercera Internacional. Además, la crítica de Trotski acerca de la conducta de la Comintern en Alemania fue excelente". No tendría mucho sentido entrar aquí en detalles acerca de las diferencias entre las situaciones griega y vietnamita, etc. (El acuerdo Stalin-Churchill de las "esferas de influencia" fue por supuesto un factor muy importante en lo que atañía a Grecia). Estoy de acuerdo con Roberto Yepe: nuestras actitudes hacia los movimientos del pasado no debieran estar determinadas por el mero hecho de su éxito o su fracaso. Las actitudes de Trotski fueron a menudo voluntaristas y románticas, pero su perspectiva (*Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni*) era sin embargo muy superior al filisteísmo de la perspectiva de *status quo*. Creo que Roberto Yepe se equivoca al atribuir esta última perspectiva a mis ensayos.

TAMARA DEUTSCHER escribe: He seguido con gran interés la discusión entre Mandel y Krassó. Hasta ahora no me he sentido tentada de expresar ninguna opinión sobre este intercambio y aún ahora quisiera ocu-

parme sólo de las referencias —en la última "Respuesta" de Krassó— a la obra de Isaac, porque temo que estas tesis pueden dar una impresión algo distorsionada del tenor de los escritos de Isaac.

No sería honesto reprochar a Krassó cierta falta de sutileza en el uso de citas de la Trilogía para apoyar su punto de vista: dispone de un espacio limitado, dentro del cual es extremadamente difícil presentar todos los detalles del tratamiento que Isaac da a Trotski.

Isaac no estaba de acuerdo, por supuesto, con la premisa de Krassó de que "el punto necesario de partida para examinar a Trotski y a Stalin es Lenin". En su *Stalin* Isaac describe cómo Trotski se vio forzado a aceptar el culto leninista "aunque su mente racional y sus gustos europeos se sintieran ultrajados con ello". Así, Krassó se comprometió en una lucha sobre el terreno del culto leninista en lugar de discutir su marxismo, como promete hacerlo en la primera frase de su "Respuesta". Podría también haber citado lo siguiente: "Lenin señaló también, repetidamente, al partido y a la Internacional su consideración por Trotski como intérprete del marxismo" o "El uniforme de la disciplina de Lenin era, de todas maneras, demasiado estrecho para él (para Trotski)". Krassó se asemeja bastante a un viejo maestro de escuela que amenaza a Trotski con el índice en alto porque "nunca aprendió verdaderamente la teoría del partido de Lenin". Krassó cita el "comentario explícito" de Isaac sobre la concepción de Trotski de un partido "que actúa como un *locum tenens* para el proletariado". Pero este comentario se torna menos *simplista* dentro de su contexto, considerado junto con toda la línea de pensamiento acerca del "sustitucionismo" y retomado en *El profeta desarmado*, p. 26 y en la última de *El profeta armado*.

Hasta aquí, he reprochado a Krassó simplificaciones perdonables. Ahora, sin embargo, debo hacerle ciertas críticas más serias:

En NLR p. 92, se refiere una vez más a Isaac, quien pretendidamente "aclara" que la cita de Lenin "no hubo

mejor bolchevique que Trotski" es un "mero rumor". Por el contrario, Isaac no trata esta expresión como "mero rumor". Krassó da como referencia *El profeta armado*, p. 259, sin agregar, no obstante, que Isaac mismo hace referencia —en la misma página— a su fuente, *La escuela de la falsificación de Stalin* en la cual encontramos una reproducción fotostática de las galeras (antes de que fueran modificadas) en la cual la oración se lee fácilmente. La omisión de Krassó en esta cuestión es bastante inquietante.

En NLR p. 94, Krassó cita una vez más a Isaac (*El profeta desarmado, no armado*), p. 450 utilizando comillas, pero formulando la cita de una manera bastante diferente: Kamenev, en su conversación con Bujarin no dice: "Si el país perece, pereceremos con él... Si el país logra recuperarse, también pereceremos". Kamenev usa palabras mucho más emotivas y más fuertemente cargadas: "Si el país es destruido, seremos destruidos con él; y si sale de ésto y Stalin cambia con el tiempo, también seremos destruidos". ¿Cuál es la razón y el propósito de reformular una cita? No quiero entrar en lo sustancial del debate entre Krassó y Mandel, pero realmente debo objetar toda cita selectiva o incorrecta de las obras de Isaac.

Réplica de NICOLAS KRASSO a TAMARA DEUTSCHER: La carta de Tamara Deutscher referente a mi respuesta a Ernest Mandel NLR, 48) contiene no sólo lo que ella llama "críticas más serias" sino también comentarios sobre algunas "perdonables simplificaciones".

#### I. Críticas más serias:

1. Tamara Deutscher tiene razón al cuestionar mi afirmación de que Isaac Deutscher "aclara que la cita de Lenin «No hubo mejor bolchevique que Trotski» es un mero rumor". Originalmente había en mi artículo

un largo pasaje en el cual yo discutía tres clases de referencias a Trotski hechas por Lenin. En primer lugar, las importantes, como el "Testamento", la discusión sobre los sindicatos, donde él critica la perspectiva administrativo-estadista de Trotski. En segundo lugar, las oblicuas: según Gorki, Lenin, al ser interrogado acerca de su relación con Trotski, eludía la respuesta elogiando el singular talento de Trotski y sus logros como organizador del Ejército Rojo. Y finalmente, hay afirmaciones que Lenin hizo a fin de enfatizar su confianza en Trotski y su camaradería con él, a fin de defenderlo contra los ataques demagógicos referentes a su pasado no bolchevique. A esta última categoría pertenece la referencia hecha en noviembre de 1917, cuando Lenin dijo que "desde que Trotski comprendió que no podía haber unión entre los bolcheviques y los mencheviques, no ha habido mejor bolchevique que él". Esta es, evidentemente, una observación general, generosa, política y amable, hecha *en passant* pero con un propósito importante y específico. El uso que Trotski hizo de ella en *La escuela de la falsificación de Stalin* se justificaba plenamente, pero ello no significa que deba tomársela literalmente o concederle un status teórico serio. Las palabras "un mero rumor" fueron incluidas en el texto cuando, por razones de espacio, esta parte de mi artículo fue resumido.

2. Yo formulé las palabras de Bujarin (no las de Kamenev, como Tamara Deutscher cree, y como *El Profeta desarmado* deja ambiguo) de manera diferente a como fueron redactadas en el libro de Isaac Deutscher. Ello se debe al hecho de que cité originalmente de *Memories of a Revolutionary*, de Victor Serge (OUP 1963, p. 258; traducción de Peter Sedgwick). Como estas palabras son muy conocidas, no mencioné la fuente; al editar el artículo, se agregó una nota a pie de página que inadvertidamente daba a Isaac Deutscher como referencia para la conversación citada y modificaba ligeramente la versión Serge-Sedgwick para acomodarse a la de Deuts-

cher, lo cual dio por resultado una combinación híbrida de las dos. Esto es lamentable, pero creo que la diferencia entre las dos versiones es muy ligera.

## II. "Perdonables simplificaciones".

"Isaac no estaba de acuerdo, por supuesto, con la premisa de Krassó de que "el punto necesario de partida para evaluar a Trotski y a Stalin es Lenin". Tamara Deutscher dice que, teniendo esta premisa, yo parezco "arrastrar a Trotski hacia el terreno del culto leninista", lo cual (como escribió Isaac Deutscher) "Trotski fue forzado a aceptar... a pesar de que su mente racional y sus gustos europeos se sentían ultrajados por ello". Los gustos de todos los marxistas —ya sean europeos o pertenezcan a otro continente— deben sentirse ultrajados por ello y no creo tener nada que ver con eso ni creo tampoco que nadie pudiera obligarme nunca a aceptarlo. Pero creo también que la única manera real de combatir el *culto* de Lenin —tanto en su forma stalinista como trotskista— es oponerle a *Lenin*. Yo estaba tratando de demostrar que presentar al trotskismo como "el leninismo de nuestra época" es tan absurdo como presentar al stalinismo en la misma forma. Estoy completamente de acuerdo en que "el uniforme de la disciplina de Lenin era, de todas maneras, demasiado estrecho para él" (para Trotski: Tamara Deutscher citando a Isaac Deutscher). En mi opinión, no sólo el culto de Lenin sino también el auténtico leninismo era un campo de batalla sobre el cual Trotski era "muy vulnerable". En cierto sentido, es sobre esta idea que se centran mis dos artículos.

Mi intención no era "interpretar todos los matices del tratamiento que Isaac da a Trotski" sino explotar aquellos matices que tenían importancia para *mi* ensayo. Tanto mi tratamiento de Trotski como el de Isaac Deutscher podrían ser fácilmente presentados como simplistas en función del otro, pero creo que en ambos casos tal juicio estaría basado en un malentendido, dado que

los enfoques y los objetivos son de naturaleza muy diferente. Además, en mi opinión, lo que Tamara Deutscher llama "críticas más serias", son en realidad críticas triviales, mientras que lo que ella llama "perdonables simplificaciones" podría ser muy serio, si las acusaciones se justificaran.

León Trotski

## EL EJÉRCITO DEL TRABAJO EN LA RUSIA DE LOS SOVIETS

Tesis del Comité Central del Partido Comunista de Rusia con respecto a la movilización del proletariado industrial, al deber del trabajo, a la militarización de la vida económica y al empleo de las unidades militares en trabajos económicos.

1º La extraordinaria depresión económica del país como resultado de la guerra imperialista y de las agresiones contrarrevolucionarias en contra de la Rusia de los Soviets, se revela en la completa desorganización de los elementos fundamentales de la producción, o sea, de los instrumentos técnicos, el suministro de materias primas y, en particular, de las masas obreras y de los combustibles.

2º No cabe pensar en que se pueda, dentro de breve tiempo, recibir del exterior, en grandes cantidades, máquinas y carbón y además obreros especialistas, no ya como consecuencia del bloqueo, sobre cuyo ulterior desarrollo nada preciso se puede decir actualmente, sino sobre todo porque también la Europa occidental se encuentra agotada.

3º La palanca con la cual puede ser elevada la vida económica del país es la fuerza viva de los trabajadores, su organización, su distribución y su apropiada utilización.

## A.—EL PROLETARIADO INDUSTRIAL

4º El proletariado industrial, el puntal máximo del poder político, debe concentrar durante el más breve tiempo, toda su atención sobre la organización de la vida económica y su inmediata participación en el proceso de la producción.

5º Para alcanzar este fin es necesario reunir a los obreros instruidos y especialistas, retirarlos poco a poco del ejército, de los organismos soviéticos de la retaguardia, de la industria casera, de la aldeas, de la administración de los Soviets y de las comunas y sobre todo del comercio privado aún subsistente.

6º Para atraer al trabajo a los obreros especialistas, debe cuidarse de mejorar sus condiciones de vida y de habitación. Además, los sindicatos deberán influenciar sobre ellos en el sentido de la organización, y si todo esto fuera vano, deberá apelarse a medidas de constrictión.

7º La ejecución de estas medidas constrictivas, como en general toda acción que tienda a favorecer el desarrollo de la industria, podrá madurar serios resultados positivos solamente en el caso que las Ligas de los Sindicatos se encuentren bien organizadas y dispongan de una sólida masa, de trabajadores de confianza y conscientes de su responsabilidad, que se hallen en la posibilidad de desarrollar una férrea disciplina durante el trabajo.

8º Contemporáneamente deberán adoptarse medidas para la educación especializada de la juventud que cree (de 14 años arriba) a fin que en un porvenir no lejano sea idónea para substituir al personal especialista. Para alcanzar este propósito, deberá anexionarse al Comisariado para la Cultura Popular, un organismo fuerte, provisto de plenos poderes, en el cual estén representa-

dos miembros de todas las autoridades e instituciones representadas.

## B.—LA FUERZA DE TRABAJO NO INSTRUIDA

9º Las condiciones económicas reclaman material humano, más que nunca, de modo que debe emplearse en el trabajo de la industria y de los transportes, también obreros no instruidos, o sea campesinos.

a) Rusia se encuentra extraordinariamente pobre en medios mecánicos de trabajo. Las máquinas están deterioradas y sólo podrán ser renovadas en una pequeña cantidad. El próximo ensanche de la producción requerirá en muchos ramos de la industria (debido a la grave penuria de máquinas) el empleo extraordinariamente aumentado de la fuerza del trabajo humano, esencialmente capacitada.

b) El abatimiento y la cosecha de la leña, que aún por mucho tiempo deberá cubrir la necesidad del material combustible, la extracción de turba y de pizarra en cantidades tales, como hasta ahora jamás se usara, en fin el intenso trabajo nuevamente reanudado en las regiones del carbón, nafta y de los minerales, requiere además de obreros especializados, un gran número de obreros no especialistas.

c) El trabajo en las administraciones de los Soviets, y en particular en las regiones devastadas por la guerra burguesa, aumentará prodigiosamente la demanda de fuerza de trabajo humano, de trabajadores fijos y de trabajadores por estación.

d) Trabajos temporarios, que duran una estación o son subsidiarios, por ejemplo despejar la nieve, construir barracas, reconstrucción y mejoramiento de puentes y caminos de comunicación, exigirán, al mismo tiempo, mucha fuerza de trabajo.

10º Esta nueva provisión de la industria, de los transportes y en general de la vida económica con la necesi-



ria fuerza de trabajo podrá ser asegurada mediante el cumplimiento del deber de trabajar.

### C—EL DEBER UNIVERSAL DEL TRABAJO

11º El orden socialista rechaza en principio la norma liberal capitalista del "libre trabajo", puesto que esto significa en la sociedad burguesa para unos la libertad de explotar y para otros la libertad de ser explotado. Desde que la sujeción de las fuerzas físicas externas, enemigas del hombre, constituye la tarea fundamental de la organización de la sociedad, el socialismo reclama la participación obligatoria de todos los miembros de la sociedad en la producción de valores materiales; él se plantea como tarea el hacer lo más razonablemente posible a cada uno, o sea posiblemente económica y agradable la forma del trabajo colectivo.

El principio del deber universal del trabajo, que establecieron las leyes fundamentales de la República Rusa Socialista Federal de los Soviets, debe ser realizado en la medida más amplia.

12º La realización definitiva del principio del deber universal del trabajo podrá efectuarse dentro del marco del plan económico del país justamente cuando todo el aparato administrativo del país sea completado y cuando se introduzcan por doquier libros de trabajo, los cuales arrojen claridad sobre el lugar que todo ciudadano y ciudadana de la Rusia soviética debe ocupar en la vida económica.

13º El pasaje a la aplicación del deber del trabajo debe efectuarse inmediatamente y bajo formas que, si bien se hallan lejos de una absoluta precisión, todavía se encuentran en posibilidad de asegurar el abastecimiento mediante la necesaria fuerza de trabajo.

14º Además y sobre todo es necesario fijar el número de los trabajadores que se necesitan de inmediato y que puedan ser empleados en los trabajos más importantes, teniendo en cuenta las máquinas, el mantenimiento, etc.

15º Contemporáneamente debe establecerse en un decreto especial las necesidades económicas locales, las cuales deberán ser reguladas sobre la base del deber al trabajo, organizado localmente.

16º La organización del deber del trabajo que se extiende a ambos sexos se ajustará posiblemente a los caracteres particulares de las respectivas circunscripciones (industria local, períodos de trabajo agrícolas particularmente fatigoso, etc.), y la división de las fuerzas entre el deber del trabajo estatal y el local debe, en su conjunto, según la posibilidad, ser uniforme para todo el país, cuya economía agrícola sufra lo menos posible.

17º Durante los primeros períodos se deberá ante todo atraer hacia el deber del trabajo a aquellas categorías que fueron menos afectadas por la movilización militar, y por consiguiente, deberán emplearse muchas mujeres.

18º El aparato para la ejecución del trabajo obligatorio, sea estatal o local, estará formado por representantes de las siguientes secciones locales: Comisariado para los negocios Exteriores. Comisión administrativa, Comité Ejecutivo y sección para los asuntos del trabajo.

19º El órgano local general (El Comité del trabajo universal obligatorio) subordinado al Comité Ejecutivo, recibirá instrucciones respecto a la colocación de las fuerzas de trabajo o del Comité Ejecutivo Central, si se trata de trabajos que tienen una importancia estatal genérica, o del Comité Ejecutivo local (si se trata de trabajos a efectuarse en la circunscripción). Es de incumbencia del Comité para el trabajo universal obligatorio poner de acuerdo las demandas locales con las del poder central, quedando entendido que por regla general las demandas formuladas por el poder central serán despachadas en primer término.

20º Ante la autoridad central se constituirá un Comité superior para el trabajo universal obligatorio, en el cual tendrán asiento, como representantes, los miembros

del Comisariado del pueblo para el trabajo, para el Interior, la sección de la movilización ante el cuartel general y de la Central para la estadística. En el sucesivo periodo de tiempo este Comité accionará como órgano inmediata del Soviet para la defensa. Todas las instituciones centrales y locales deberán ajustarse a las órdenes del Comité superior en materia de trabajo universal obligatorio.

#### D.—LA MILITARIZACIÓN DE LA ECONOMÍA

21º El estadio de transición en el desarrollo de una sociedad que ha recibido la herencia de un gravoso pasado, no puede concebirse como pasaje a un trabajo social organizado según un plan sin el uso de medios coercitivos, sea respecto a los elementos que llevan una vida parasitaria, sea respecto a los elementos atrasados de las clases de los campesinos y obreros.

El medio coercitivo que dispone el Estado es su fuerza militar. En consecuencia, la militarización del trabajo (en esta o aquella medida, o esta o aquella forma) es una condición incondicional para toda economía de transición, edificada sobre el principio de la obligación universal del trabajo.

Se emplearán tanto menos medios coercitivos, cuanto más se desarrolle el sistema del orden económico socialista, cuanto más favorables se tornen las condiciones del trabajo y cuanto más elevado sea el nivel de educación de la generación que actualmente crece...

22º En las circunstancias actuales de la Rusia de los Soviets la militarización significa que las cuestiones económicas (la intensidad del trabajo, el cuidadoso uso de las máquinas y de los instrumentos, el empleo científico del material, etc.), en la conciencia de los trabajadores efectivos y en la práctica de las instituciones estatales deben considerarse, precisamente, como cuestiones de la lucha militar. Las poblaciones de las ciudades y de los campos deben reconocer que la eliminación de la deserción del trabajo, del ocio, del trabajo inseguro constitu-

ye un problema de vida o de muerte para el país entero y debe ser resuelto durante el más breve tiempo posible, así sea con los medios más severos.

23º En este sentido se debe desarrollar una ulterior propaganda oral y escrita con el propósito de instruir (sobre la base de materiales concretos y siempre nuevos respecto a nuestra ruina económica y a los respectivos éxitos obtenidos en el camino de la superación de esta ruina) a las extensas masas activas, en el sentido de un creciente control sobre todos los fenómenos de la vida económica, y orientar a las conferencias, no de partido, sino de los obreros y campesinos a la lucha contra el desorden, la burocracia y el ocio.

La dirección de esta obra debe ser asumida por las ligas de los sindicatos, junto con el Partido, a las cuales deben tornar lo más pronto los trabajadores que ya han recibido una educación militar.

24º La militarización formal de las respectivas empresas o ramas de industria, que actualmente revisten una particular importancia, o se hallen particularmente afectadas por la ruina general, deberá efectuarse cada vez por decreto especial del Soviet de la defensa y con el objeto de asegurar provisoriamente a los trabajadores de la empresa e introducir un régimen más severo, se acordarán a los órganos competentes ulteriores derechos disciplinarios, si la salvación de la empresa no puede obtenerse mediante otro medio.

25º Para atraer en masa a los trabajadores no instruidos y socialmente desorganizados, mediante la obligación del trabajo, en trabajos de transportes, de abastecimiento, se requiere una organización de los obreros según un tipo militar.

26º Los elementos de la organización de los obreros y de la necesaria disciplina coercitiva, sea interna como externa, podrán ser suministrados únicamente a los centenares de millares y a los millones de verdaderos trabajadores movilizados con el trabajo obligatorio, con la

ayuda de los trabajadores que poseen conciencia de clase, resueltos y fuertes en sus convicciones, especialmente aquellos que han recibido una instrucción militar y están habituados a organizar a las masas y guiarlas en las más difíciles condiciones.

27º Las bases para la ejecución del trabajo obligatorio la forman los mismos problemas sobre el principio de la organización que generalmente se encuentran en las bases de la formación del Ejército Rojo y de la institución del poder de los Soviets: asegurar a las masas de campesinos mantenidas en el atraso, jefes naturales que las organicen en la misma forma que a los proletarios poseedores de conciencia de clase y, en su gran mayoría, munidos de una instrucción especializada. En cuanto al ejército constituye un ensayo importante de esta organización de masas, y sus métodos (naturalmente con los cambios oportunos) deben trasladarse también, al campo de la organización del trabajo, en el cual debe utilizarse la experiencia de esos trabajadores que actualmente deben desarrollar su trabajo militar en favor del trabajo económico.

#### E.—EL TRABAJO Y EL EJÉRCITO

28º Como una de las formas transitorias para el ejecución del deber universal del trabajo y para el ulterior empleo del trabajo colectivo, las secciones militares que se transformaron en libres deben ser utilizadas. Así, por ejemplo, el tercer ejército fue convertido en el primer ejército del trabajo. Tentativas análogas se harán también, con otros ejércitos.

29º Las necesarias condiciones preliminares para el empleo en el trabajo de las divisiones de tropas y de todo el ejército son:

a) La severa y exacta limitación de las tareas atribuidas al ejército del trabajo para las más simples formas de trabajo, en primera línea para la cosecha y acu-

mulación de las provisiones de los medios de subsistencia.

b) La atribución de tales intercambios de relaciones de organizaciones a los órganos competentes, para que la posibilidad de violar los planes económicos e introducir la desorganización, negando a los aparatos económicos centralizados, quede excluída.

c) Creación de un contacto íntimo y de relaciones entre los trabajadores de una misma circunscripción y de un mantenimiento posiblemente uniforme.

d) Lucha ideal contra los mezquinos prejuicios burgueses, que conciben erróneamente la militarización del trabajo y el uso del trabajo obligatorio; explicación de la necesidad de esta medida para la elevación de la economía popular; aclarar la necesidad de un acercamiento, cada vez mayor entre la organización del trabajo y de la defensa en el régimen socialista.

#### F.—EL AVITUALLAMIENTO

30º Junto a todos los planos y cálculos económicos, a la movilización de las fuerzas de trabajo, y a la fundación del sistema de los consejos en todos los campos nuevamente ocupados, etc. se debe proponer como la primera y más importante tarea la concentración, en manos del Estado soviético, de centenares de millones de libras de pan, carne, grasa, pescados, etc. Debe construirse un fondo de avituallamiento, que sea realmente suficiente para asegurar la nutrición durante el año en curso al proletariado industrial, a los empleados de los Soviets y a los campesinos movilizados para el trabajo obligatorio.

Únicamente la creación de una base de avituallamiento en todos los centros industriales importantes, ofrecerá una absoluta garantía para la realización, no sólo de un determinado plan económico, sino en general, del orden social comunista.

31º La organización del avituallamiento de los trabajadores de la industria y de los empleados de los So-

viets constituye la impostergable tarea del Comisariado para el avituallamiento, teniendo a su disposición la colaboración de los Soviets locales, de las ligas sindicales y del competente aparato de la autoridad militar. Si se tiene cuidado en la nutrición general, tratando de suministrar gradualmente una alimentación mejor, se creará la más excelente forma del control en la participación de los ciudadanos en la producción y, además, se ahorrará una cantidad de energías, especialmente de las mujeres, que actualmente se hallan únicamente obligadas a preocuparse en conseguir un trozo de pan.

NICOLAS KRASSO  
*EL MARXISMO DE TROTSKI*

- <sup>1</sup> Véase Isaac Deutscher, *El profeta armado*, Era, México, 1966, pp. 54-55.
- <sup>2</sup> *Ibid.*, p. 94 y 95.
- <sup>3</sup> *Balace y perspectivas*. [Véase Deutscher, op. cit., p. 149 y 150].
- <sup>4</sup> *Ibid.*
- <sup>5</sup> *Ibid.*
- <sup>6</sup> *El profeta armado*, p. 169.
- <sup>7</sup> *La intelectualidad y el socialismo*. [Véase Deutscher, op. cit., p. 179].
- <sup>8</sup> La teoría de Lenin sobre el partido revolucionario no estaba completamente desarrollada en *¿Qué hacer?* La madurez de su teoría cristalizó recién después de la Revolución de 1905, en la práctica de la construcción del partido.
- <sup>9</sup> Véase *El profeta armado*, p. 181.
- <sup>10</sup> *La lucha por el poder* (el subrayado me pertenece). La actitud de Trotski hacia el partido durante aquellos años puede ser comparada con la de Rosa Luxemburg. Esta fue consciente del revisionismo del partido alemán mucho antes que Lenin, pero no pudo dividir el partido socialdemócrata y retardó con ello la tarea de construir un partido revolucionario. Las consecuencias fueron fatales: la derrota de la insurrección espartaquista en 1918. Tanto Trotski como Luxemburg confiaban en el entusiasmo de las masas y por ello dejaron de considerar el problema de su movilización en una organización revolucionaria.
- <sup>11</sup> *La revolución permanente* [hay varias edic. en esp.].
- <sup>12</sup> *El profeta desarmado*, Era, México, 1968, p. 43.



- <sup>13</sup> *El profeta armado*, p. 413. Esta imagen recuerda al jesuita del Paraguay. Trotski escribiría luego que la razón por la cual los filisteos burgueses detestaban tanto a los jesuitas residía en que éstos eran los soldados de la Iglesia, mientras que la mayoría de los presbíteros eran sus mercaderes. Lo cierto es, desde luego, que no existe razón alguna para hacer una discriminación entre ambos. Trotski, sin embargo, parece haber preferido a los jesuitas. Es evidente que en un período revolucionario un militante socialista ha de estar más cerca de un soldado que de un mercader, en sus puntos de vista. Pero ¿debe ese estado temporario de cosas hacer que un socialista olvide que la concepción militar es un producto de la sociedad de clases tanto como la mercantil?
- <sup>14</sup> Véase *El profeta desarmado*, p. 404.
- <sup>15</sup> *El nuevo curso*. El subrayado me pertenece.
- <sup>16</sup> El mismo Trotski habló con frecuencia de "optimismo revolucionario" en los años posteriores. Optimismo y pesimismo son, por supuesto, actitudes emocionales que poco tienen que ver con el marxismo. La ideología burguesa (*Weltanschauung*) se ha empantanado tradicionalmente en tales categorías. El adjetivo "revolucionario" no hace del "optimismo" una categoría más profunda que la que el adjetivo "heroico" hizo del "pesimismo".
- <sup>17</sup> En un pasaje extraordinario, Trotski dice realmente que si el socialismo fuera posible en Rusia, la revolución mundial sería innecesaria, porque Rusia era tan grande que el éxito de la construcción del socialismo en la URSS sería equivalente a la victoria internacional del proletariado mundial. El ejemplo de un país atrasado, que en el curso de varios planes quinquenales fuese capaz de construir una poderosa sociedad socialista con sus propias fuerzas, significarían un golpe mortal para el capitalismo mundial y reduciría al mínimo, si no a cero, los costos de la revolución proletaria mundial. Claro está que éste es precisamente el criterio defendido por Jruschov a principios de la década del sesenta. Su utilización en este caso demuestra cuán débil era la argumentación de Trotski en *La revolución permanente*. Lo que argumentaba Trotski contra el socialismo en un solo país no era que un socialismo auténtico fuese imposible en una sociedad con un nivel tan bajo de fuerzas productivas y acumulación cultural, sino que la Unión Soviética no podía sobrevivir a un ataque externo, tanto económica como militarmente. La calidad del socialismo soviético no era lo que interesaba en este caso. La cita demuestra que Trotski aceptaba en el debate una ecuación sumaria entre el socialismo y el desarrollo económico soviético.

- <sup>18</sup> Trotski sostuvo siempre que puesto que la contradicción entre capitalismo y socialismo era más fundamental que la existente entre los países burgueses, éstos estaban llamados a unirse en un ataque contra la Unión Soviética. Este es un ejemplo clásico de la confusión central entre la contradicción *determinante* en última instancia y la contradicción *dominante* en una coyuntura determinada.
- <sup>19</sup> Gramsci comentaba sagazmente el internacionalismo de Trotski, algunos años después: "Es necesario ver si la famosa teoría de Trotski sobre la *permanencia* del movimiento no es el reflejo político de la teoría de la guerra de maniobra... en última instancia, el reflejo de las condiciones generales económico-cultural-sociales de un país en el que los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados y no pueden transformarse en "trincheras y fortaleza". En este caso se podría decir que Trotski, que aparece como un "occidentalista", era en cambio un cosmopolita, es decir superficialmente nacional y superficialmente occidentalista o europeo. En cambio Lenin era profundamente nacional y profundamente europeo". *Notas sobre Maquiavelo*. Lautaro, Buenos Aires, 1962, p. 55.
- <sup>20</sup> Lucio Magri comenta esto en "Valori e limiti delle esperienze frontiste", *Critica marxista*, mayo-junio de 1965. Debe señalarse que la concepción posterior de Stalin acerca de la guerra fría como simple "lucha de clases a nivel internacional", igualando efectivamente a los Estados con las clases, representó un error opuesto pero idéntico al de Trotski de los años veinte.
- <sup>21</sup> Véase *Historia de la Revolución Rusa*, Tilcara, Buenos Aires, 1962.
- <sup>22</sup> En *La revolución traicionada* [hay edic. en esp.].

ERNEST MANDEL

### EL MARXISMO DE TROTSKI: UNA ANTICRITICA

- <sup>1</sup> Para hacer justicia a Trotski debe agregarse, sin embargo, que antes de 1917 Lenin también rechazó la necesidad de adoptar como objetivo estratégico para la futura Rusia revolucionaria, el establecimiento de la dictadura del proletariado. La victoria de la Revolución de Octubre fue el resultado de una combinación histórica de la teoría de Lenin y la práctica del partido de vanguardia revolucionario como así también de la teoría y la práctica de Trotski de la revolución permanente.
- <sup>2</sup> *El programa de Hainfelder* de la socialdemocracia austriaca afirma sin ambigüedad alguna, en 1889: "La conciencia so-

cialista es, por lo tanto, algo que debe ser introducido desde afuera en la lucha de clases proletaria". Kautski dedicó un artículo en la edición del 17 de abril de 1901 de *Die Neue Zeit* ("Akademiker und Proletarier") al problema de la relación entre intelectuales revolucionarios y trabajadores, en el cual formuló la mayoría de los conceptos organizativos de Lenin. No hay duda, dada la fecha de publicación, de que este artículo (uno de una serie de dos) inspiró directamente *¿Qué hacer?* de Lenin.

- Es necesario agregar que la instintiva desconfianza de Trotski hacia los intelectuales diletantes que se incorporan a un partido de trabajadores, surgió de Marx y era enteramente compartida por Lenin, punto éste que Krassó hábilmente olvida. Cf. Marx-Engels: "Circular a Bebel, Liebknecht, Bracke y otros del 17 y 18 de septiembre de 1879" (pp. 378-392) en *Correspondencia*, Edit. Problemas, Bus. As., 1947, y en V. I. Lenin: *Un paso adelante, dos atrás*, p. 270, en *Obras*, VII, Cartago, Buenos Aires, 1959, donde Lenin arroja todo su desdén sobre la "intelectualidad burguesa, que no quiere saber nada con la disciplina y la organización proletarias". En cuanto a la "suprema ironía" que Krassó descubre en el hecho de que Trotski al final de su vida haya tenido que discutir con "intelectuales de salón", a los que siempre había detestado y despreciado, del tipo de Burnham-Schachtman, Krassó olvida que Engels tuvo que discutir con Dühring y Lenin con Bulgakov, quienes no eran por cierto superiores a Burnham o a Schachtman. Es Krassó quien no comprende aquí la *función de construcción del partido* de tales polémicas educativas, que fueron bien comprendidas por todos los maestros del marxismo.
- Como el texto de Trotski citado por Krassó indica claramente, Trotski comprendió que "la unión con los mencheviques era imposible" desde el momento en que la *política conciliatoria menchevique* de la revolución de 1917 se tornó clara para él.
- Isaac Deutscher, *El profeta armado*.
- *The Founding Conference of the Fourth International*, publicado por The Socialist Workers Party, New York, 1939, p. 16.
- Ya el 1º de noviembre de 1914, Lenin escribió: "La II Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo... La III Internacional tiene ante sí la tarea de organizar las fuerzas del proletariado para desplegar la ofensiva revolucionaria contra los gobiernos capitalistas..." *Obras*, XXI, p. 34.
- Ya en 1908, Lenin escribe: "Naturalmente, la condición fundamental de este éxito fue que la clase obrera, cuyos mejores elementos crearon la socialdemocracia, se diferencia en virtud de causas económicas objetivas de todas las demás clases de

la sociedad capitalista por su mayor capacidad de organización. Sin esta condición, la organización de revolucionarios profesionales sería un juego, una aventura, un rótulo vacío, y el folleto *¿Qué hacer?* subraya reiteradamente que la organización defendida por él tiene sentido sólo en ligazón con la "verdadera clase revolucionaria, que se alza espontáneamente a la lucha" (V. I. Lenin, *Obras*, XIII, pp. 97-98).

- "Fue precisamente Marx el primero que descubrió la gran ley que rige la marcha de la historia, la ley según la cual todas las luchas históricas, ya se desarrollen en el terreno político, en el religioso, en el filosófico o en otro terreno ideológico cualquiera, no son, en realidad, más que la expresión más o menos clara de luchas entre clases sociales, y que la existencia, y por tanto también los choques de estas clases, están condicionados, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación y de su cambio..." Engels, prólogo a la tercera edición alemana de *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en Marx-Engels, *Obras escogidas*, I, p. 249.
- Uno de los documentos más patéticos de los años veinte es precisamente el folleto de Stalin, *Preguntas y respuestas*, escrito en 1925, en el cual afirma que es posible un deterioro del Partido y del Estado a partir de la "suposición" de que la política exterior del gobierno soviético abandone el internacionalismo proletario, divida las regiones del mundo en esferas de influencia con el imperialismo o disuelva la Comintern; eventualidades que, por supuesto, descarta completamente pero que él mismo llevará a cabo 18 años más tarde.
- En *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Lenin destaca la necesidad para la vanguardia comunista de ganar el apoyo de "toda la clase trabajadora", de "las masas más amplias", antes de que ésta pueda conquistar victoriosamente el poder (*Obras*, XXXI, p. 80).
- Marx-Engels, *Obras escogidas*, I, p. 247.
- No completamente separados, sin embargo, de la misma manera que la burocracia fascista nunca puede separarse completamente del capital monopolista. Pero en ambos casos, la defensa de los intereses históricos comunes de la clase (propiedad colectiva en el primer caso, propiedad privada en el segundo), se combina con una total expropiación política de la misma clase y aún con grandes opresiones individuales para muchos de sus miembros.
- K. Marx: *La guerra civil en Francia*. F. Engels: "Prólogo a *La guerra civil en Francia*", 502-504, en Marx-Engels: *Obras escogidas*, I.
- K. Kautsky: *Der Ursprung des Christentums* [Los orígenes

del cristianismo], 13ª edición, Dietz, Stuttgart, 1923, p. 499. [Hay edición en español].

- <sup>16</sup> En su Informe sobre el Programa del Partido, en el VIII Congreso del PCUS (19 de marzo de 1919), Lenin vuelve una y otra vez sobre el tema de la burocracia: "... el atraso cultural de Rusia... rebaja el poder soviético y restablece la burocracia... el burocratismo, disfrazados de comunistas..." "Sólo podremos luchar contra la burocracia hasta el final, hasta la victoria total, cuando la población toda intervenga en la administración pública". (Lenin, *Obras*, XXIX, pp. 172-157).
- <sup>17</sup> Ejemplos: "Vemos que este mal (la burocratización) se levanta ante nosotros de manera más clara, más precisa y más amenazante" (21 de abril de 1921); "utilizar la lucha huelguística en un Estado con un poder estatal proletario se explica y justifica sólo en caso de deformación burocrática de aquél..." (17 de enero de 1922); "Tomemos a Moscú —4.700 comunistas responsables— y veremos que esta gran máquina burocrática, esa montaña, nos obliga a preguntarnos: ¿quién dirige a quién? Me parece muy dudoso que se pueda afirmar que los comunistas ejercen la dirección. Para decir verdad, no son ellos los que conducen sino los conducidos" (27 de marzo de 1922); "La burocracia existe en nuestro país no sólo en las instituciones soviéticas sino también en las del partido" (2 de marzo de 1923). En el tercer codicilo de su *Testamento*, escrito el 26 de diciembre de 1922, Lenin propone que se incorporen al Comité Central varios grupos de trabajadores, pero no elegidos entre aquellos que ya han trabajado en el aparato soviético, porque están infectados con el virus burocrático.
- <sup>18</sup> Es falso decir, como hace Krassó, que Lenin, en su *Testamento*, no "evidenció una especial confianza en él (Trotsky)". El *Testamento* presenta a Trotsky como el miembro más capaz del Comité Central. Subraya, es cierto, lo que Lenin considera su debilidad, pero predice también que un agudo conflicto se planteará entre Trotsky y Stalin y propone eliminar a Stalin de su cargo de secretario general. La implicación es obvia.
- <sup>19</sup> El registro que hace Krassó de estos errores es incorrecto en numerosos puntos. Atribuye erróneamente la idea de "militarización del trabajo" a Trotsky cuando en realidad se trató de una decisión colectiva del partido adoptada en el IX Congreso del PCUS. Sostiene que Trotsky no luchó por la publicación del testamento de Lenin; en realidad, sobre este punto, Trotsky fue derrotado en la conducción del partido y no quiso quebrar la disciplina del partido, por razones que examinaremos más adelante. Trotsky "no vio en absoluto que Stalin estaba decidido a expulsarlo del partido", afirma Krassó. Esto

- puede haber sido cierto en 1923; pero en ese momento nadie vio tal cosa y Stalin mismo no tenía probablemente intención de ir hasta ese extremo. Pero Trotsky reconoció antes que ningún otro dirigente bolchevique la gravedad de la situación en el partido y en el Estado, situación que, combinada con el carácter específico de Stalin, conduciría no sólo a expulsiones sino también a sangrientas represiones. Krassó dice que Trotsky no prestó atención alguna cuando la troika Stalin-Kamenev-Zinoviev se rompió. Se olvida de agregar que fue a partir de esa ruptura que eventualmente se formó la Oposición de Izquierda unida entre Trotsky y Zinoviev-Kamenev y que este frente unido fue roto en 1927-28, no por Trotsky y sus amigos, sino por los zinovievistas.
- <sup>20</sup> Para hacer justicia a Lenin, se debe agregar que, al mismo tiempo que cometía estos errores, trató también de introducir una serie de medidas de precaución que estaban destinadas a poner freno al proceso de burocratización del Estado y del partido. El sistema de la "troika" en las fábricas limitó eficazmente la autoridad de los administradores. Los derechos de los sindicatos obreros fueron ampliados (en ese punto, Lenin tenía razón en su crítica de las proposiciones de Trotsky acerca de los sindicatos). El principio del "ingreso máximo" para los cuadros del partido fue defendido. Al mismo tiempo que se abolieron las facciones, el derecho a formar tendencias se consolidó y Shlyapnikov recibió la promesa de que sus puntos de vista opuestos serían impresos en cientos de miles de copias. Pero la historia ha demostrado que mientras más políticamente pasivo se mostraba el proletariado y mayor penetración adquiría el poder de la burocracia, mayores se tornaban sus posibilidades de hacer desaparecer estas medidas de precaución con unos pocos golpes, como se hizo a fines de los años veinte y comienzos de los treinta.
- <sup>21</sup> Krassó caracteriza la fórmula "revolución permanente" como una "designación absurda, que indicaba la falta de precisión científica (!) aún en sus más profundas ideas". Parece ignorar que la fórmula fue acuñada por el mismo Marx.
- <sup>22</sup> En un capítulo de su crítica del *Proyecto de programa de la Internacional Comunista*, Trotsky demuestra en detalle que Stalin y sus aliados confundieron deliberadamente la cuestión de la posibilidad de una victoria de la revolución socialista en un país, lo cual implicaba la necesidad de un comienzo de organización socialista y construcción de la economía, con la cuestión de la victoria final del socialismo, es decir, el establecimiento de una sociedad socialista completamente desarrollada. The Third International After Lenin. [La Internacional



*Comunista desde la muerte de Lenin*], pp. 24-40 de la edic. inglesa de Pioneer Publishers, New York, 1936 [hay ed. en esp.]. Esta obra fue publicada en España por Editorial Hoy, Madrid, 1935, con el título *El gran organizador de derrotas*. Es interesante destacar que en 1924, en la primera edición rusa de su *Lenin y el leninismo*, Stalin mismo escribió: "Para la victoria final del socialismo, para la organización de la producción socialista, los esfuerzos de un país, particularmente de un país campesino como Rusia, son insuficientes". Interpretadas confusamente por Krassó, las razones económicas dadas por Trotski para la imposibilidad del "socialismo en un país" se vuelven perfectamente razonables cuando se las mira desde el punto de vista de la "victoria final" y no de "comenzar a construir". Evidentemente, una economía socialista madura debe tener una productividad del trabajo más elevada que la economía capitalista más desarrollada; en ésto, hasta Stalin y Bujarin estaban de acuerdo. Trotski se limitó a argumentar que en una economía esencialmente autárquica, sería imposible alcanzar una productividad del trabajo más elevada que la que los países capitalistas logran gracias a su división internacional del trabajo. En ningún momento sostuvo que esto conduciría a una inevitable "subversión" de la economía planeada dentro de la URSS. Sólo afirmó que sería una fuente de violentos conflictos y contradicciones, que no permitirían a la Unión Soviética lograr una sociedad sin clases. La experiencia histórica ha confirmado absolutamente este pronóstico.

<sup>23</sup> Creemos que la historia ha confirmado la corrección de esta concepción básica. Aun hoy, después de una guerra victoriosa contra el imperialismo nazi, y después de la completa liquidación de los kulaks como clase —dos violentos enfrentamientos que Trotski consideraba inevitables ya a comienzos de los años veinte— el destino de la Unión Soviética continúa dependiendo del resultado de conflictos sociales presentes y futuros, nacional e internacionalmente. En última instancia, su destino —como el destino de toda la humanidad— depende de la capacidad de las clases trabajadoras de los Estados Unidos para desarmar a los gobernantes de ese país, antes de que alcancen el estadio final de la locura del poder y, al desatar una guerra nuclear, demuestren en la práctica que aceptan el slogan "antes muertos que rojos", tal como lo hizo Hitler en circunstancias similares, en 1944-45.

<sup>24</sup> Este es sólo un ejemplo de que Stalin no se apropió de todo el programa de Trotski sino sólo de partes de éste, sin la necesaria lógica interna. La Oposición había luchado desde 1923 por la construcción de una planta de tractores en Zaritsin. El principio fue aceptado. No se puso en práctica hasta 1928. Si

los tractores hubieran comenzado a ser producidos desde 1924-25 en adelante, y los koljoses hubieran sido construídos gradualmente, con campesinos pobres que se hubieran unido voluntariamente a ellos sobre la base de una mayor productividad del trabajo y de mayores ingresos para los campesinos en el sector cooperativo, comparado con el sector privado, la combinación de industrialización y colectivización de la agricultura hubiera conducido a una situación completamente diferente de la tragedia acaecida en 1928-32, cuyos efectos la Unión Soviética continuó sufriendo hasta fines de la década del cincuenta.

<sup>25</sup> La Oposición propuso como fuentes alternativas de acumulación —comparadas con el despiadado descenso del nivel de vida de los trabajadores y campesinos tal como lo practicó Stalin— un impuesto especial aplicado sólo a los campesinos ricos y una reducción radical de los gastos administrativos, economizando un billón de rublos de oro anualmente. Los objetivos del primer Plan Quinquenal, que se extendió por ocho o diez años en vez de cinco, podrían haber sido alcanzados con sacrificios de consumo mucho menores por parte de la masa del pueblo.

<sup>26</sup> Hagamos ahora dos citas: "La primera revolución bolchevique ha arrancado de la guerra imperialista, del mundo imperialista, al primer centenar de millones de hombres del globo. Las siguientes arrancarán de tales guerras y de semejantes mundos a toda la humanidad" (14 de octubre de 1921). "Nosotros debemos estudiar en general; ellos los revolucionarios extranjeros deben hacerlo en particular, llegar a comprender realmente la organización, estructura, método y contenido de la labor revolucionaria. Si se logra este objetivo, estoy seguro de que las perspectivas de la revolución mundial serán no sólo buenas, sino excelentes" (15 de noviembre de 1922). (Lenin, *Obras*, XXXIII, pp. 46 y 399).

<sup>27</sup> Sin duda, un ejemplo típico de la "subestimación de la autonomía de las instituciones políticas".

<sup>28</sup> L. Trotski *The Third International After Lenin*, edic. cit., pp. 81-82.

<sup>29</sup> Georg Lukács: *Lenin*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1968: p. 32.

<sup>30</sup> Rudolf Hilferding: *Das Finanzkapital*, Verlag der Wiener Volksbuh hanlung [hay edic. al español] termina en la página 477 con un párrafo final que caracteriza al capital financiero como la dictadura del Gran Negocio y predice una "formidable colisión de intereses (sociales) antagónicos, que finalmen-



te transformarán esta dictadura del Gran Negocio en la dictadura del proletariado.

- 11 El folleto *La bancarrota de la II Internacional*, escrito por Lenin en 1915, se centra en la idea de que en Europa se está desarrollando una situación revolucionaria y que los socialistas revolucionarios deben actuar con el propósito de estimular los sentimientos y acciones revolucionarias de las masas. Sus contribuciones a los dos primeros congresos de la Internacional Comunista extendieron este análisis a todos los países coloniales y semicoloniales.
- 12 Laurel Edition, Dell Publishing Company, 1964, New York.
- 13 Es tergiversando deliberadamente la verdad histórica de la conducción maoísta del Partido Comunista Chino continuando atribuyendo al dirigente del período 1925-27, Chen Tu Hsiu la principal responsabilidad de estos errores, y ocultando el hecho de que sólo actuaba según la presión y las instrucciones precisas de la Internacional Comunista y en primer lugar de Stalin mismo.
- 14 ¿No fue acaso la política de Stalin reivindicada por la victoria de la URSS en la Segunda Guerra Mundial, como muchos — también Krassó— insinúan? (p. 32). Ver así las cosas —pasando completamente por alto el tremendo precio pagado por esa victoria, y las innumerables víctimas y derrotas que pudieron evitarse (incluso durante la guerra: ha surgido en la Unión Soviética toda una literatura acerca de este tema)— es presentar un cuadro distorsionado de la realidad. Un hombre que está en el quinto piso se niega a tomar el ascensor y hasta a encender la luz, pero se empeña en descender por una angosta escalera, en la oscuridad. Como era de esperar, resbala y cae por las escaleras, pero gracias a su robusta constitución, no se rompe el cuello sino que sólo se quiebra las piernas y los brazos y cuatro años después puede volver a caminar, con muletas. Ello prueba, evidentemente, que poseía una fuerte constitución física. ¿Pero es también un argumento contra la posibilidad de tomar el ascensor?
- 15 Como sabemos actualmente, Stalin trató también de influenciar a los comunistas yugoeslavos y chinos contra la conquista del poder. Impulsó al PC vietnamita a permanecer dentro del imperio colonial francés, rebautizado "Unión Francesa". El partido que él había educado se negó obstinadamente durante varios años a comprometerse con el camino seguido por Fidel Castro hacia una revolución socialista victoriosa en Cuba. ¿No necesitan estos hechos una explicación *sociológica* y no simplemente *psicológica*?

## NICOLAS KRASSO

## RESPUESTA A ERNEST MANDEL

- 1 *El profeta armado*, p. 14.
- 2 *La revolución permanente*, p. 49 de la edic. inglesa.
- 3 *El profeta armado*, p. 243.
- 4 En mi primer ensayo, destacué la complementación objetiva de las políticas de la izquierda y de la derecha, y ello constituye una tesis central que Mandel ignora. El problema que enfrentaba el partido era la forma que la síntesis tomara. De hecho, la unidad de izquierda-derecha que los derechistas y los izquierdistas no lograron fue fomentada por Stalin de tres maneras. Primero, por la elemental amalgama de derechismo e izquierdismo de la zigzagueante política oficial soviética. Segundo, dando origen al mito de que tal bloque antipartidario existía realmente. Y tercero, llevando a cabo la unidad de izquierdistas y derechistas en las prisiones.
- 5 *El profeta desarmado*, p. 411. [Por error en el original inglés figura *El profeta armado*. N. del E.].
- 6 Es extraño que se me acuse de reducir todo a una lucha por el poder dentro del marco de la organización. No admiro la política del poder. Aun la política en un sentido más amplio, mientras tenga una relativa autonomía estructural, es algo más que mera política para los revolucionarios socialistas, que lo son conscientemente.
- 7 Es incorrecto que Mandel sugiera que Stalin era una persona mediocre comparada con Napoleón III. Tampoco era un "gigante entre enanos". Sus características personales fueron, por supuesto, una condición necesaria de su papel histórico, pero fue el contexto político lo que determinó su impacto. Es posible que las características negativas de Trotski fueran más significativas que las características positivas de Stalin —el momento *übergreifendes*— en la génesis del ascenso de Stalin.
- 8 Es evidente que en la década del treinta, la forma en que la colectivización fue conducida como campaña hizo que muchos de los funcionarios de Stalin dudaran de su dirigente. Fue entonces que Stalin eliminó a aquellos de los cuales él era una creación, y los sustituyó por los que eran creación suya. De esta manera, puede decirse que él llevó a cabo parte del programa de Trotski. Los jóvenes, la mayoría de ellos provenientes de la clase obrera, tomaron los lugares de la Vieja Guardia. (Más tarde se convirtieron en conductores del país: Jrusdia. (Más tarde se convirtieron en conductores del país: Jruschev, Malenkov y otros). La abrumadora mayoría del Congreso

so de 1934, el Congreso de los Triunfadores, fue víctima de las purgas. Sociológicamente, éste fue el principal cambio, camuflado de hecho, por los procesos espectaculares de la anterior oposición de izquierda y de derecha, es decir por el proceso de los que se habían tornado políticamente insignificantes. Con Stalin, los funcionarios del partido y del Estado no tuvieron nunca la oportunidad de convertirse en un grupo social permanente y estable.

<sup>9</sup> Fue en este mismo artículo de 1918 que Lenin escribió en contra de aquellos que creían que era un error haber tomado el poder: "Así argumentan... (quienes) olvidan que jamás se dará la "correspondencia", que no lo puede haber en el desarrollo de la naturaleza ni de la sociedad, y que solamente por medio de una serie de tentativas —cada una de ellas, tomada por separado, será unilateral y adolecerá de cierta falta de correspondencia— se creará el socialismo integral, producto de la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países".

<sup>10</sup> Lunatcharski comentó cierta vez, acerca de la personalidad de Trotski: "Trotski atesora su papel revolucionario y probablemente estaría dispuesto a hacer cualquier sacrificio personal, sin excluir el mayor sacrificio, el de su vida, a fin de perdurar en la memoria de los hombres rodeados de la aureola de un genuino líder revolucionario". Algo de verdad hay en ello. Trotski era dado a las actitudes y a las afirmaciones "dramáticas", que, para criterios más mesurados, no siempre eran justificables. Podría decirse que su tragedia fue una tragedia de tipo schilleriano, a diferencia de la tragedia de los últimos años de Lenin. Se recordará que Marx y Engels criticaron el drama *Sickingen* de Lasalle, calificándolo de schilleriano en comparación con el drama shakesperiano.

<sup>11</sup> *La revolución permanente*, p. 30 de la edic. inglesa.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 143 de la edic. inglesa.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 26. Dije en mi primer ensayo que la perspectiva de Stalin en esta cuestión fue superior a la de Trotski. El aislamiento de Rusia era un hecho. Pero eso no fue el fin de la cuestión. Durante la discusión del Comité Central acerca del Tratado de Paz con Alemania en enero de 1918, Stalin dijo que en lo que concernía a los movimientos revolucionarios occidentales, no había hechos sino sólo posibilidades, y que las posibilidades no podían ser tenidas en cuenta. "¿No pueden ser tenidas en cuenta?" preguntó Lenin. Esto fue una diferencia decisiva entre los dos, entonces y después. Lenin nunca ignoró los hechos, pero siempre tuvo en cuenta las posibilidades.

<sup>14</sup> Hay aquí un significativo contraste entre Trotski y Lenin.

Puede verse un buen ejemplo de ello en sus actitudes hacia Noruega y Servia, respectivamente, en las dos guerras mundiales. En 1940, cuando los alemanes habían invadido Noruega, Trotski escribió: "Dos gobiernos luchan en Noruega: el gobierno de los nazis europeos, apoyado por las tropas alemanas en el sur, y el antiguo gobierno socialdemócrata con su rey en el norte. Lo que se desarrolla en Noruega es el enfrentamiento directo e inmediato entre dos campos imperialistas, en cuyas manos los gobiernos noruegos en guerra son sólo instrumentos auxiliares. En el escenario mundial, no apoyamos ni el campo de los aliados ni al campo de Alemania. En consecuencia no tenemos la menor razón ni justificación para apoyar a ninguno de sus instrumentos temporarios dentro de Noruega". *In defence of marxism*, pp. 171-172 [hay versión en esp.]. En otras palabras, Trotski se negó a reconocer la relativa justicia de la causa nacional noruega contra los alemanos. Repitió mecánicamente y abstractamente las posiciones revolucionarias clásicas de la Primera Guerra Mundial, a pesar de las evidentes diferencias entre ellas. En 1914, Lenin, por el contrario basó toda su política en una absoluta condenación de la Guerra Mundial como una lucha interimperialista, pero dijo que había una relativa justicia en la lucha nacional servia contra los imperios austro-húngaro y alemán. Habló de su expedición depredatoria contra Servia. Su marxismo fue siempre dialéctico: integró tanto las contradicciones principales como las secundarias.

<sup>15</sup> El desconocimiento de Trotski de la Revolución China contrasta de manera reveladora con la importancia que asignó a intelectuales americanos insignificantes y a los pequeños grupos políticos que ellos representaban. El sociologismo que lo indujo a desdeñar al partido chino como un fenómeno campesino lo indujo también a creer que la clase obrera americana —a causa de que constituía el proletariado del país capitalista más avanzado— era una fuerza histórica decisiva en la década del treinta y, por lo tanto, las disputas ideológicas acerca de ella tenían una enorme importancia. De allí lo oprobioso de sus debates con Burnham, Schachtman y otros (agravados por la conciencia que Trotski tenía de la nulidad de aquellos).

#### MONTY JOHNSTONE TROTSKI Y EL DEBATE SOBRE EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS

<sup>1</sup> No puedo examinar, dentro de la extensión de este artículo, hasta dónde las proposiciones de Trotski de 1923-24 para la

introducción de un planeamiento central y de 1925-27 para la industrialización, correspondían a las posibilidades reales existentes en el momento en que fueron formuladas. Uno de los mitos del trotskismo vulgar es que la implementación por parte de Stalin y después de 1928, de planes de mucho mayor alcance que los que habían sido propuestos por la oposición prueba *per se* que estos últimos eran correctos. Según escribe Maurice Dobb, "no se deduce que lo que puede haber sido practicable en 1928-29 fuera necesariamente practicable en una fecha anterior, cuando tanto la industria como la agricultura eran más débiles" (M. Dobb, *Soviet Economic Development since 1917*, London, 1948, pp. 206-207). Véase también R. W. Daves, "The Inadequacies of Russian Trotskysm", en *Labour Review* (London) July-August 1957. Sin embargo, yo aceptaría el argumento de que si el partido hubiera tenido en cuenta antes las advertencias de la oposición contra el peligroso crecimiento del poder de los kulaks en el campo, el proceso de colectivización de 1929-30 podría haber sido menos violento.

- <sup>2</sup> Carta de Trotski al Plenario del CC del PCR, enero 15 de 1925. En J. Murphy (ed.) *Errors of Trotskysm* (London, 1925), p. 374.
- <sup>3</sup> L. Trotski, *The Third International After Lenin* (New York, 1957), p. 40.
- <sup>4</sup> L. Trotski, *Permanent Revolution and Results and Prospect* (New York, 1965), p. 237. Subrayado en el original.
- <sup>5</sup> *Ibid.*, p. 138.
- <sup>6</sup> L. Trotski, *The Programme of Peace* (Colombo, 1956), p. 18.
- <sup>7</sup> L. Trotski, *1905*, (Moscow, 1922), p. 4.
- <sup>8</sup> L. Trotski, *Stalinism and Bolshevism* (London, 1956) p. 9. Subrayado en el original.
- <sup>9</sup> L. Trotski, *The Programme of Peace*, pp. 20-21.
- <sup>10</sup> *Where is Trotski Going?* (London, 1928), pp. 53-54.
- <sup>11</sup> L. Trotski, *Third International After Lenin*, p. 47.
- <sup>12</sup> *Ibid.*, p. 49. En un reciente folleto, Ernest Germain, de la IV Internacional, ridiculiza a aquellos que utilizan actualmente los mismos argumentos que utilizó Trotski acerca de la "subordinación" del... monopolio del comercio exterior! (E. Germain, *Marxism vs. Ultra Leftism*, París, 1967, p. 69 ss.)
- <sup>13</sup> *Ibid.*
- <sup>14</sup> L. Trotski, *The Revolution Betrayed* (New York, 1957), pp. 6 ss.
- <sup>15</sup> L. Trotski, en *Workers International News*, London, July 1938, p. 1.

- <sup>17</sup> *Ibid.*, p. 2.
- <sup>18</sup> I. Deutscher, *Stalin: A political Biography*, London, 1949, pp. 286-87 [hay edic. en esp.].
- <sup>19</sup> *New International*. New York, March 1935, p. 40.
- <sup>20</sup> V. I. Lenin *Selected Works*, en adelante S. W. (Moscow, 1937), VII, pp. 85-87. Subrayado en el original. Cf. también S. W., VII, p. 239.
- <sup>21</sup> N. Bukharin and E. Preobrezhenski, *An A. B. C. of Communism* (London, 1924), pp. 345-346.
- <sup>22</sup> L. Trotski, *Results and Prospects*, p. 220.
- <sup>23</sup> Actualmente la productividad media del trabajo en la URSS es igual y aún mayor que la de la mayoría de los países capitalistas, aunque está todavía por debajo de la de los Estados Unidos.
- <sup>24</sup> S. W., VI, p. 225.
- <sup>25</sup> Véase, por ejemplo, *Historia de la Revolución Rusa*, III, apéndice I.
- <sup>26</sup> S. W., IX, p. 227.
- <sup>27</sup> Citado por Lenin, S. W., VII, p. 309.
- <sup>28</sup> S. W., VII, p. 297.
- <sup>29</sup> S. W., IX, p. 277.
- <sup>30</sup> *Ibid.*, p. 108.
- <sup>31</sup> V. I. Lenin, *Polnoe Sobranie Sochineniy* (Moscow, 1963), XLIII, p. 383.
- <sup>32</sup> S. W., VI, pp. 511-512. Subrayado de Lenin.
- <sup>33</sup> S. W., IX, pp. 403, 406.
- <sup>34</sup> *Ibid.*, p. 381.
- <sup>35</sup> S. W., VII, p. 361. Por capitalismo de Estado, Lenin quería decir aquí el control, por parte del Estado de los trabajadores, de los productores y comerciantes capitalistas, a quienes se le permitía operar "dentro de ciertos límites". Lenin distinguía agudamente esto del "capitalismo de Estado que existe en los sistemas capitalistas, en los que el Estado toma el control directo de ciertas empresas capitalistas". (Véase S. W., volumen IX, pp. 165-174, 338-339). Nada hay en común entre el concepto de Lenin acerca del capitalismo estatal como una forma transicional progresiva que preparaba el camino para el avance de Rusia hacia el socialismo en este primer período, y las concepciones del capitalismo de Estado que han sido expuestas para dar una caracterización básica de la URSS por. entre otros, Karl Kautsky, el Partido Socialista de Gran Bretaña, el grupo del Socialismo Internacional y Milovan Djilas.

- <sup>36</sup> En el artículo *Sobre la cooperación Lenin* caracteriza este tipo de propiedad cooperativa, basada en la nacionalización de la tierra, como socialista.
- <sup>37</sup> J. V. Stalin. *The final Victory of Socialism in the Soviet Union*. Reply to Ivanov, February 2nd., 1938 (London, n.d.), pp. 3. 6. En esta carta Stalin reitera su posición anterior acerca de "la victoria final del socialismo, en el sentido de que una garantía total contra la restauración de las relaciones de propiedad burguesas, sólo es posible en escala internacional", y no mientras la Unión Soviética esté rodeada por numerosos países capitalistas.
- <sup>38</sup> No puedo estar totalmente de acuerdo con Krassó en su total rechazo del concepto de "sustitutismo", que me parece demasiado vasto. Si un individuo, grupo o partido actúa en nombre de la clase trabajadora al mismo tiempo que la priva de su política, eso es sustitución.
- <sup>39</sup> P. Togliatti. *Questions Posed by the 20th. Congress of the C.P.S.U.*, entrevista con *Nuovi Argomenti* (London, 1956), p. 8.
- <sup>40</sup> *Revolution Betrayed*, p. 261.
- <sup>41</sup> *Ibid.*, p. 272.
- <sup>42</sup> *Ibid.*, p. 229. Es interesante destacar que después de la última guerra, la IV Internacional trotskista, lejos de hacer una autocritica o un análisis de este error, ensalzó su propio "acierto" y repitió su torpeza. En su Manifiesto de 1949, bajo el encabezamiento "El poder de predicción del marxismo", su Conferencia Internacional afirmó que "en todas las cuestiones de importancia, el análisis de la IV Internacional ha resistido la prueba del tiempo", (*Worker's International News*, London, April-May 1946, p. 271), y expresó en una resolución que "solo la intervención de la revolución proletaria puede evitar un resultado fatal para la URSS en su actual prueba de fuerzas con el imperialismo". (*Quatrieme Internationale*, Paris, Abril-mayo, 1946, p. 18).
- <sup>43</sup> *Revolution Betrayed*, pp. 253-254.
- <sup>44</sup> *Ibid.*, p. 227.
- <sup>45</sup> *Ibid.*, p. 290.
- <sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 284-290.
- <sup>47</sup> *Stalinism and Bolshevism*, p. 8.
- <sup>48</sup> *Ibid.*, p. 13.
- <sup>49</sup> *Revolution Betrayed*, p. 138.
- <sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 135 ss.
- <sup>51</sup> I. Deutscher, *El profeta armado*.
- <sup>52</sup> L. Trotaki, Carta sobre el XV aniversario de la Revolución

- de Octubre, 13 de octubre de 1932, reproducido por el *Bulletin of Balham (Trotskyist) group*, London, 1932.
- <sup>53</sup> A. V. Lunatcharky, *Revolutionary Silhouettes* (London, 1967), p. 67.
- <sup>54</sup> *Loc. cit.*

## ERNEST MANDEL

## EL MARXISMO DE TROTSKI: REPLICA

- <sup>1</sup> No queremos decir con ello que los factores sociales deban ser eliminados de aquellos que conforman el proceso de la vida de un individuo. Pero ellos actúan dentro de un marco diferente, a un nivel diferente, y en relación a una totalidad diferente cuando son usados para explicar una carrera individual que cuando son concebidos como fuerzas que modelan los destinos de las naciones o de la humanidad.
- <sup>2</sup> El desarrollo coherente de esta distinción ha sido formulado de manera convincente por Engels en su carta a Joseph Bloch, de setiembre 21/22 de 1890: "... la historia se hace ella misma de modo tal que el resultado final proviene siempre de conflictos entre gran número de voluntades individuales, cada una de las cuales está a su vez por un cúmulo de condiciones particulares de existencia. Hay pues innumerables fuerzas que se entrecruzan, una serie infinita de paralelogramos de fuerza que dan origen a una resultante: el hecho histórico. A su vez, éste puede considerarse como producto de una fuerza que, tomada en su conjunto, trabaja inconscientemente y sin voluntad. Pues lo que desea cada individuo es obstaculizado por otro, resultando algo que nadie quería. Así es que la historia se realiza a la manera de un proceso natural, estando siempre ella esencialmente sujeta a las mismas leyes del movimiento. Pero del hecho de que las voluntades individuales... no logren lo que quieren, sino que se funden en una media colectiva, en una resultante general, no debe concluirse que su valor sea = 0. Por el contrario, cada una contribuye a la resultante y en esa medida está incluida en ella". (Marx/Engels, *Correspondencia*, Problemas, Bs. As., 1947, pp. 487-488).
- Véase también Lenin: "El marxismo señaló el camino para un estudio global y multilateral del proceso de aparición, desarrollo y decadencia de las formaciones económico-sociales, examinando el conjunto de todas las tendencias contradictorias, y reduciéndolas a las condiciones, perfectamente determinables, de vida y de producción de las distintas clases de la sociedad, eliminando el subjetivismo y la arbitrariedad en la elección



de las diversas ideas "dominantes" o en la interpretación de ellas, y poniendo al descubierto las raíces de todas las ideas sin excepción y de las diversas tendencias que se manifiestan en el estado de las fuerzas productivas materiales. Los hombres hacen su propia historia, ¿pero qué determina los móviles de estos hombres, y precisamente de las masas humanas?; ¿qué es lo que provoca los choques de ideas y las aspiraciones contradictorias?" (*Obras completas*, XXI, p. 51).

- 9 "El que tal y tal hombre, y precisamente ese hombre, surja en un momento determinado en un país dado, es por supuesto puro accidente. Pero suprimaselo, y habrá demanda de un sustituto, y éste será encontrado, bueno o malo, pero a la larga se le encontrará" (Carta de Engels a H. Starkenburg del 21 de enero de 1894, en Marx/Engels, *Correspondencia* cit., p. 529).
- 10 Cf. Lenin: "En Europa, el socialismo ya ha rebasado la etapa relativamente pacífica y limitada al marco nacional. Con la guerra de 1914-1915 entró en la fase de las acciones revolucionarias, razón por la cual la ruptura completa con el oportunismo y la eliminación de este último de los partidos obreros están indudablemente a la orden del día... Pasar a la organización revolucionaria es una necesidad; lo exige la nueva situación histórica: lo reclama la época de las acciones revolucionarias del proletariado; pero este tránsito sólo puede efectuarse pasando por encima de los viejos líderes, estranguladores de la energía revolucionaria, pasando por encima del viejo partido, destruyéndolo" (*Obras completas*, XXI, p. 248, p. 251).
- 11 Cf. su actitud hacia la ruptura de Levi con el PC Alemán en 1921; su actitud hacia el papel clave del partido en la crisis revolucionaria del verano-otoño de 1923 en Alemania; su actitud hacia la necesidad absoluta de preservar la autonomía del PC Chino en 1926-27, etc., etc.
- 12 *On the Coming Congress of the Comintern*, 22 de julio de 1920. En León Trotski: *The First Five Years of the Communist International*, Vol. I, pp. 93-94, New York, Pioneer Publishers.
- 13 Salomon Schwartz: *Les Ouvriers en Union Societique*, París, Rivière, 1956, pp. 50-53.
- 14 Cf. Lenin en su último artículo "Más vale poco pero bueno": "Es preciso esforzarse por lograr el máximo de economía en nuestro aparato estatal... por medio del más severo régimen de economía, se elimine de sus relaciones sociales hasta la menor huella de todo lo que sea superfluo" (*Obras completas*, XXXIII, p. 460).

- 9 Krassó se explaya acerca de la capacidad de Lenin para contraer compromisos. Pero Lenin aclaró muy bien que él sólo aceptaba aquellos compromisos que permitían a un partido comunista "elevar, y no rebajar, el nivel general de conciencia, de espíritu revolucionario y de capacidad de lucha y de victoria del proletariado" (*Obras*, XXXI, p. 70).
- En el mismo "tratado sobre los compromisos" contenido en su folleto polémico *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, señala también que una resolución inflexible de combatir al oportunismo debe combinarse con la necesidad de hacer ciertos compromisos. Esta resolución desaparece completamente del análisis de Krassó. Lo que queda es la caricatura de un Lenin deseoso de hacer "compromisos" con la burocracia, al precio no sólo de disminuir sino de aplastar la conciencia de clase y el espíritu revolucionario en la URSS. ¡Una caricatura, por cierto!
- 10 En la discusión sobre los sindicatos, Trotski, independientemente de su incorrecta posición general, entendió más claramente que Lenin que las raíces socio-económicas del poder de la burocracia residen en su manejo de la economía y en la distribución del producto social excedente.
- 11 León Trotski: *The Third International after Lenin*, edic. cit., pp. 88-89.
- 12 León Trotski: *The Permanent Revolution*, New Park Publications, London, 1962, p. 33.
- 13 Tan fuerte fue esta presión que hizo que el gobierno —incluyendo a los anarquistas y socialdemócratas, para no hablar de la burguesía liberal— aceptara tácticamente el uso de la GPU para secuestrar, torturar y asesinar a los revolucionarios que estaban a favor de un cambio tendiente a la revolución socialista, entre ellos a Andrés Nin, que había sido su colega en el gobierno de Cataluña pocos meses antes.
- 14 Debemos decir, al pasar, que la excusa citada en aquel momento acerca de la amenaza militar de la Alemania nazi no ha sido totalmente confirmada por las fuentes históricas de que ahora disponemos. Sabemos hoy que Alemania, en el verano de 1936, estaba recién en la etapa inicial de su rearme, que los Estados Unidos y Gran Bretaña estaban casi completamente desarmados y que los ejércitos más poderosos del continente europeo, si no del mundo, eran el ruso y el francés, con Francia en el umbral de la revolución y varios millones de obreros ocupando sus fábricas en junio de 1936. Este era, sin duda, un giro de la historia, y Krassó no invoca hechos sino sólo unas pocas abstracciones para negar que una revolución exitosa en España —que una política soviética diferente hubiera hecho posible— podría haber cambiado el des-

- tino de Europa y detenido la marcha del fascismo hacia la dominación de todo el continente.
- <sup>18</sup> Dicho sea de paso, no es verdad que la izquierda fuera más fuerte en Grecia que en Francia o en Italia en 1944-1947. En Francia, los comunistas y los socialistas tenían una mayoría absoluta en la Asamblea elegida primero. La influencia del proletariado era mucho mayor en estos países que en Grecia.
- <sup>19</sup> No es accidental que Krassó sólo apruebe las críticas de Trotski contra la política de ultra-izquierda de la Comintern; su actitud hacia el oportunismo del ala derecha es ambigua, para decir lo menos. Pero, ¿cómo es posible tomar a Lenin como modelo y al mismo tiempo ignorar la coherencia y feroz lucha de Lenin contra el oportunismo del ala derecha?
- <sup>17</sup> El Programa de Transición de la Cuarta Internacional, bosquejado por Trotski, expresa explícitamente que no se puede excluir la posibilidad de que, en circunstancias excepcionales de guerra y desintegración del antiguo orden social, los partidos obreros oportunistas pudieran verse obligados, por la presión de las masas, a tomar el camino del poder. Esto es exactamente lo que sucedió en los casos citados por Krassó.
- <sup>18</sup> Trotski fue el primero en comprender teóricamente el papel clave del *soviet* como la base para la organización de un nuevo aparato estatal proletario. Lenin incorporó este concepto a la teoría bolchevique reconocida, recién en 1917, así como lo incorporó en 1919-20 a los documentos programáticos de la Internacional Comunista.
- <sup>19</sup> Carta de Marx a Engels del 1° de febrero de 1858, en *Correspondencia*, p. 122.
- <sup>20</sup> Véase en este mismo volumen el artículo de Johnstone.
- <sup>21</sup> Cf. p. 314 de la edic. francesa, París, Maspero, 1963.
- <sup>22</sup> *El Estado y la revolución* (Obras, t. XXV, pp. 460-461).
- <sup>23</sup> Al introducir en la discusión la cuestión de que aun bajo el régimen socialista la desigualdad subsiste porque se realiza la distribución de los productos de consumo según la cantidad de trabajo aportado por cada miembro de la comunidad, Johnstone sólo confunde la cuestión. Lo que está en juego no es la supresión total de la desigualdad sino la desaparición de la producción de mercancías, la economía monetaria y las clases sociales. Johnstone sabe muy bien que para Marx y Engels no había lugar para la producción de mercancías ni siquiera en esta primera fase del comunismo.

## Índice

<i>Advertencia</i>	7
Nicolás Krassó <i>El marxismo de Trotski</i>	9
Ernest Mandel <i>El marxismo de Trotski: una anticrítica</i>	47
Nicolás Krassó <i>Respuesta a Ernest Mandel</i>	75
Monty Johnstone <i>Trotski y el debate sobre el socialismo en un solo país</i>	97
Ernest Mandel <i>El marxismo de Trotski: réplica</i>	113
<i>Apéndice</i>	
<i>Carta de Roberto Yepe</i>	155
<i>Respuesta de Nicolás Krassó</i>	157
<i>Carta de Tamara Deutscher</i>	158
<i>Respuesta de Nicolás Krassó</i>	160
León Trotski <i>El ejército del trabajo en la Rusia de los Soviets</i>	163
<i>Notas</i>	173

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5325385643

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR  
EN EL MES DE JULIO DE 1972  
EN LOS TALLERES GRAFICOS  
AYER Y HOY  
VALENTIN ALSINA 1767/69  
VALENTIN ALSINA - PCIA. BS. AS.  
REP. ARGENTINA